

IHS

BREVES HOMILIAS

CLARAS Y SENCILLAS

SOBRE TODOS LOS EVANGELIOS DOMINICALES,

—LAS CUALES ESCRIBIO EL—

SR. PBRO. D. GABINO CHAVEZ,

POR ORDEN DEL

Ilmo. Sr. Obispo de León.


TOMO I.^o


LEON.—1903.

IMPRESA GUADALUPANA DE C. SEGURA.

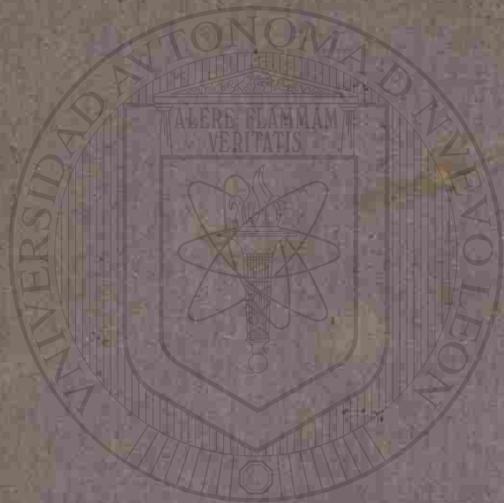
BS 25 55
Ch 3
v. 1

AL

0217



1080014791



BREVES HOMILIAS

CLARAS Y SENCILLAS

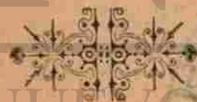
Sobre todos los Evangelios Dominicales,

—LAS CUALES ESCRIBIO EL—

SR. Pbro. D. GABINO CHAVEZ,

POR ORDEN DEL

Ilmo. Sr. Obispo de León



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Dr. Felipe Valverde y Teller

Capilla Alfonsina

LEÓN.—1903 *Biblioteca Universitari.*

Imp. Guadalupana de Camilo Segura.

39609

BS 25505
43



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



UNA PALABRA AL LECTOR.

Por disposición de un celocísimo Prelado, (1) se han escrito unas Homilias sobre los Evangelios de todos los domingos del año. Son explicaciones seguidas, verso por verso del texto evangélico, anotando principalmente los sentidos místicos, y apuntando las moralidades que sin violencia se desprenden del santo Evangelio, y que son indicadas por los santos y expositores, con algunas particularidades que atañen á nuestras costumbres.

Dos condiciones impuso S. Sria. Ilma. á este trabajo: que las instrucciones habian de ser cortas, de manera que su lectura nó excediese de diez minutos, y que la doctrina

(1) El Ilmo. Obispo de León, Monseñor Leopoldo Ruiz.

fuese nutrida con los conceptos y testimonios de los santos Padres. La primera condición hase cumplido con tal escrupulosidad que todas las Homilias se han reducido al mismo tamaño, ensayando su lectura, que hecha con las debidas pausas, llega, sin excederlo, al término prefijado. Verdad es que estos límites infranqueables han hecho que los últimos versos de cada Evangelio se recorran con cierta festinación, y que algunas veces, aunque muy pocas, aun se omitan dos ó tres versos finales, que absolutamente no pudieron ni aun mencionarse.

En cuanto á la otra condición, parece que se ha llenado superabundantemente, pues la explicación de los Evangelios casi podria llamarse una Cadena, formada con los textos de los Padres y doctores, lo cual es una garantía de la solidez y de la piedad de la doctrina.

Además de estas condiciones, se ha querido llenar también otra que recomienda el santo Concilio Tridentino, y és, el expresarse en un lenguaje tan claro que sea acomodado á la capacidad de todos los oyentes. Así, el estilo es sencillo, sin adornos ni superfluas palabras, sobrio y conciso, lleno de cosas expresadas con brevedad y claridad.

De propósito hemos omitido las citaciones en latín, ya porque no se le habla al pueblo en este idioma; ya por que en la impresión lo alteran y pervierten hasta hacerlo ininteligible; ya porque pueden fácilmente encontrarse en la grande obra de *Mansi Ararium evangelicum*, nuevamente editada, que es un magnífico y copioso comentario de los Evangelios dominicales y de los de la Cuaresma. Ese ha sido nuestro arsenal, y sólo es nuestro el trabajo de la elección, traducción y coordinación de los testimonios de Padres y doctores. Principalmente hemos explotado al Angélico doctor Santo Tomás, por estas razones: la primera, porque su estudio ha sido muy recomendado por el sabio Pontífice el Sr. Leon XIII; la segunda, porque su doctrina es admirable por su profundidad, concisión y claridad como puede advertirse en las citaciones que de él hacemos; la tercera, porque si es muy conocido como teólogo, nó lo és mucho como comentador, y aunque ha circulado y ha sido traducida su célebre Catena, sobre los Evangelios, pero su Comentario propio sobre los mismos apenas es conocido.

De aquí y de sus sermones hemos tomado sus doctrinas; y si algunas veces acudi-

mos á su Suma, citamos debidamente sus lugares. De los Padres que escribieron sobre los Evangelios como San Ambrosio, San Hilario, San Gerónimo, San Beda y otros, claro és que al citarlos su testimonio consta en el Comentario ó explicación del pasaje evangélico de que se trata, y sólo se expresa la cita cuando es tomada de otros tratados ó escritos distintos que nó pertenecen á la exposición del Evangelio.

Fácil es de advertir que todo lo sólido, lo piadoso, lo bueno, que se encuentre en estas Homilias pertenece al santo Evangelio y á sus santos y sabios expositores; mas los defectos en que no ha de escasear, nos son enteramente personales. Así y todo, rendidamente hemos pedido al Señor, depositando al pié del sagrado tabernáculo nuestro manuscrito, que se digne impartir su bendición sobre este trabajo que no es mas que la explicación de su sacrosanto Evangelio.

Irapuato, en la fiesta de San Ignacio de Loyola, año de 1903.

G. Ch. Floro.

HOMILIA SOBRE LA PREDICACION,

Su importancia, sus maneras y sus géneros.

Testificor coram Deo et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius et regnum ejus: Prædica verbum, insta opportune importune: argue, obsecra increpa in omni patientia et doctrina. [2. *Timoth. IV. 1. 2.*]

Protesto delante de Dios y de Jesucristo que ha de juzgar vivos y muertos, en su vida y en su reino: Que prediques la palabra, que ilustres á tiempo y fuera de tiempo: arguye, reprende, exhorta en toda paciencia y doctrina.

Ilmo. Sr. Venerable Clero:

Conocidísimas son esas palabras del Apóstol San Pablo al Santo Obispo Timoteo, su muy querido discípulo; la Iglesia las pone muy frecuentemente en boca de sus ministros, cuando celebra la fiesta de sus santos Pontífices, y la une algunas ve-

mos á su Suma, citamos debidamente sus lugares. De los Padres que escribieron sobre los Evangelios como San Ambrosio, San Hilario, San Gerónimo, San Beda y otros, claro és que al citarlos su testimonio consta en el Comentario ó explicación del pasaje evangélico de que se trata, y sólo se expresa la cita cuando es tomada de otros tratados ó escritos distintos que nó pertenecen á la exposición del Evangelio.

Fácil es de advertir que todo lo sólido, lo piadoso, lo bueno, que se encuentre en estas Homilias pertenece al santo Evangelio y á sus santos y sabios expositores; mas los defectos en que no ha de escasear, nos son enteramente personales. Así y todo, rendidamente hemos pedido al Señor, depositando al pié del sagrado tabernáculo nuestro manuscrito, que se digne impartir su bendición sobre este trabajo que no es mas que la explicación de su sacrosanto Evangelio.

Irapuato, en la fiesta de San Ignacio de Loyola, año de 1903.

G. Ch. Floro.

HOMILIA SOBRE LA PREDICACION,

Su importancia, sus maneras y sus géneros.

Testificor coram Deo et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius et regnum ejus: Prædica verbum, insta opportune importune: argue, obsecra increpa in omni patientia et doctrina. [2. *Timoth. IV. 1. 2.*]

Protesto delante de Dios y de Jesucristo que ha de juzgar vivos y muertos, en su vida y en su reino: Que prediques la palabra, que ilustres á tiempo y fuera de tiempo: arguye, reprende, exhorta en toda paciencia y doctrina.

Ilmo. Sr. Venerable Clero:

Conocidísimas son esas palabras del Apóstol San Pablo al Santo Obispo Timoteo, su muy querido discípulo; la Iglesia las pone muy frecuentemente en boca de sus ministros, cuando celebra la fiesta de sus santos Pontífices, y la une algunas ve-

ces con el evangelio en que se les llama la luz del mundo y la sal de la tierra. Y es que quiere que sus ministros tengan muy presente la gravísima obligación que á todos aunque en diversos grados les incumbe, de anunciar la divina palabra, como una de las principales funciones de su ministerio. Y ciertamente, á los Obispos se dirige el Santo Concilio de Trento cuando solemnemente los amonesta: *Praedicationis munus, quod episcoporum praecipuum est, cupiens sancta Synodus quo frequentius possit ad fidelium salutem exerceri. . . mandat, ut in ecclesia sua ipsi per se sacras Scripturas divinamque legem annuntient.* (1)

Y en cuanto á los Párrocos, superfluo sería citar los testimonios de los Cánones, en los que se les impone una verdadera, perpetua é ineludible obligación de predicar el evangelio, [2] siendo una ley de que no pueden dispensarse, y cuyo cumplimiento no cesa de urgir la Iglesia en sus Concilios generales y parciales. (3) Sólo queremos ahora,

(1) Sess. XXIV, cap. IV.

(2) Conc. Trid. Sess. XXIII. de R. form. cap. I; Sess. V. de Reform. cap. II.

(3) Concil. Plenar. trans. Sess. X. núm. 702.

hacer resaltar la doctrina del Apóstol San Pablo, acerca de la gravedad y necesidad, del modo y de las especies de la predicación, pues todo eso y más comprende en las palabras con que comienza el cuarto capítulo de su segunda Epístola á Timoteo. *Testificor coram Deo et Jesu Christo . . .*

Notad, Sres. cuán grandioso, cuán solemne es este exordio con que prepara, el Apóstol la intimación de su precepto. Yo protesto, yo doy fé, yo testifico: Yo Pablo, yo, el Vaso de elección; yo el Apóstol segregado por Dios para el evangelio; yo el apisionado en la cárcel por el Señor, yo el Doctor de las gentes; yo protesto, yo testifico: [y este yo personal incluido en el verbo latino, lo expresa con entera claridad el griego,] ¿Qué vais á atestiguar grande Apóstol? Aguardad: Yo protesto: *Coram Deo et Jesu Christo*, atestigo delante de Dios, delante de Dios Padre criador del cielo y de la tierra: delante de Jesucristo, el Verbo eterno hecho hombre y Salvador del mundo; delante de Jesucristo, el Señor, añade en el griego, el dueño de todas las cosas. . . Mas ¿cómo verá delante á Jesucristo? ¿Acaso, *vagientem in praesepio?* ó en el templo audientem doctores *et interrogantem eos?*

(Luc. II. 46.) Acaso *jejunantem in deserto, ó turbis praedicantem, cibos multiplicantem, in cruce moriens, de sepulchro resurgens, aut in coelo regnans?* Todavía más, Señores; "*coram Jesu Christo qui judicaturus est vivos et mortuos!* Llama el Apóstol á nuestro Señor Jesucristo, revestido de la potestad judiciaria que su Padre le confiriera; invócale como Juez de los vivos y de los muertos, de los buenos y de los malos, del sacerdocio y del pueblo: quiere que no solo este divino Salvador sea testigo de lo que va á decir sino que sea el juez de su negligencia ó cumplimiento: "*coram Jesu Christo qui judicaturus est vivos et mortuos.*" [1] Exordio, á la verdad, no sólo solemne, augusto y grandioso, sino también temeroso y terrible como lo llama un intérprete. [2] Y aún no es esto sólo; sino que pone á la vista el grande espectáculo de la venida del Señor, y de la manifestación de su reino que del juicio universal se forma con los escogidos y se levante á los cielos. *Per adventum ipsius et regnum ejus.* (3)

- [1] Qui non solum testis esse potest praecepti dati sed et iudex ejusdem violati.] Estus.]
 (2) Estius. Crescon. cap. IV.
 (3) En el griego: *Epiphaniam*: la manifestación de su reino.

Quiere el Apóstol que la *turba magna* de los bienaventurados dé también fé de lo que va á prescribir, y sirva de testigo de su custodia ó infracción. ¿Qué podrá ser ello, que así interese á Jesucristo, y merezca su juicio, y aun ocupa á la celeste curia?

Hedlo aquí, Señores: *Praedica verbum*: predica la palabra. ¿Cual palabra? No hay mas que una: el verbo: *Verbum*. ¿Para esto tanto aparato, para esto el traer al Dios criador, al Dios salvador, á Jesucristo juzgando al universo, á la manifestación de su reino en su última venida? . . Para esto y sólo para esto: "*Testificor coram Deo et Jesu Christo qui judicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius et regnum ejus, praedica verbum*" «*Quis haec audiens, dice San Agustín, si Deo fideliter servit, si dolosus operarius non est, ab hac diligentia et instantia conquiescat? quis sub tanta testificatione segnus esse audeat?* (1) Y en verdad, no puede concebirse mayor esti-

- [1] Lib. 1º contr. Contestatur autem coram duobus, scilicet coram eo qui est, nostra beatitudo, et coram eo qui nos in talem beatitudinem introducit. (S. Th. in h. l. lect. I.)

mulo para la predicación de la divina palabra que esa tan grande testificación del Apóstol. "Pone por testigos, á Dios que es nuestra bienaventuranza, dice Santo Tomás, y á Jesucristo que es quien á ella nos introduce," como si de ello dependiera, tanto su posesión, como su conquista. Y es de notar. v. s., que esta carta escribe el grande Apóstol cercano á su muerte: "*ego enim jam delibor;*" ya va á consumarse mi inmólacion, porque la vida sacerdotal es un perpetuo sacrificio que á la muerte se consuma; y así las palabras de esta exhortación á un discípulo que como dice el Crisóstomo, era "tan amado y tan amante de San Pablo" revisten un nuevo carácter de gravedad é interés por ser como el testamento de aquel grande espíritu y noble corazón. (1) Así, todo debe excitarnos á la predicación evangélica, la presencia de Dios, el juicio del Señor, la esperauza de su reino, la exhortación del grande Apóstol, la recomendación de su testamento, las terminantes prescripciones de la Iglesia.

[1] Apostolus jam moriturus quasi ultimis verbis alloquitur Timotheum: ultima enim dat ei monita et quasi testamentum condit. (*Alovide.*)

Mas ¿cómo debe ser la predicación y con qué condiciones? El mismo Doctor de las naciones ha de revelárnoslo. Lo primero, ha de ser activa y eficaz: *insta*; lo segundo, prudente y discreta: *opportune*; lo tercero constante y perpetua: *et importune*. La predicación debe ser diligente, activa y eficaz, y por eso dice el Apóstol: *insta*, es decir urge, trabaja, hazlo con instancia, no con pereza y negligencia. Y á la predicación la llama un poco después, obra, diciendo: *opus fac evangelistae; nō escribiendo, sino predicando*, dice el Doctor angélico, lo cual debe hacer, *tum voce, tum vita sancta*, añade San Anselmo, (1) y en eso hace constar el Apóstol el cumplimiento del ministerio episcopal: *opus fac evangelistae, ministerium tuum imple.* (2 Timoth. IV. 5.)

Debe ser la predicación prudente y discreta: *opportune*; y así, dice el Espíritu Santo en los Proverbios: "*Sermo opportunus est optimus.*" [Prov. XV. 23] que es

[1] Apul Alap. Y también dice el Angélico: Ille autem implet officium evangelistae qui verbo praeleat et opere implet (*Ibid.*)

excelente la palabra cuando es dicha con oportunidad; y Salomón advierte que hay tiempo para hablar y tiempo para callar, (Eccles. III. 7.) y el saber cómo y cuando debe proferirse la palabra, y de qué manera á los unos y cómo á los otros es cosa muy necesaria para que la predicación sea oportuna y fructuosa. [1]

Mas el Apóstol añade: *et importune*, me direis, y esto es opuesto al *opportune*. De ninguna manera; *opportune et importune*, advierten los doctores es un modo de hablar acostumbrado que significa *assidue et instante*, [2] con diligencia y con empeño, es decir continuamente sin arredrarse por las dificultades, y es la tercera condición de la predicación. Lo importuno de ella puede entenderse respecto del mismo que la anuncia. "Ya te sea cómodo y oportuno, dice un intérprete, ya te sea incómodo, inoportuno y molesto, *insta operi*: de suerte que interrumpa la receración y hasta el sueño y

[1] Por 35 capítulos continuos va explicando San Gregorio Papa en la 3ª parte de su Pastoral el modo de predicar á diversas clases de personas.

[2] *Opportune importune, sapit proverbium: sensus est; assidue et instanter: (Mench)*

la comida para trabajar por la salud de las almas: como Tobias, *importune* para si dejaba la mesa y el lecho para dar sepultura á los muertos" (1) Que si queremos entender el *opportune importune* respecto de los oyentes, ya nos dirá San Agustín: "*Verbum est opportunum libenter audienti, importunum inerto*," oportuno para el que oye gustoso; importunos para el que oye forzado; San Cesario: "oportuno para el que lo quiere, inoportuno para el que lo rehusa;" San Crisóstomo: *tempestive* en tiempo de paz; *intempestive*, aunque estés rodeado de peligro, atado con cadenas, marchando al suplicio, aprovechad el tiempo para argüir y reprender, (2) Pero aun mejor lo declara el Angélico Doctor Santo Tomás: *opportune, importune. "Dicendum est quod praedicator, secundum veritatem, semper debet praedicare opportune; sed secundum existimationem falsam audientium, debet praedicare importune, quia praedicator veritatis semper est bonis, opportunus, et malis importunus semper."* Y añade que si siempre se quisiera hablar con esa oportunidad solo apro-

(1) Estius. hic.

(2) Chrisost. Homil. IX in h. opist.

vecharía á los justos que quisieran oír y es preciso que se predique á los pecadores para convertirlos.

Digno es de saberse v. s. si será oportuno en la predicación el procurar agradar y deleitar, escogiendo las palabras, redondeando los periodos, puliendo el estilo, ó mezclando la poesía á la narración. Contra este agradar del que anuncia el evangelio se levantaron adversarios tales como San Francisco de Sales y San Alfonso de Ligorio, ambos doctores, ambos santos, y ambos grandes predicadores. Otros doctores han escrito en contrario. Creemos que es fácil conciliarlos, advirtiéndole que hay un adorno excesivo, afeminado, rebuscado y postizo que justamente debe rechazarse como indigno de la gravedad de la palabra de Dios, y el querer agradar de esa manera es prostituir la doctrina, halagar los oídos, usurpar la gloria divina y ofender al Señor gravemente. Pero el adornar la palabra de un modo moderado, proponiéndose, no el predicar para agradar, sino agradar para aprovechar á las almas, no sería reprehensible. Y así el Angélico Doctor tratando de las gracias gratis datas, dice, que el Espíritu Santo proveyó á su Iglesia en la locución, pri-

mero, para alumbrar las inteligencias, hablando de modo que pueda enseñar; después, para mover los afectos, lo que se verifica: "*dum aliquis sic loquitur quod auditores delectet*," hablando de manera que deleite á los oyentes; lo que debe procurarse advierte el Santo nó para favor del que habla, sino para atraer á las almas á oír la palabra de Dios; finalmente, para que se ame lo que se oye y se quiera practicar, y esto se logrará cuando el predicador persuada y doblegue á los oyentes." [1] Así, Santo Tomás, adopta aquellos tres fines de la elocuencia de que hablaban los antiguos, y que San Agustín recuerda: enseñar, deleitar y persuadir; (2) Por lo demás, no hay que dedicarse con exquisito esmero á adornar el discurso: que si sale de un corazón abrazado de celo, Dios lo hará eficaz y aun hermoso, á la manera que añadió hermosura á la heroína Judit para que pudiese vencer al enemigo de su pueblo: "*Cui etiam Dominus contulit splendorem*." (Judith. X. 4.)

Mas el Apóstol nos instruyó también en

(1) 2ª 2ª 2. 177. a. 1.

(2) IV de Doctrina crist. cap. XII.

los diversos géneros de la predicación. Porque si se trata de los herejes, de los incrédulos é impíos, que hoy abundan, es preciso contestar sus argumentos, oponerse á sus errores, imponer la autoridad de la fé con el razonamiento, y entonces el predicador debe valerse de argumentos: *arguere. Nam si absque argumentes aliquem increpes, temerarius esse videberis, nullus que te perfieret*, dice San Juan Crisóstomo, y el oyente, creyendo, nó existen razones, que nó escucha, se vuelve más duro, obstinado y desvergonzado. (1)

Cierto que es menester en este género de predicación mucha prudencia, pues peligrosísimo sería detallar los argumentos de los incrédulos ó herejes contra la fe; podría ser debil la réplica, podría nó oirse ó nó entenderse, y quedar dentro de los oyentes la ponzoña sin el contraveneno, y el error sin correctivo.

Podría también emplearse este género de predicación para responder á los argumentos y pretextos de los malos cristianos que dilatan la penitencia, ó defienden las máximas del mundo, ó alegan falsos motivos para alejarse de los sacramentos, ne-

(1) Alap.

gar el pago de los diezmos, detener lo mal adquirido, y generalmente cuando se trate de convencer y defender las verdades, entonces *argue*.

Hay señores en el pueblo cristiano y creyente dos clases de personas: unas son almas dóciles, deseosas de oír la palabra de Dios y amantes de la virtud y la piedad. Con estas no se han menester argumentos ni amenazas, solo debe emplearse la admonición y las exhortaciones *obscra*. Con los disidentes se trata de convencer y para eso hay que valerse de argumentos que hablan á la inteligencia; con las almas dóciles se trata de mover, y hay que hablar exhortando y pidiendo. Y de este género de predicación hay que hacer uso, cuando se habla á las comunidades religiosas, á las cofradías, asociaciones y reuniones piadosas, no degenerando tampoco en cierta languidez, sino instruyendo gravemente, y evitando la exageración fácil de deslizarse, no convirtiendo en obligatorio lo que es facultativo, ni en materia de pecado lo de mero consejo. Hay quienes gozan en aterrorizar á sus oyentes, y nunca están contentos sino cuando el auditorio tiembla y da de gritos. La experiencia

dice que esto nada vale, ó vale muy poco: la conmoción de la imaginativa pasa pronto y nada deja; la conmoción del entendimiento penetra la voluntad, y dura y fructifica; las lluvias torrenciales asustan, pero no fecundan la tierra, porque luego se deslizan; las mansas y quietas lloviznas la empapan y fertilizan.

Otros cristianos, aunque creyentes, no practican; su fé está muerta, sus conciencias manchadas: habituarios, reincidentes, inodados á veces hasta en censuras, ocasionarios tenaces, que quieren ir con los dos ojos y las manos y los pies al abismo y jamás consienten en cortar y arrojar el miembro gangrenado. Con estos y con todos los corazones duros y perversos debe emplearse el tercer género de predicación: *increpa*. Estas aquellas fieras del cañaveral, aquellos toros congregados en las vacadas de los pueblos de que dice el salmo: "*Increpa feras arundinis, congregatis taurorum in vacceis populorum,*" (*Psalm. LVII. 31.*) Hay que reprenderlos que corregirlos con mas ó menos severidad y rigor conforme al grado de su obstinación y dureza. Mas ¿porqué manda el Apóstol á Timoteo que corrija con pa-

ciencia, cuando Tito le dice: "*Increpa illos dure,*" Trátalos con dureza? (*Tit. I. 13.*) Aquí se esconde una importante instrucción para los ministros de la divina palabra. Como los naturales y temperamentos son desiguales, unos propenden á la severidad, otros á la laxitud; unos convierten la cátedra sagrada, en un nuevo Sinaí de donde lanzan solo relámpagos y truenos; otros la truecan en una tierra de promisión que mana ríos de leche y miel, y es preciso estudiarse así mismos, estar alerta contra las propensiones dominantes que llevarían á fatales extremos. A Timoteo, de carácter grave y severo el prudentísimo Apóstol que lo tenia bien conocido le ordena que corrija con toda paciencia: "*increpa in omni patientia;*" mas á Tito cuyo caracter tímido y blando consideraba San Pablo, le manda corregir duramente á los cretenses: *increpa illos dure ut sani sint in fide.* (*Tit. I. 13.*)

Finalmente, v. s. el Apóstol nos instruye acerca de las condiciones que debe tener la predicación: debe, según él, ser eminentemente paciente y doctrinal: "*in omnia patientia et doctrina.*" Y á la doctrina antepone la paciencia porque es-

ta debe ejercitarse mucho para adquirir aquella. ¡Qué paciencia para consumir los años en penosos estudios! ¡Qué paciencia para formarse una soledad en medio del mundo para la contemplación de las grandes verdades! Qué paciencia pasar insomnes partes de la noche hasta caer la cabeza rendida del sueño sobre las páginas sagradas como aconsejaba al Pbro. Nepociano San Gerónimo!—Y después de la paciencia antecedente, viene luego la paciencia concomitante. Cuánta se necesita para sufrir los dicterios de los herejes, para leer sus libros pestilentes cuando hay que combatirlos ¡cuánto cuesta sufrir sus calumnias y sus burlas! Cuán penoso es sufrir lo incorregible de los pecadores, la escasez de los oyentes, su desatención y su sueño; los impíos hostilizan, los mundanos desprecian, aun las almas buenas y piadosas molestan y fastidian; uno así mismo se desalienta, se enfada, se fatiga, se entristece... he aquí la necesidad de la paciencia, y no de cualquiera, como advierte Teofilacto, sino de una entera general y constante: "*in omni patientia*," la que se muestra, dice con obras, con palabras, con limosnas; paciencia perfecta que nunca le

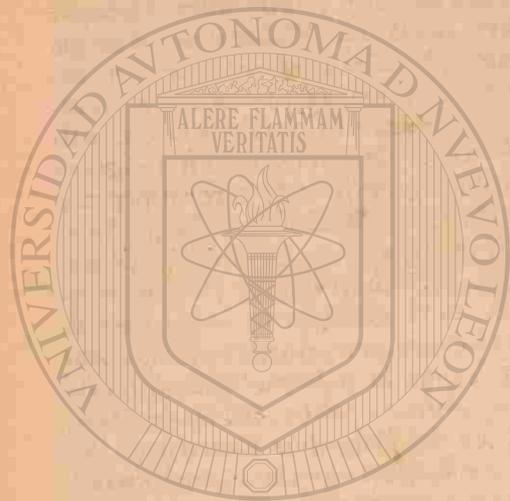
deja mostrar la ira, ni asomar la bilis por más que el pecador y el oyente se muestren duros, difíciles y rebeldes. Y así imitará al mismo Dios que amoneste, y habla, y aguarda con infinita paciencia á los pecadores.

Quizá no pocas veces habreis experimentado, v. s., que á veces se apodera del ánimo el desaliento, y el celo mas ardiente se entibia, al ver el ningún fruto de los trabajos: la predicación encuentra en los pueblos la frialdad y la dureza de las lozas del pavimento de los templos; las diversiones, las fiestas, los espectáculos y paseos que se frecuentan en los días del Señor van en aumento: la conculcación de las leyes de la Iglesia es pública y constante; los golpes de la predicación encuentran en el corazón de los fieles el yunque del martillador de que habla la Escritura, el que á mayores golpes se torna más duro y resistente... (Job. XLI. 15.) ¿Qué hacer en esos desmayos del espíritu en que se caen las alas, y el valor se pierde, y nos vemos á punto de dejarlo todo? ¿Qué hacer Señores? No perder jamás la esperanza; como el labrador esperemos la lluvia temprana y la tardía, (Jac. V. 7.) y

revistámonos de una virtud que se cuenta entre los frutos del Espíritu Santo, y se denomina *Longanimidad*, y viene á ser, *paciencia en la esperanza*. Y precisamente, en el griego, de esta virtud habla San Pablo juntándola con la doctrina. (6) Paciencia en la esperanza; que si Dios hizo curables á las naciones, [Sap. I. 14.] nó menos puede sanar á los individuos. La pérdida del valor y del ánimo en esas circunstancias, arguye falta de fé y de confianza; quizá en el postrer lance por Dios bendecido, una copiosa pesca nos indemnice de toda una vida *in qua nihil cepimus*; y si el Señor no quisiere consolar de este modo nuestro celo, aguardemos ser consolados en su reino, y no olvidemos que Dios no premia precisamente el éxito, sino el trabajo: *Anima laborantis laborat sibi*. [Prov. XVI. 26.] dice Salomón, y el Apóstol San Pablo advierte que cada cual recibirá el galardón, "*secundum suum laborem*" [I. Cor. III. 8.] No seguir el éxito ó el resultado, sino seguir su trabajo. Así, predicar, aunque no haya ó no miremos el fruto: "*in omni patientia*."—Mas no solo debe ser la predicación paciente si-

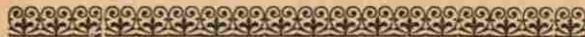
(6) Macrodimia kai didaxe

no también doctrinal. Aun para mover y deleitar, para exortar y reprender, siempre es necesario doctrinar. El decir muchas palabras que nada digan; el saturar los periodos de flores poéticas que halagan los oídos, pero no ilustran ninguna verdad, ni intiman ningún precepto, ni exhortan á alguna virtud, ni impugnan vicio ó error ninguno; el llenar el tiempo destinado á la predicación con frases que nada explican, que nada enseñan, será merecer ser llamados *virilocuaces*, será predicar *in omni patientia*, de los oyentes, pero, no *in omni doctrina* del orador. Como la palabra que se ha de predicar: *Praedica verbum*, á los de Dios, contenida en las Sagradas Escrituras, es necesario leerlas, estudiarlas, meditarlas: como hay que exponer los dogmas, es indispensable la Teología dogmática; para no imponer cargas pesadas, ni aligerar el yugo mas de lo justo, es menester la Moral. Y esto es el *minimum* de lo que puede pedirse á los que tienen que anunciar la divina palabra á los pueblos. Haga el Señor, por su misericordia que se predique conforme á las graves y preciosas instrucciones del Apóstol. Amén.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DOMINGO 1.º DE ADVIENTO.

**Continuación del santo evangelio
según San Lucas.**

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Habrá señales en el sol, la luna y las estrellas; y en la tierra consternación de las gentes por la confusión que causará el ruido del mar y de sus ondas: Quedando los hombres yertos por el temor y recelo de las cosas que sobrevendrán á todo el universo: porque las virtudes de los cielos serán conmovidas: Y entonces verán al Hijo del hombre venir sobre una nube con gran poder y majestad. Cuando comenzaren pues, á cumplirse estas cosas, mirad, y levantad vuestras cabezas, porque cerca está vuestra redención. Y les dijo una semejanza: mirad la higuera y todos los árboles: cuándo ya producen de

sí el fruto entendeis que cerca está el estío. Así también vosotros cuando viéreis hacerse estas cosas, sabed que cerca está el reino de Dios. En verdad os digo, que no pasará esta generación hasta que todas estas cosas sean hechas. El cielo y la tierra pasarán: mas mis palabras no pasarán.—(Luc. XXI. 25. 33.)

AMADOS HERMANOS MIOS:

1.

Nuestra santa madre Iglesia al empezar su año, consagra cuatro domingos á preparar la venida del Señor, esto es la fiesta de su nacimiento. Y estos cuatro domingos con sus semanas, son en memoria de los cuatro mil años que el mundo esperó la venida del Señor; estos domingos se llaman de Adviento, que quiere decir, venida, y en el de hoy, que es el primero, acabais de escuchar la lección del santo Evangelio que la Iglesia nos propone; y parece extraño que en preparación de la venida del Niño Dios Redentor nos proponga este evangelio en que se habla de las señales de su venida como Juez. Pero no sólo ahora al principio del año eclesiástico, sino también en el último

domingo que lo cierra, y en otro día de la cuaresma, nos presenta la Iglesia el evangelio del juicio, porque sabe cuán provechoso nos sea el tenerlo presente, puesto que és, al decir de un santo, el juicio del Señor, «como el maestro é instructor de las costumbres»; (1) y buena preparación es para la primer venida del Señor el tener presente y meditar en la segunda, pues que en esta (2) tenemos que dar cuenta de los beneficios recibidos en la otra.

Dice pues el santo evangelio, que habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y otro Evangelista, dice cuáles sean estas señales advirtiéndole que el sol se oscurecerá y la luna no dará su luz y las estrellas caerán del cielo. (3) Espantosas y horribles señales, hermanos míos, pues las tinieblas que el oscurecimiento del sol, traerá á la tierra, no por cortos instantes, sino por horas y aun por días enteros, conturban y entristecen á los mortales. Otra escritura dice que el sol se vestirá como de un saco negro, (4) y que la luna se

[1] Timor iudicii poedagogus est ad pietatem. (Basil. in XI. Isai 17.)

[2] Math. XXVI. 29.

[3] Marc. XIII. 24.

[4] Apoc. VI. 12.

mostrará color de sangre. Y las estrellas cayendo, es decir, dejando sus sitios y corriendo por varias direcciones causarán no poco espanto. Y á estas señales en los astros que pueblan el cielo, se sigue que habrá en la tierra, angustia, opresión y consternación por la confusión de los terribles ruidos en el mar y de sus ondas. Así, habrá señales en el cielo y señales en la tierra, porque el Señor y Dios del cielo habrá de venir á juzgar á sus redimidos en la tierra; y por eso el sol y la luna como avergonzados (1) de las ofensas del Señor que tanto han visto, se tapanán dice San Alberto, (2) la cara; y el mar que envuelve á la tierra, porque es tres tantos mas grande que ella, como enfurecido contra los enemigos de su Criador dará saltos inmensos, tragará territorios enteros dejando huecos los hondos abismos donde habitaba, causando un espanto indecible y un terror y una confusión imponderables. (3) Nada tiene pues de extraño lo que sigue diciendo el Evangelio, que el temor y

(1) Erubescet luna et confundetur sol [Is. XXIV. 23.]
(2) Non enim volunt videre luminaria coeli iniquitates impiorum. [Alb. Magn.]
(3) Bonav. cit Hieronim.

la espectación de lo que va á pasar en el mundo, pondrá á los hombres yertos, pálidos, flacos y descaecidos; y agregan los santos Doctores que andarán huyendo por las cuevas y los montes abandonando los pueblos y ciudades, muchos vueltos locos, saltados los ojos, erizados los cabellos, dando gritos horribles. «Pues, aun las virtudes de los cielos serán conmovidas,» añade el santo Evangelio. De las tres gerarquias de los ángeles, una se compone de tres coros, que se llaman Potestades, Virtudes, y Dominaciones; y uno de estos, que es el de las Virtudes, está encargado por Dios de presidir al movimiento de los astros; y de estos Espíritus celestiales nos anuncia el Salvador que serán conmovidos, es decir que las «celestes influencias se destemplanán, por las cuales esta máquina inferior se gobierna. («S. Thom. de Villan») y de esta perturbación de las altas estrellas se sentirán malignos y portentosos efectos acá en las criaturas inferiores. (Suar.)

De suerte que aun los espíritus angélicos sufren alguna conmoción y perturbación ante tan horribles y desacostumbrados efectos de la divina justicia, moviénd-

dose en obsequio del Juez eterno, y prontos á descender con él como en expedición contra sus enemigos. [Carthuss.] Y aquí es de considerar, amados hermanos míos, lo que dice San Gregorio Papa: "Si así tiemblan las columnas, qué harán las débiles tablas? si así se cimbran los altos cedros ante esta tempestad pavorosa, ¿qué será de las humildes hierbecillas?" es decir, que si hasta las virtudes de los cielos se verán llenas de pavor y de espanto ¿qué deberemos hacer los hombres pecadores ante esas tremendas señales del riguroso juicio que nos amenaza?

2.

"Y entonces verán al Hijo del Hombre que viene en una nube con grande potestad y majestad." Jesucristo, verdadero Dios y hombre, bajará de los cielos y vendrá á la tierra sobre una nube resplandeciente y maravillosa, resplandeciendo él mismo, de luz brillantísima, con magestad real y celestial, como le vió un Profeta: "Sentado en su trono de llamas de fuego, saliendo de su cara un río rápido de fuego; millares de millares le ministraban y diez mil centenares de millares le asis-

tian. (1) Ya no viene pobre y humilde como en su primera llegada, sino fuerte y poderoso; nó al seno de una humilde doncella, sino á un solio altísimo de gloria; no llorando en el pesebre, sino reinando en el trono; nó entre pobres animales, sino entre angélicos escuadrones. (S. Thom. de Villan.) Pnes en aquel día, dice San Vicente Ferrer, "los cielos quedarán del todo vacíos, criatura humana ó angélica no quedará en ellos, porque todos saldrán á acompañar á su Rey para el juicio." El Señor vendrá con grande potestad, pues el Padre dióle poder sobre el cielo y la tierra, sobre los ángeles y sobre los hombres, y nadie podrá ni intentará siquiera resistirle, que, "si á sola su voz de mansísima respuesta, dice San Gregorio Papa, (2) rodaron por el suelo los soldados armados en el Huerto cuando iba á ser juzgado, ¿qué hará su voz de trueno cuando él venga á juzgarnos? ¿quién resistirá la voz de su ira, si nó se pudo resistir la voz de su paciencia?"

Más es muy de notar, hermanos míos, que después de tan grandioso y terrible

[1] Dan. VII. 10.

[2] Moral. I. XVII. c. 21.

espectáculo, luego agrega el santo evangelio, unas palabras de grande alegría: "Cuando comenzaren pues á cumplirse estas cosas, mirad, y levantad vuestras cabezas, porque cerca está vuestra redención." Como el que anda triste y abatido suele traer caída la cabeza, así el que anda alegre y contento suele llevarla levantada; y por eso al decir aquí el Salvador, "levantad vuestras cabezas," es lo mismo que decir, "regocijad vuestros corazones, porque al acabar el mundo, de quien no sois amigos, cercana está la redención que tanto esperásteis [S. Bonav.] Y así, lo que para los malos es terrible y espantable, para los buenos es dulcísimo y amable. Más, cuál es la redención que ya se acerca? Es, responden los santos, la liberación de todos las adversidades de la vida presente y la salud que nunca acaba; [1] será la libertad de toda enfermedad, llanto y dolor, de toda tristeza, miedo y temor, de todo cuanto en la vida puede afligir al hombre en el cuerpo ó en el alma. Para los que tengan buena conciencia, para los que no vivan en el pecado, nada hay que

(1) Dionis. Carthuss.

temer en el día del juicio; por eso hay que dejar el pecado en la piscina de la confesión para evitarnos tan terribles temores. ¿Lo oís, cristianos? . . .

Pero puede ser que penséis, amados hermanos, y digais en vuestro corazón: "¿quién se apura por el juicio cuando tan lejos está"? Mas yo os respondo; "mirad la higuera y los otros árboles; cuando ya producen fruto, sabéis que cerca está el estío, así cuando veais hacerse estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios, pues no pasará esta generación hasta que todas ellas se cumplan." Aquí reduce el Señor, á la generación presente, lo que anunció del fin del mundo, y el fin de su propia vida será para cada uno el fin del universo: el sol y la luna se oscurecen, cuando al que va á morir se oscurecen los ojos; la tierra tiembla con las convulsiones de la agonía; y el mar se alborota, cuando el estómago produce eruptos y nauseas; y las virtudes se conmueven cuando las fuerzas se van acabando; y entonces el hombre estará yerto por el temor y la confusión. Y como en los árboles, al ir á fructificar, señal es de que se acerca otra estación, así al acercarse la vejez y

los achaques, hay que aguardar la estación de la otra vida, que llama el Señor "el estío," que si para los buenos puede significar la hermosura de las flores y la belleza de los prados, para los malos puede indicar el terrible calor de las eternas llamas.

Y estas no son fábulas, hermanos míos; quiere nuestro Señor, que estemos tan íntimamente convencidos de ello, que termina diciéndonos con seguridad infinita: "el cielo y la tierra pasarán; pero mis palabras no pasarán." ¡Ojalá y nosotros todos, pasemos de las tinieblas del destierro á las claridades del reino de Dios! Amén.



DOMINGO 2º DE ADVIENTO.

Continuacion del santo evangelio según San Mateo.

En aquel tiempo estando Juan en la cárcel y oyendo las obras de Cristo, envió dos de sus discípulos. Y le dijo: Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro? Y respondiendo Jesús, les dijo: Id y contad á Juan lo que habeis oído, y visto. Los ciegos ven, los cojos andan. los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan; y á los pobres les es anunciado el Evangelio: Y bienaventurado, el que no fuere escandalizado en mí. Y luego que ellos se fueron, comenzó Jesús á hablar de Juan á las gentes: ¿Qué salisteis á ver al desierto? Una caña movida del viento? ¿Más, qué salisteis á ver? ¿un hombre vestido de ropas delicadas? Cierto,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

los que visten ropas delicadas en casa de reyes están. ¿Mas, qué salisteis á ver? ¿un profeta? Ciermente, os digo, y aun más que profeta. Porque este es de quien está escrito: He aquí, yo envío mi ángel ante tu faz, que preparará tu camino delante de tí. [Math. XI. 2. 10.]

1.
Hermanos míos, la santa Iglesia en este domingo y en los dos siguientes, nos pone el evangelio en que se habla de San Juan Bautista, el Precursor de Jesucristo. Este es el mismo que siendo aun niño, en el vientre de su madre santa Isabel, cuando fué visitada por María Santísima que llevaba al Niño Dios dentro de su seno, lo reconoció, lo adoró y dando saltos de gozo en su estrecha prisión, comenzó á hacer su oficio de Precursor, como dice san Ambrosio, anunciando como podía al Hijo de Dios. Este niño admirable, en cuyo nacimiento se obraron muchos prodigios, fué el que retirándose al desierto, vestido de pieles y alimentándose con langostas, salió después á predicar la penitencia, cumpliendo con su oficio de anunciar y pre-

parar el camino al Salvador. A este santo tenia preso en la carcel el cruel rey Herodes, que haciendo una vida escandalosa, era reprendido por el hombre de Dios. Mas como tenia muchos discípulos que podian comunicar con él en sus prisiones, llegó hasta él la noticia de los milagros que obraba el Señor, y queriendo que sus discípulos, que le amaban y le eran muy adictos, fueran desprendiéndose de él para pertenecer á Jesucristo, quiso que por sí mismos se convencieran en vista de los prodigios, de la divinidad del Salvador y de como era el Mesías, prometido. Y así dice el evangelio, que oyendo en las prisiones las obras de Cristo, envió dos de sus discípulos, los más prudentes y dóciles, como dice San Juan Crisóstomo, para que le dijesen en su nombre: “¿Eres tú, el que ha de venir, ó esperamos á otro?” Es decir, “¿eres tú aquel del que los profetas dicen que ha de venir? ¿eres tú el Mesías prometido, ó hay que esperararlo todavía después de tí?” Es de advertir que san Juan no dudaba ni un instante de que Jesucristo fuese el Mesías esperado y ningun otro, pues él mismo al verlo venir, lo habia anunciado diciendo:

he aquí al Cordero de Dios, hé aquí al que quita el pecado del mundo: [1] es decir, que le reconoció y anunció como víctima que venía á padecer por los pecados de los hombres como nota el angélico doctor. [2] Y así, al mandar hacer esa pregunta, no fué por salir de una ignorancia que no tenía, sino por la ignorancia de sus discípulos. [3] El Bautista seguía cumpliendo con esto con su misión, pues con esta pública embajada, hacía que Cristo fuese conocido por sus discípulos y diese un testimonio público de su divinidad demostrada por los milagros. Y por eso manda dos discípulos, porque és sabido que un sólo testigo no hace fé, y en la boca de dos ó tres testigos está toda verdad. [4]

Obedecieron pues los discípulos del Precursor, y juntos emprendieron el camino hasta donde predicaba el Salvador; le hablaron y le participaron la pregunta que su Maestro mandaba hacerle desde sus prisiones.

(1) Jo. I. 29.

(2) Thom. in Caten.

(3) Ita Chrisost Hilar. et Thom.

(4) Lic. Bonavent.

Es de creer que el Señor los tuvo consigo algunos dias para que fuesen testigos de muchos de sus milagros; y en efecto, no sólo los vieron, sino que oyeron de boca de sus discípulos otros muchos que el Señor había hecho, y en particular la resurrección de la hija de un príncipe de la sinagoga, [1] y del jóven hijo de la viuda de Naim. Vieron también y oyeron predicar á Jesucristo, rodeado de los pobres y humildes: vieron las turbas inmensas que le cercaban, ávidas de escuchar su palabra: vieron con sus ojos la curación instantánea de multitud de enfermos: fueron testigos al mismo tiempo, de la dulzura y mansedumbre del Señor, y cómo á todos oía, y á todos trataba con caridad inefable. Y así, después de haber visto, y oído y palpado todas estas cosas, ya para despedirlos y devolverlos al Precursor, respondiendo Jesús á su pregunta, les dijo: "Id y anunciadle á Juan, lo que habeis oído y habeis visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados." Seis cosas son estas, hermanos míos, como otras tantas

(1) Ita Tolet. et alii.

señales de ser Jesús el Mesías, porque así puntualmente había anunciado de él el profeta Isaías llamándole Dios: “Dios mismo, decía, Dios mismo vendrá y os salvará; entonces se abrirán los ojos de los ciegos y las orejas de los sordos serán patentes; entónces el cojo saltará como siervo y la lengua de los mudos se desplegará: [1] De suerte que el Precursor, cotejando la profecía con la realidad, no podría dudar que es Dios mismo el que ha venido. No tuvo necesidad Jesucristo de decir quien era ni de llamarse el Mesías, pues como dice San Cirilo, con la grandeza y con la muchedumbre de sus milagros, bastantemente lo demuestra.

Ahora bien, lo que es muy de notar para nuestro provecho, amados hermanos míos, es lo que en este pasaje no dejan de advertir los santos y doctores. “Muy fácilmente podemos imaginar, dice uno de ellos, [2] cómo nuestro divino Salvador sigue operando todos los días espiritualmente estos milagros: los ciegos miran, cuando con la luz que desde el cielo les manda el Señor, quedan libres de las ti-

[1] Is. XXXV. 4.

[2] Dion Carthus.

nieblas del error ó de la infidelidad; cobran oído los sordos, cuando los corazones, antes rebeldes, llegan á escuchar humildemente la palabra de Dios, porque la dureza y obstinación vienen á ser la sordera del alma; los leprosos son limpiados, cuando los pecadores son libertados de los vicios de la gula y liviandad; echan á andar los cojos, cuando las almas perzozas y variables se vuelven fervorosas y corren ligeras á las cosas de Dios; los muertos también resucitan, cuando hacen penitencia y se convierten los pecadores.” Y en efecto, hermanos míos, todas las enfermedades y defectos del cuerpo representan y simbolizan los del alma, y principalmente el estado de pecado mortal viene á ser la muerte del alma, por lo cual dice San Agustín que es mas dificultoso convertir á un pecador, que resucitar á un difunto. Los que no quieren oír la predicación del Sacerdote, los hijos rebeldes que no quieren escuchar los consejos de sus padres, los soberbios que no quieren recibir una advertencia de nadie, los caprichosos que se obstinan en seguir su propio parecer; todos estos son ciegos que no oyen, y que sólo podrán cu-

rar con los remedios del médico divino, es decir, rindiéndose á las máximas del evangelio. Los que ignoran los misterios de nuestra fé, los que no saben la doctrina cristiana porque nunca quieren estudiarla, los que leen malos libros y papeles impíos, que atacan la fé y corrompen las costumbres; los que no quieren ver la acción de la Providencia en el mundo y los castigos que ellos mismos sufren por sus pecados, todos estos son ciegos, y ciegos voluntarios, que no quieren dar la mano al que mira, y caerán en la fosa de llamas eternas si no quieren ser curados abriendo los ojos á la luz de la fé, y quitándose esas nubes funestas que los ciegan. Los que viven enteramente olvidados de Dios y de su alma, los que metidos en medio de sus vicios y pasiones llenan su alma de manchas horrorosas, y como dice la santa Escritura "se pudren entre el estiercol," (4) estos son infelices leprosos, que no se limpian porque nó lo quieren; pues la sangre de Jesucristo en los sacramentos borra toda mancha y limpia y purifica toda culpa. Muertos y hediondos son los pecadores principalmente de muchos años, á

[4] Jael. I. 17.

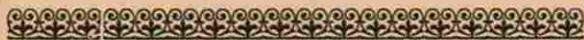
quienes solo la gracia de Jesucristo puede resucitar si á él acuden. Y esto es lo que la Iglesia nos pide en estos días; no la dejéis, hermanos míos, dar sus voces en vano.

2.

Continúa el santo evangelio diciendo las alabanzas, que Jesús dijo á las turbas, de Juan, preguntándoles tres veces, qué salieron á ver al desierto, si acaso á una caña agitada por el viento, ó á un hombre delicadamente vestido, ó á un profeta? Dióles á entender que nó era caña que el aire mueve, es decir, que nó era un alma voluble é inconstante que se deja llevar de las lenguas; pues al contrario, su constancia le tenia entre cadenas; que no era hombre de blandas vestiduras, pues vestía de pieles de camello endurecidas que sólo ellas eran un verdadero suplicio; que era San Juan, no sólo Profeta, pues que de él estaba escrito, "He aquí que yo envío mi angel ante tu faz, que preparará tu camino delante de tí." (5) Gran Santo, en verdad, es el Precursor, que es llamado

[5] Mal. III. 1.

angel y alabado por el mismo Salvador de los hombres! San Gregorio Papa explica que es caña, juguete del viento, el que vive de la opinión agena y se dobla á todos lados por donde soplan las lenguas; y que el de blandas vestiduras, es el que solo piensa en regalar la carne y sigue las modas inmodestas del mundo en el vestido y adornos del cuerpo. Todo esto, debemos huir siempre, pero especialmente en este tiempo de adviento, para que esperando bien preparados la venida de Jesucristo Redentor, nó nos condene cuando venga como juez. Así sea..



DOMINGO 3º DE ADVIENTO.

**Continuacion del santo evangelio
según San Juan,**

En aquel tiempo los judios enviaron á Juan, de Jerusalem, sacerdotes, y Levitas á preguntarle: ¿Tú quien eres? Y confesó y no negó; y confesó: que yo no soy el Cristo. Y le preguntaron: ¿Pues qué cosa? ¿Eres tú Elias? Y dijo: No soy. ¿Eres tú el Profeta? Y respondió: N6. Y le dijeron: ¿Pues quién eres para que podamos dar respuesta á los que nos han enviado? ¿Qué dices de tí mismo? El dijo: Yo soy voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor: como dijo Isaías profeta. Y los que habian sido enviados, eran de los Fariseos. Y le preguntaron, y le dijeron: ¿Pues porqué bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elias, ni el Profeta? Juan les

respondió y dijo: Yo bautizo en agua: mas en medio de vosotros está uno á quien vosotros no conocéis. Este es el que ha de venir en pos de mí, que ha sido engendrado antes de mí: del cual yo no soy digno de desatar la correa del zapato. Esto aconteció en Bethania de la otra parte del Jordán, en donde estaba Juan bautizando. (Joan. I. 19 . . . 28.)

Sigue la Iglesia en este domingo, hermanos míos, hablándonos en el santo evangelio del Precursor de Jesucristo, al cual le mandaron los fariseos una embajada para que diese cuenta de su persona, oficio y dignidad; por eso los enviados llegaron preguntándole: ¿Tú, quién eres? Es decir, cual és, nó tu nombre, que bien lo sabian, sino tu oficio, tu ministerio, tu dignidad? Y luego le van preguntando si es el Profeta Elías, que por segunda vez hubiere venido, ó si era alguno de los otros Profetas, ó por fin si era Cristo el Mesías esperado. El humilde bautista, confesó y nó negó lo que era, pero sí negó lo que nó era, como advierte San Gregorio Papa; respondió que él nó era Elías, ni un simple profeta, ni ninguno de los profetas antiguos ya muertos; sino que era lo que es-

taba anunciado por el Profeta Isaías por estas palabras: "Yo soy la voz del que clama en el desierto preparad los caminos del Señor."

Y en efecto, muy bien estaba significado San Juan Bautista por estas palabras; El era voz, por su continua predicación; clamaba en el desierto, porque allí pasó su juventud y en el desierto hacía oír su voz; y todo el objeto de su predicación era exhortar á la penitencia para disponer á las almas á recibir á Jesucristo, y esto era preparar el camino del Señor. Mas, cuando le preguntaron si acaso él era Cristo, entonces preparó el camino de los entendimientos con una confesión clara, expresa y terminante de la venida del Mesías, diciendo: que Cristo estaba en medio de ellos aunque ellos no le habian conocido, y que en cuanto á él, Juan, no era digno de desatar la correa de su calzado; es decir, de servirle en los mas humildes ministerios. Y preguntándole aquellos emisarios, porqué bautizaba, si nó era el Cristo? respondió, que él sólo bautizaba en agua, es decir, que su bautismo era un mero lavatorio material que simbolizaba como habian de limpiar las almas por la penitencia, pero que no

tenia la virtud ni la eficacia del bautismo de Jesucristo. Y en esta ocasión muy especialmente fué San Juan Bautista lo que estaba anunciado, es decir, una voz que clama; pues diciendo que Jesucristo habia sido engendrado antes que él, (siendo así, que Juan era medio año mayor que el Salvador,) dió á entender muy claramente que era engendrado en cuanto Dios de toda la eternidad, así como lo dijo en una ocasión el mismo Jesucristo: "Antes que Abrahán fuese yo soy;" y entendieron tan bien sus enemigos que en esto se mostraba como Dios, que por esta respuesta quisieron apedrearle como blasfemo. Así es que la santa Madre Iglesia, deseando fortalecer la fé de sus hijos en la divinidad del Salvador, pone ante sus ojos este testimonio tan claro, dado por el Precursor ante la solemne embajada de los fariseos. Y también es muy de notar, que la pregunta de los fariseos, "¿Tú quién eres?" qué dices de tí mismo? es muy á propósito para aplicársela cada uno, como si nos la hiciera la Iglesia, ó mas bien el Señor, juez de vivos y muertos: ¿tú quien eres? ¿eres verdadero cristiano, ó cristiano solo de nombre? ¿eres hijo fiel de la Iglesia, que la alegras con

tu sumisión y obediencia? que guardas todas sus leyes y respetas todas sus disposiciones? ¿ó eres de aquellos que menosprecian sus mandamientos, que profanan con el trabajo los días festivos, que con el menor pretexto omiten la misa los días domingos, que rehusan pagar los diezmos y andan buscando mil pretextos para no cumplir esta obligación? ¿Tú, quién eres, qué dices de tí mismo? Debes á ejemplo del Bautista, confesar lo que eres y negar lo que nó eres; debes decir; "yo no soy cristiano verdadero, aunque tengo el nombre y el carácter del bautismo; obro según las máximas del mundo; dejo de hacer muchas buenas obras por los humanos respetos; me avergüenzo de Jesucristo delante de los hombres, y olvido la renuncia de las pompas y vanidades del siglo que hice en el santo bautismo. Esto es lo que soy, y así lo confieso humildemente. En cuanto á lo que nó soy; no soy un fiel cumplido y diligente que guardé con cuidado los santos mandamientos; como hijo, no doy á mis padres el honor y la obediencia que les debo; como padre, nó tengo aquel cuidado exquisito de mis hijos que Dios me manda; nó les doy el buen ejemplo que

es el elemento de una educación cristiana; no frecuento los sacramentos para llevar una vida arreglada y conservar limpia mi conciencia; en fin, no vivo siempre preparado como el Señor me lo encarga, aunque sepa que á la hora que menos piense vendrá á tomarme cuentas.”

Así, cristianos, si el santo Precursor nada tuvo que echarse en cara en su respuesta, antes dió testimonio á la divinidad de Jesucristo, y se humilló reconociéndose indigno aun de prestarle los obsequios de un siervo; nosotros en nuestra respuesta, aunque confesamos el sér de cristianos, és para mayor vergüenza, pues no hemos sabido corresponder al don insigne de la fé: ingratos á nuestro bautismo, desleales á nuestras promesas, vivimos en medio del mundo siguiendo sus máximas y sus costumbres, y olvidados de los consejos evangélicos y aún de los divinos preceptos. Ni sabemos llorar nuestras propias miserias como Jeremías; ni tenemos el celo de Elías contra los enemigos del Señor, ni somos como alguno otro de los profetas obedientes á sus inspiraciones; y aunque se dice que el cristiano es otro Cristo, nosotros no somos Cristo tampoco pues los

cristianos, como dice San Pablo, debemos ser el buen olor de Jesucristo en todas partes, [1] por el buen ejemplo y las virtudes, y lejos de eso somos olor de muerte que contaminámos á nuestros hermanos. ¿Qué debemos hacer en estas tristes circunstancias? Escuchar la voz del Bautista que predicaba penitencia, y penitencia, y bautizaba con agua para significar que el agua de las lágrimas y del arrepentimiento deben acompañar á la penitencia para que produzca sus dignos frutos. Y esto és puntualmente, hermanos míos, lo que quiere la Iglesia: desea que nos preguntemos lo que somos, y que atendamos al testimonio que de nosotros mismos nos dá nuestra conciencia, para que reconociéndonos ingratos y pecadores, nos prepararemos al Nacimiento del Señor y aguarde-mos su venida, limpiando nuestros corazones y enderezando cuanto tengamos torcido, pues como dice la santa Escritura: Derecho es el Señor, [2] y los que están derechos, son los que le aman. [3]

Oigamos pues la voz del que clama, y

[1] 2. Cor. II. 15.

[2] Psalm. XCI. 16.

[3] Cant. I. 3.

como el que clama despierta á los que están dormidos, (4) así la santa Iglesia por la voz del Bautista nos clama en estos días, "preparad los caminos al Señor, enderezad sus senderos." Mas guardémonos de que por nuestra culpa no clamé en el desierto; pues como dice el angélico doctor, San Juan clamó en el desierto, esto es en la Judea, para dar á entender que ya aquella casa estaba desierta y aquel pueblo abandonado de Dios. [5] Dirigid el camino del Señor, que entonces es derecho su sendero, dice Santo Tomás, "cuando todo el hombre se sujeta á Dios sometiéndole el entendimiento por la fé, la volutnad por el amor, y nuestro obrar por la obediencia á sus preceptos." (6) Más, notad hermanos míos, que lo que dijo el Bautista: "en medio de vosotros está el que no conocéis," también puede aplicarse á nosotros, que tenemos en medio de nosotros á Jesucristo en la sagrada Eucaristía, y parece que no lo conocemos, pues ni le visitamos, ni le recibimos, ni queremos prepararle el camino para que venga á nuestras almas,

(4) Alb. Magn.

(5) Thom, hic.

[6] Ibid.

siendo así que la Iglesia precisamente clama en estos días, para que preparemos los caminos á la comunión de la Pascua por un diligente examen y una dolorosa confesión de nuestros pecados. Y acaba el santo evangelio, diciendo, que estas cosas acontecieron en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan estaba bautizando. Betania significa *casa de obediencia*, pues los cristianos escuchan en la iglesia para obedecer sus insinuaciones; al otro lado del Jordán, quiere decir, dejando á un lado las cosas caducas y transitorias de este mundo; donde San Juan aplicaba el bautismo, es decir, en la Iglesia, lugar de muchas aguas en que se laban los pecados por la virtud de los sacramentos. Apresuraos pues, amados fieles, á obedecer las voces de la Iglesia de la tierra, para poder llegar algún día con la Iglesia triunfante á la gloria del cielo. Así sea.



como el que clama despierta á los que están dormidos, (4) así la santa Iglesia por la voz del Bautista nos clama en estos días, "preparad los caminos al Señor, enderezad sus senderos." Mas guardémonos de que por nuestra culpa no clamé en el desierto; pues como dice el angélico doctor, San Juan clamó en el desierto, esto es en la Judea, para dar á entender que ya aquella casa estaba desierta y aquel pueblo abandonado de Dios. [5] Dirigid el camino del Señor, que entonces es derecho su sendero, dice Santo Tomás, "cuando todo el hombre se sujeta á Dios sometiéndole el entendimiento por la fé, la volutnad por el amor, y nuestro obrar por la obediencia á sus preceptos." (6) Más, notad hermanos míos, que lo que dijo el Bautista: "en medio de vosotros está el que no conocéis," también puede aplicarse á nosotros, que tenemos en medio de nosotros á Jesucristo en la sagrada Eucaristía, y parece que no lo conocemos, pues ni le visitamos, ni le recibimos, ni queremos prepararle el camino para que venga á nuestras almas,

(4) Alb. Magn.

(5) Thom, hic.

[6] Ibid.

siendo así que la Iglesia precisamente clama en estos días, para que preparemos los caminos á la comunión de la Pascua por un diligente examen y una dolorosa confesión de nuestros pecados. Y acaba el santo evangelio, diciendo, que estas cosas acontecieron en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan estaba bautizando. Betania significa *casa de obediencia*, pues los cristianos escuchan en la iglesia para obedecer sus insinuaciones; al otro lado del Jordán, quiere decir, dejando á un lado las cosas caducas y transitorias de este mundo; donde San Juan aplicaba el bautismo, es decir, en la Iglesia, lugar de muchas aguas en que se laban los pecados por la virtud de los sacramentos. Apresuraos pues, amados fieles, á obedecer las voces de la Iglesia de la tierra, para poder llegar algún día con la Iglesia triunfante á la gloria del cielo. Así sea.





DOMINGO 4^o DE ADVIENTO.

**Continuación del Santo Evangelio
según San Lucas.**

En el año decimoquinto del imperio de Tiberio Cesar, siendo Poncio Pilato Gobernador de la Judea, y Herodes tetrarca de Galilea y su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisaniás tetrarca de Abisiinia. Siendo príncipes de los sacerdotes Anás y Caifás; vino palabra del Señor sobre Juan, hijo de Zacarías en el desierto. Y vino por toda la región del Jordán, predicando bautismo de penitencia para remisión de pecadores. Como está escrito en el libro de las palabras de Isaías profeta: Voz del que clama en el desierto: Aparejad el camino del Señor: haced derechas sus sendas. Todo valle se

—33—

henchirá; y todo monte y collado será abajado, y lo torcido será enderesado, y los caminos fragosos allanados: Y verá toda carne la salud de Dios. [Luc. III. 1....5.]

I.

Nos pone hoy la Iglesia á la vista, amados hermanos míos, como en los domingos anteriores, á Juan Bautista el Santo Precursor de Jesucristo. Comienza el evangelio citando las fechas y puntualizando los tiempos para dejar bien sentada la verdad de los hechos que va á contar: nombra los gobernantes seculares y los espirituales: como allí dominaba el imperio romano, extendido por todo el mundo, nombra al emperador de Roma, luego nombra á Herodes y los que gobernaban la Judea, y finalmente menciona á Auás y Caifás que eran príncipes de los sacerdotes. Y explican los santos Padres, que como Jesucristo era rey y sacerdote, por eso al hablar de la venida del Señor, se mencionan los reyes y los sacerdotes, así como también se denota el triste estado del mundo pues en Tiberio se significa á Satanás en posesión del mundo; en Poncio Pilato la hipocrecía; en Filipo la soberbia; en Lisaniás el amor de los goces y deleites; en Anás la humillación ó aflicción, y en Cai-

fás, la humana sagacidad, lo cual demuestra, dice San Bernardo, (1) la poca luz que entonces había de las cosas divinas y la abundancia de la iniquidad que había enfriado la caridad en los corazones. En este tiempo pues, de tanta maldad y miseria, se hizo la palabra de Dios, sobre Juan hijo de Zacarías, es decir, que el Señor le habló y le dictó sus órdenes, porque nadie debe ingerirse en el ministerio de la predicación sin vocación particular del cielo; y así el Señor se la dió en esta ocasión á San Juan para predicar, para ministrar el bautismo figurativo y para dar testimonio de la divinidad de Jesucristo, por lo cual dice el evangelista San Juan: hubo un hombre enviado de Dios, cuyo nombre era Juan, [2] es decir, el Bautista. Se dice, "fué en el desierto," porque desde su infancia hasta el tiempo de su predicación moró en el desierto escondido y desconocido de todos. Así se significaba que en la soledad y en el retiro suele Dios hablar á las almas, porque el ruido del mundo no deja escuchar su voz; y por eso la Iglesia propone á los fieles de vez en cuando el re-

[1] Serm. I. de Advent.

[2] Joan I. 6.

tiro de los ajercicios espirituales, para que allí separados de las conversaciones y negocios se haga sobre ellos la palabra del Señor, cambiando de vida y haciendo una buena conversión.

La obediencia del Precursor fué pronta, por eso luego añade el evangelio que vino á la región del Jordán; nó opuso dificultades, no tuvo dilaciones, sino que, luego que oyó la voz de Dios, sin tardanza dejó lo interior del desierto donde habitaba, y llega á la extensa región que miraba al Jordán. [1] Y era muy conveniente que anduviera cerca de las aguas para que pudiese bautizar á los que hiciesen penitencia de sus pecados. (2) Más ¿cuál era el tema, cuál era el objeto de la predicación del insigne Precursor? Ya nos lo dice el santo evangelio: "predicando el bautismo de la penitencia para la remisión de los pecados;" es decir, exhortaba á las gentes á bautizarse, siendo este bautismo una ceremonia figurativa que disponía y preparaba las almas para recibir la remisión de los pecados, pues sólo el bautismo, sacramento que instituyó Jesucristo, confiere

[1] Tolet.

[2] Ita Orig. apud. Thom. in Cat.

gracia y lava y perdona directamente al pecador todas sus culpas. (1) Otro evangelista dice, que San Juan predicaba de este modo: "Haced penitencia, porque se acercó el reino de los cielos." (2) Siendo de notar, como advierte un doctor, que al salir Jesucristo del desierto, después de su ayuno de cuarenta días, comenzó á predicar precisamente con las mismas palabras: "haced penitencia porque se acercó el reino de los cielos" (3) porque todo el fin de la predicación y aún de la venida del Salvador, de su Pasión y muerte, de la Iglesia y de los sacramentos, es la santificación de las almas por medio de la remisión de los pecados. Y así podemos decirnos á vosotros hermanos míos, con San Juan Crisóstomo: "Para eso, frecuentemente os predicamos para que aprovecheis y crezcáis en las virtudes: nó buscamos vuestro aplauso, ni pretendemos vuestras alabanzas, sino vuestra salvación; y esta será nuestra mejor alabanza y nuestro aplauso mas lisonjero, el que os convirtáis de los vicios á la penitencia." (4)

(1) Conc. Trid. Sess. VII. De Bapt. can. I.

(2) Math. III. 2.

(3) Math. IV. 17.

(4) Homil. 59 in Génes.

Advierte el evangelio que estaba escrito en Isaías: "La voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, haced rectos sus senderos." Y pues ya dijimos en el domingo anterior, porqué San Juan se anuncia como voz que clama en el desierto, digamos ahora, qué significa preparar al Señor el camino y hacer rectos sus senderos. Observan pues los doctores, que el camino del Señor es el que tenemos que andar para llegar á él; es el modo de vivir y la regularidad de las costumbres expurgadas de vicios y adornadas de virtudes para agradar á Dios; el camino que manda preparar, es la vida cristiana. Esta vía del Señor que conduce á la vida, dice otro doctor, es angosta y estrecha, mas la que conduce á la perdición, es ancha y espaciosa; (1) y lo mismo dice la sagrada Escritura: "La vía ó camino de los pecadores, aplanada con piedras, y en el fin de ellos los infiernos, las tinieblas y las penas." (2) "Todos los caminos del Señor, son misericordia y verdad;" [3] por estos viene á nosotros; y nosotros debemos ir

[1] Math. VII. 13, 14.

[2] Eccli. XXI. 11.

[3] Psalm. XXIV. 10.

á él por la misericordia para con los pobres, pues dice que lo que hagamos con ellos lo recibirá como hecho á sí propio. (1)

“Haced rectos sus senderos;” esto és, enderezad sus veredas. Los pecados tuercen al hombre alejándolo de Dios; la malicia y la iniquidad son caminos extraviados y torcidos, y de aquí és, que enderezar los senderos, es quitar los pecados para entrar á “la senda recta de los justos.” (2) Bien sabéis que el camino real, es ancho y muy visible, cuando las veredas suelen entrar en lo secreto de los bosques; y por eso el camino puede significar aquí la vida exterior que todos miran, y las veredas, lo secreto de los pensamientos y deseos que se esconden en el corazón; de suerte que preparar el camino y enderezar los senderos, quiere decir, que debemos cambiar de vida, no solamente en público y delante de los hombres, sino también en el interior de nuestro corazón, enderezando nuestros pensamientos, intenciones y deseos. Y esto sigue explicando el santo evangelio cuando añade: “Todo valle será llenado

(1) Math. XXV. 40.

(2) Semita justorum recta. Isai. XXVI. 7.

y todo monte y collado será humillado, y lo torcido será enderezado, y lo áspero quedará en camino llano” Compara aquí la preparación de las almas con la preparación y compostura de los caminos cuando se aguarda un huesped poderoso, pues veréis, que cuatro cosas se hacen entonces para componer los caminos: lo primero, es llenar los huecos y hondonadas que suelen encontrarse; estos se llenan y aprietan hasta que suban al nivel del camino; lo segundo, por el contrario, se rebaja lo que está alto, cortando aun las mismas montañas, como lo vemos en nuestras actuales vías; lo tercero cuando hay grandes é importunos rodeos que tuercen los caminos, se enderezan tomando la linea recta; y en fin, los caminos ásperos, pedregozos, llenos de maleza ó de espinas, se allanan y componen quitando las piedras y quemando ó haciendo á un lado la brosa y los abrojos. Pues estas cuatro cosas figuran lo que debe hacerse en las almas para preparar los caminos del Señor cuando venga á habitarlas: lo primero, será llenar lo hueco y profundo, esto és, alentar á los pusilánimes, á aquellas almas tímidas y cobardes que temen no perseverar en el

bien; [1] los que están vacíos de deseos, huecos de propósitos, hondos de vanos temores. Estos deben llenarse con la fé, la confianza, la fortaleza y la paz. Los montes y collados son los altivos y soberbios, los sabios del mundo que á todos desprecian, los presuntuosos que confían en sí mismos; [2] estos deben abajarse y humillarse con la consideración de su nada, la vista de sus culpas y la caridad para con sus hermanos. De estos montes dijo Cristo: "El que se enzalza sera humillado," y de los valles pronunció: "el que se humilla será enzalzado." [3]

Los caminos tarcidos son, los corazones injustos, los que con fraudes y engaños se posesionan de lo ageno, los usureros y agiotistas que simulando hacer un favor, prestan con lucro indebido. Todos estos tienen que enderezarse, para lo cual no basta la confesión de sus injusticias, sino que es necesario la restitución de lo usurpado.

Los caminos ásperos, y pedregosos, y llenos de espinas, son los hombres iracun-

[1] Ita. Did. Stella.

[2] Ita Beda.

[3] Luc. XIV. 11.

dos que con todo el mundo riñen, que nada quieren sufrir ni aun de sus parientes, que como la pólvora, con la menor chispa se inflaman, y que se hacen insoportables á todos por su carácter colérico y salvaje. Estos leones y tigres feroces, deben amansarse y docilitarse por la paciencia y dulzura, para preparar el camino al divino Maestro, que no deja de proponerles esta lección: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón." (1)

También dice un doctor, (2) que hay caminos intransitables por el cieno pegajoso que no deja andar en ellos, y significa á los pecadores impuros y deshonestos, que llenos de inmundicia y hediondez, estorbau el paso á Jesucristo que sólo anda y apacienta entre los lirios. (3) Esos deben secar el cieno por la penitencia, lavar con lágrimas su inmundicia, y con el buen olor de la castidad, desterrar el hedor de la impureza. De este modo, como termina el evangelio: "toda carne será la salud de Dios," es decir, podrá ver al Señor, aun-
de velado en las especies sacramentales,

[1] Math. XI. 19.

[2] Salmerou.

[3] Cant. VI. 2.

y haciéndose eficaz medicina para su salud en el santísimo Sacramento. Preparad pues, amados hermanos míos, vuestros corazones, para la cercana venida del Rey eterno, que morando en ellos durante la vida, os lleve algún día á los eternos palacios de la gloria. Amén.



Domingo infraoctava de Natividad.

Continuacion del santo evangelio según San Lucas.

Su padre y madre estaban maravillados de aquellas cosas que de él se decían. Y los bendijo Simeón y dijo á María su Madre: Hé aquí que este es puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel: y para señal á la que se hará contradicción: Y una espada traspasará tu alma de tí misma, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones. Y había una profetiza llamada Ana hija de Fanuél de la tribu de Aser: esta era ya de muchos días, y había vivido siete años con su marido desde su virginidad. Y esta era viuda como de ochenta y cuatro años: que no se apartaba del templo sirviendo día y noche en ayunos y oraciones. Y co-

mo llegase ella en la misma hora alababa al Señor y hablaba de él á todos los que esperaban la redención de Israel. Y cuando lo hubieron todo cumplido conforme á la ley del Señor se volvieron á Galilea á su ciudad de Nazaret. Y el Niño crecía y se fortificaba estando lleno de sabiduría, y la gracia de Dios era con él. [Luc. II. 33...40]

I.

Nos hace asistir ahora la Iglesia en este evangelio, amados hermanos míos, á lo que pasó en el templo de Jerusalén cuando la Virgen María y Señor San José llevaron á presentar al Niño. Dice que su padre y madre se admiraban de lo que del Niño se decía, nó porque no lo supiesen sino porque los misterios divinos causan siempre nueva admiración. Cuando entraron en el templo estaba en él un santo anciano llamado Simeón, el cual al mirarlos los bendijo, ya sea con acción de gracias, ya sea con aquella bendición conque el Señor enseñó á Moisés y á Aarón á bendecir á los hijos de Israel, y que era esta: "Bendígate el Señor y te guarde; muéstrete el Señor su rostro y tenga misericordia de tí; vuelva el Señor su rostro á tí, y

te dé la paz." (Núm. VI. 24.) San Buena-ventura dice, que al bendecirlos el anciano Simeón, lo que hizo fué declarar llenos de bendición á la Virgen María que concibió y al Patriarca Señor San José que educaba al Niño Jesús. Simeón pues, inspirado del Espíritu de Dios, dirigió la palabra á la Santísima Virgen y le dijo: "Hé aquí que este Niño está puesto para ruina y para levantamiento de muchos en Israel." Es de admirar, amados hermanos míos, el que se diga que Jesucristo fué puesto para ruina, y nó sólo, sino para ruina de muchos; mas esto quiere decir, como advierte San Ambrosio, que no debemos olvidar que Jesucristo viene como Juez, y que al hacer el discernimiento de los justos y de los pecadores, así como premiando á los buenos es para su levantamiento, y los levanta hasta el cielo, así, castigando á los malos, les es para su eterna ruina en el infierno; y el Niceno añade: que Cristo está puesto para ruina de los incrédulos y para resurrección de los que tienen fé. Así como el sol por sus benignos influjos y sus saludables rayos, dá al hombre, fuerza, salud y energía, y no obstante, si se abusa de su valor esponién-

dose á él sin defensa, puede producir la fiebre y ocasionar la muerte, así también Jesucristo, sol de justicia, aunque trae en sus alas la sanidad, como dice un Profeta, (1) y aunque vino, como dice San Juan, "para que todo el que crea en él no perezca sino que tenga la vida eterna," [2] no obstante, para los que en él no creen, como le sucedió entónces al pueblo judío, por culpa de este y del hombre que lo rechaza, viene á servirle de reprobación y de ruina. Así como una piedra colocada en la vía pública para mostrar la continuación del camino, es un beneficio para el viajero, mas si alguno dá de cara contra ella, se daña y aun puede causarse la muerte, así el hombre, no aprovechándose de Jesucristo que se llama, piedra viva, cayendo contra esta, se estrella y se pierde. Y así, hemos de ver aquí, hermanos míos, si creemos de verdad en Jesucristo, si guardamos sus preceptos, si aprovechamos sus sacramentos, y entónces será para nosotros resurrección y vida; pero si por desgracia andamos perdiendo la fé, ó si, confesándolo con la fé, lo negamos con nues-

[1] Mal. IV. 2.

[2] Joan. III. 15.

tras costumbres, haremos por culpa nuestra que esté puesto para nuestra ruina.

Añadió el Santo Simeón, que el Señor sería señal á la cual se haría contradicción. Jesucristo fué señal de humildad en el pesebre; fué señal de pobreza en la purificación, fué señal de caridad y paciencia en su Pasión, y por eso se propone como modelo diciendo: "aprended de mí que soy manso y humilde de corazón." [1] Y también dicen los doctores que fué como el arco iris señal de paz entre Dios y los hombres y que así como Moisés puso aquella serpiente de bronce como señal en el desierto, así Jesucristo fué levantado en la cruz como señal de reconciliación y á esta señal se hizo contradicción, no sólo cuando lo burlaban y escarnecían en la cruz, y le daban amargas bebidas y le traspasaban el costado con una lanza, sino que, siguieron haciéndole contradicción los emperadores romanos con sus leyes, y luego los herejes con sus negaciones, y hoy los gobiernos con sus persecuciones, de suerte que nunca ha cesado nuestro adorable Salvador de ser blanco de contra-

(1) Math. XI. 19.

dición para los impíos é incrédulos que le odian, para las sectas que se vuelven contra él; y lo mas triste, és, que aun para los malos cristianos que con sus vicios y delitos de nuevo lo crucifican como dice San Pablo. [1]

Mas ¿porqué en este día de regocijo, como tan cercano al Nacimiento del Señor, nos habla la Iglesia de cosas tristes como estas, y del anuncio de la Pasión del Señor y de la compasión de su santísima madre? Esto es sin duda alguna para enseñar á los fieles que aunque el Señor haya vivido treinta y tres años antes de subir al patíbulo de la cruz, para exhibir entónces el precio de nuestra redención; no obstante, desde su Nacimiento, y aun desde su concepción, dió principio al padecer; y así, en el pesebre derramaba sus lágrimas, como en la cruz derramaria su sangre; punzábanle aquellas ásperas pajas, como después le punzarían las espinas; temblaba desnudo, como después se miraria desnudo en el madero; y al mirarse entre dos animales, pensaba cómo había de estar colocado entre dos ladrones. Y así dice San

[1] Hebr. VI. 6.

Bernardo: “La cruz de Jesucristo, no fué de un solo día, pues que toda su vida fué una cruz continua,” y el angélico Doctor hace decir al Señor: “Cuando me adaptaste en la concepción, entónces dije: hé aquí que vengo á la Pasión.” De aquí podemos, cristianos, sacar una provechosa enseñanza, y és, que en esta vida con las alegrías van siempre mezclados los dolores, que siempre debemos estar prestos á recibir los trabajos que Dios nos mande, y que siendo este mundo un valle de lágrimas, no debemos pretender convertirlo en un prado de risas y placeres. Y por eso nuestro divino Salvador que dijo: bienaventurados los que lloran, [1] exclamó también: “Ay de vosotros los que ahora reís, porque algún día tendréis que llorar” [2]

Dirigiéndose á la Virgen María añadió el anciano Simeón: “Tu alma será traspasada con una espada,” es decir, un dolor agudo y penetrante herirá tu alma llenándola de amargura. La Pasión de su divino Hijo era la espada que debía traspasarla, y desde entónces el pensamiento de esta Pasión era la punta de esta espada, que

[1] Math. V. 5.

[2] Luc. VI. 25.

no cesó en toda su vida de hierirla de un modo terrible.

2.

Mas continuemos con el sagrado evangelio. Dice, que había una profetisa llamada Ana, que desde su viudedad estaba entregada á la piedad, y nó salía del templo, que contaba ochenta y cuatro años de edad, y que á pesar de esto frecuentaba el ayuno y la oración, sirviendo al Señor el día y la noche. Esta santa anciana, pues, llegando á la misma hora al templo, confesaba, alababa y glorificaba al Señor y hablaba acerca de él y de sus maravillas, con todos los que esperaban al Redentor. Por aquí vemos que Dios suscitó á los dos sexos para reconocer al Mesías que venia á redimir á ambos, é hizo que dos ancianos diesen testimonio de su divinidad, en su infancia, así como en su mayor edad y cercano á su Pasión dieron testimonio los niños de los hebreos aclamándolo cuando su entrada triunfante en Jerusalem; lo que quiere decir, que todas las gentes, de todo sexo, de toda edad, y de toda condición, deben reconocer y alabar á nuestro Señor Jesucristo Redentor del mundo. Y esta santa viuda, alabada en este evangelio como que servia al Señor en ayunos y con-

tinuas oraciones, nos enseña que esa debe ser la ocupación de las viudas cristianas, que deben dedicarse á la oración y á la penitencia; que deben frecuentar el santo templo, y nó los paseos y diversiones mundanas. Y así como ella hablaba del Mesías con todos los que esperaban la redención de Israel, así los cristianos, huyendo de las malas conversaciones y de los que no creen en Jesucristo, deberían tratar con los verdaderos fieles y hablar y conversar de asuntos edificantes de piedad y de virtud.

Por fin, termina el evangelio diciendo, que luego que los santos esposos Maria y José cumplieron todas las cosas que prescribía la ley, se volvieron á Galilea á su ciudad de Nazaret, lo que indica que no debemos salir del templo con precipitación ni fastidiarnos en la casa del Señor, sino que debemos aguardar, principalmente en la asistencia á la santa Misa, que se cumplan todas las ceremonias, y se reciten las preces mandadas, para volver al seno de nuestras familias y á emprender los trabajos de nuestro oficio ó profesión.

Hagámoslo así, cristianos, y el Señor nos lo premiará con llevarnos á su reino. Así sea.

no cesó en toda su vida de hierirla de un modo terrible.

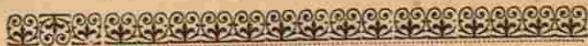
2.

Mas continuemos con el sagrado evangelio. Dice, que había una profetisa llamada Ana, que desde su viudedad estaba entregada á la piedad, y nó salía del templo, que contaba ochenta y cuatro años de edad, y que á pesar de esto frecuentaba el ayuno y la oración, sirviendo al Señor el día y la noche. Esta santa anciana, pues, llegando á la misma hora al templo, confesaba, alababa y glorificaba al Señor y hablaba acerca de él y de sus maravillas, con todos los que esperaban al Redentor. Por aquí vemos que Dios suscitó á los dos sexos para reconocer al Mesías que venia á redimir á ambos, é hizo que dos ancianos diesen testimonio de su divinidad, en su infancia, así como en su mayor edad y cercano á su Pasión dieron testimonio los niños de los hebreos aclamándolo cuando su entrada triunfante en Jerusalem; lo que quiere decir, que todas las gentes, de todo sexo, de toda edad, y de toda condición, deben reconocer y alabar á nuestro Señor Jesucristo Redentor del mundo. Y esta santa viuda, alabada en este evangelio como que servia al Señor en ayunos y con-

tinuas oraciones, nos enseña que esa debe ser la ocupación de las viudas cristianas, que deben dedicarse á la oración y á la penitencia; que deben frecuentar el santo templo, y nó los paseos y diversiones mundanas. Y así como ella hablaba del Mesías con todos los que esperaban la redención de Israel, así los cristianos, huyendo de las malas conversaciones y de los que no creen en Jesucristo, deberían tratar con los verdaderos fieles y hablar y conversar de asuntos edificantes de piedad y de virtud.

Por fin, termina el evangelio diciendo, que luego que los santos esposos Maria y José cumplieron todas las cosas que prescribía la ley, se volvieron á Galilea á su ciudad de Nazaret, lo que indica que no debemos salir del templo con precipitación ni fastidiarnos en la casa del Señor, sino que debemos aguardar, principalmente en la asistencia á la santa Misa, que se cumplan todas las ceremonias, y se reciten las preces mandadas, para volver al seno de nuestras familias y á emprender los trabajos de nuestro oficio ó profesión.

Hagámoslo así, cristianos, y el Señor nos lo premiará con llevarnos á su reino. Así sea.



Domingo primero despues de Epifanía

Continuación del santo evangelio
según San Lucas.

Cuando tuvo Jesús doce años, subieron ellos á Jerusalem, según la costumbre del día de la fiesta, y acabados los días cuando se volvian, se quedó el Niño Jesús en Jerusalem sin que sus padres lo advirtiesen. Y creyendo que él estaba con los de la comitiva, anduvieron camino de un día, y le buscaban entre los parientes y los conocidos. Y como no le hallasen, se volvieron á Jerusalem buscándole. Y aconteció que tres días despues le hallaron en el templo sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles. Y se pasaban todos los que le oían de su inteligencia y de sus respuestas. Y cuando le vieron se maravillaron. Y le dijo su madre:

Hijo, ¿porqué lo has hecho así con nosotros? mira cómo tu padre y yo, angustiados te buscamos. Y les respondió: ¿Para qué me buscábais? No sabiais que en las cosas que son de mi Padre, me conviene estar? Mas ellos no entendieron la palabra que les habló. Y descendió con ellos, y vino á Nazaret y estaba sujeto á ellos. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. Y Jesús crecía en sabiduría y en edad, y en gracia delante de Dios y de los hombres (Luc. II. 42 . . . 52.)

A los doce años, hermanos míos, comienza á alumbrarnos la luz de la razón, y es muy justo que el hombre haga uso de ella para reconocer á su Criador y entregarse á su servicio; y así nuestro adorable Salvador quiso comenzaren esta misma edad á dar á conocer los primeros rayos de su divina sabiduría. Y advierte el evangelio que iba á Jerusalem en compañía de sus padres, como acostumbraban hacerlo en los días de fiesta, porque los niños deben andar al lado de sus padres y nó desbandarse en malas compañías; y deben acostumbrarse á las obras de piedad y sobre todo á no faltar los dias festivos en el templo. Y llévanle sus padres, por-

que ellos son los que deben primero cumplir y dar buen ejemplo á sus hijos.

Mas, cuando terminadas las ceremonias y oraciones de aquellos días volvieron á su casa, el Niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que sus padres lo echasen de ver porque á su edad podia el niño acompañar al padre ó á la madre, y como los hombres y las mujeres caminaban separados pudo creer su santísima Madre iría en compañía de José, cuando el santo varon le creía al lado de María. Lo cierto és, que no se dieron cuenta de su ausencia hasta terminado el primer día de jornada, y pensando que se encontraría entre los de la comitiva que era muy numerosa, y entre la cual tenian muchos parientes y conocidos, comenzaron á buscarle entre ellos, preguntando solícitos, si con ellos se hallaba ó si acaso le habian visto. Aquí es de notar, amados hermanos míos, que por altísimas razones, Jesús se separó de sus padres, como él mismo se los dijo cuando lo encontraron; mas ahora, Jesús con su gracia no se aparta de las almas ni las deja, si ellas primero no se apartan y le dejan, porque Dios "no abandona si primero no le abandonan."

María y José perdieron al Niño, sin la mas leve culpa, y porque Dios quiso probar su paciencia y su fé; pero nosotros le perdemos voluntariamente y por nuestra culpa, y lejos de ponernos á buscarle entre las criaturas que pueden llevarnos á él, en el comercio con ellas lo perdemos, y nuestros parientes y conocidos en vez de ayudarnos á encontrarle, muchas veces nos enseñan ó ayudan á perderle; por lo cual decía Jesucristo que los mismos domésticos suelen ser los enemigos del hombre.

Mas veamos lo que en tal aflicción hacen los castísimos esposos María y José: no encontrándole en la comitiva, dice el santo Evangelio, desanduvieron el camino volviendo en su busca á Jerusalén; perdido Jesús, es preciso buscarle y más buscarle, y buscarle en Jerusalén, la ciudad santa, es decir, en la Iglesia católica en medio de fé; pero "es muy de admirar, dice San Buenaventura, que si el hombre pierde un buey, cuidadosamente le busca, si pierde un caballo, anda tras él sin descanso, si pierde una oveja, hace diligencias por recobrarla; más si pierde á Jesús, si pierde á Dios por el pecado, sin cuidado ni angustia alguna, se echa á dormir y des-

canzar." Y sin embargo, no hay en el mundo mayor desgracia que la de perder á Jesucristo perdiendo la gracia. No hay sino volver á Jersusalén para encontrarle, es decir, volver á la oración, á los sacramentos y á los piadosos ejercicios si queremos volverle á encontrar y á ponernos en su gracia. María y José, después de tres días de andarle buscando, por fin tuvieron el gozo de encontrarle en el templo, y estos tres días, como explican los doctores, [1] significan la compunción del corazón, la confesión de boca y la satisfacción de obra, conque se encuentra á Jesús en la penitencia.

Y no le encuentran ni en las casas, ni en las plazas, ni en las calles, sino en el templo; porque nó frecuentaba otros sitios sino la casa del Señor. Nó así muchos cristianos, que frecuentan los sitios de diversión y aun de perdición, y dejan al templo olvidado, por lo cual, advierte un doctor, [2] Dios los castiga en los sembrados y en los campos, como lo dice el profeta Ageo: "Porque mi casa está abandonada y vosotros os apresuráis cada uno á la suya,

[1] Albert Magn.

[2] Id.

por eso se ha prohibido á los cielos que manden la lluvia, y á la tierra que germine la semilla; y llamé á la sequedad sobre la tierra, y sobre los montes, y sobre el trigo y sobre el vino y sobre el oleo, y cuanto produce la tierra, y sobre los hombres y sobre las bestias y sobre toda labor de mano." [Ag. I. 9, 10, 11.]

"Y si así se castigaba á los judíos que dejaban desierta la casa del Señor y se daban prisa para la suya: cuánto más han de ser castigados los cristianos que aborrecen la palabra de Dios como un veneno, y huyen de las iglesias, y corren á las tabernas para ocuparse en el juego, y en pleitos y en embriagueces?" (1)

2.

Mas prosigamos con el santo evangelio. Dice pues, hermanos míos, que encontraron al Niño en el templo sentado en medio de los doctores, oyéndolos y haciéndoles preguntas. Al que no pudieron encontrar en compañía de los parientes, encontraronle en medio de los doctores, dice san Buenaventura. Y en efecto, en el templo

(1) Id.

se encuentra á Jesucristo de varias maneras: se le encuentra en los sacramentos y sobre todo en el Sacramento del altar, que se ofrece en la Misa como sacrificio y se recibe como manjar del alma en la comunión; se le encuentra en la palabra de Dios, en las oraciones y celebración de los divinos oficios; se le encuentra hasta en los pobres que piden limosna en las puertas de los templos; y más principalmente se le encuentra en la confesión sacramental cuando se le había perdido por las culpas.

Y el encontrar á Jesús niño dentro del templo, es para dar á entender, dice un doctor, (1) que se ha de acostumbrar á los niños á asistir en el templo y ocuparse en el culto y en las obras de Dios. Y aunque Jesucristo era la eterna sabiduría, no se le halló enseñando como Maestro, sino oyendo y preguntando como discípulo, aunque de este modo llenaba de admiración á aquellos sabios doctores; para enseñarnos que los jóvenes deben ser modestos, oyendo dócilmente á sus superiores, preguntando humildemente á los sacerdotes, y nó presumiendo dar lección á sus mayores, como hay ahora mu-

(1) Dionis Carthus.

chos jóvenes, que engraidos con alguna instrucción de las escuelas, quieren hablar de religión que jamás han aprendido y aun se atreven á hablar de ella sin conocerla.

La Virgen santísima con ternura de madre dijo al Niño Jesús: "Hijo, porqué habéis hecho esto con nosotros? mira como tu padre y yo, llenos de dolor te hemos buscado." A esta pregunta llena de amor maternal, y respirando todavía el dolor y la pena, quiso nuestro Señor responder con alguna aparente aspereza, y así le dijo: "Para qué me buscábais? no sabíais que en las cosas que son de mi Padre me conviene estar?" Mas no se crea que el Señor quisiese hablar duramente por reprender á su santísima Madre, en la cual no había nada que diese motivo ni á una sombra de reprehensión, como advierte San Buenaventura, sino por los circunstantes, y para enseñar á todos los hombres, que en las cosas que pertenecen á su cargo y oficio y al servicio del Padre celestial, es preciso posponer el cuidado de los parientes y domésticos, pues primero está Dios que nuestros mismos padres y allegados. Y principalmente debemos advertir que en el negocio de la vocación y en la elección del estado

á que Dios nos llama, nó hemos de hacer caso de amigos ni parientes, ni aun de nuestros mismos padres, cuando injustamente nos estorban seguir el camino por donde Dios nos llama, pues en este caso nó tienen derecho de impedirnoslo, ni nosotros obligación de obedecerles. Y por eso hasta excomunión ha fulminado la Iglesia contra los padres de familia que obligan ó fuerzan á sus hijos á entrar sin su voluntad al estado eclesiástico. Y os ruego hermanos míos, el tenerlo presente, porque no falta quienes llevados del interés ó de la honra que esperan, introducen á sus hijos en unos estudios y en una carrera que los lleve al sacerdocio, y los introducen así cuando no tienen ni aptitud, ni inteligencia, ni ninguna vocación á tan alto estado.

Y reflexionad también en el modo de expresarse de la humildísima Virgen María: "Mira que tu padre y yo, te andábamos buscando." Si Jesús, había sido concebido por obra del Espíritu Santo y no tenía padre en la tierra: ¿porqué la Virgen María dice, *tu padre y yo*? Era porque Dios quería ser tenido como hijo del castísimo Patriarca ante los hombres, para guardar secreto el gran misterio de la Encarnación, y pre-

miar el celo del santo varón, con el tierno nombre de padre. Y María le nombra delante: "*tu padre y yo*" siendo mucho mas grande que su esposo por su inmaculada Concepción y su maternidad divina; pero enseñando así á las esposas cristianas á respetar y honrar á su marido. "Ellos no comprendieron la respuesta del Señor, dice el evangelio, porque absortos de alegría por haberle encontrado, no aplicaron la mente á lo que decía." (1) Y descendió con ellos y vino á Nazaret y estaba sujeto á ellos," continúa el evangelio. Y en esto mostró la docilidad y obediencia de un buen hijo, "no desdeñándose, dice San Bernardo, (2) de seguir el que era maestro á sus discípulos, el que era Dios, á los hombres, el que era el Verbo y la eterna Sabiduría, á un humilde artesano con su esposa." Y así, á veces, el Señor no se deja encontrar, advierte San Gregorio Papa, (3) para que al hallarle descienda á nuestra alma y más íntimamente nos acompañe. Conservemos pues, amados hermanos míos,

(1) Ita. Didac. Stella.

(2) Serm 19. Cantic.

[3] Prius non inventus quaeritur, ut post. inventus distinctius teneatur. Gregor.

todas estas cosas en nuestro corazón, como la santísima Virgen, para lograr encontrar con ella á Jesucristo en el reino de la gloria. Amén.



Domingo segundo despues de Epifanía

Continuación del santo evangelio según San Juan.

Celebráronse unas bodas en Caná de Galilea: y estaba allí la Madre de Jesús. Y fué también convidado Jesús y sus discípulos á las bodas. Y llegando á faltar el vino, la Madre de Jesús le dice: no tienen vino. Y Jesús le dijo, mujer, qué nos va á mí y á tí? aun no es llegada mi hora. Dijo la madre de él á los que servian: haced cuanto él os dijere. Y había seis hidrías de piedra conforme á la purificación de los judíos, y cabian en cada una, dos ó tres cántaros. Y Jesús les dijo: llenad las hidrías de agua. Y las llenaron hasta arriba. Y Jesús les dijo, llevad ahora al maestresala. Y lo llevaron. Y luego que gustó el maestresala el agua hecha vino y no sabía de

donde era, aunque los criados lo sabian porque habían sacado el agua: llamó al esposo el maestra sala, y le dijo: todo hombre sirve primero el buen vino; y después que han bebido bien, dá el que no es tan bueno: mas tú guardaste el buen vino hasta ahora. Es te fué el primer milagro que hizo Jesús en Caná de Galilea: y manifestó su gloria y creyeron en él sus discípulos. (Joan. II. 1, 12.)

1.

Acabais de oír, amados hermanos míos, lo que nos cuenta el evangelio de hoy, cómo la santísima Virgen asistió á un convite de bodas y después fué convidado á ellas, su santísimo Hijo. Es de saber que las bodas se celebraban con mucha modestía y decencia entre los judios. Puede decirse que el primer matrimonio de Adán y Eva, nuestros primeros padres, fué celebrado y bendecido por el mismo Dios en el paraíso; porque si el Señor hizo fecundos y productivos á los árboles y á las plantas, también derramó la fecundidad en el género humano diciendo á la primer pareja: "creced y multiplicaos, y llenad la

tierra. (1) Y así, el matrimonio siempre se ha visto como cosa sagrada, y aun en las falsas religiones nó tenían que ver en él las autoridades civiles, sino sólo los sacerdotes como personas sagradas. Y aunque en nuestros últimos tiempos se ha querido hacer lo contrario, la Iglesia no ha perdido sus derechos y claramente ha manifestado que nó hay ni puede haber verdadero matrimonio entre los cristianos, fuera del santo sacramento del matrimonio. Cúmplase en buena hora con lo prescrito por las leyes civiles, pues la Iglesia no lo prohíbe; pero nó se crea que eso produzca ningún vínculo en la conciencia, sino sólo lo produce el sacramento, pues sólo á la Iglesia y nó al estado civil, le dejó Jesucristo el poder de atar y desatar. Y esto explica puntualmente, por qué la purísima Virgen María y los santos Apóstoles, y el Santo de los santos, nuestro divino Salvador, se dignaron asistir á aquellas bodas, porque siendo una cosa tan importante la unión del hombre y la mujer en orden á la pro-pagación de la especie, nuestro Señor querria purificar esta unión y engrandecerla, y

[1] Genes. I. 28.

evarla á la dignidad de uno de los siete sacramentos. Y por otra parte, dice San Agustín; (1) “No es de maravillar que Jesucristo haya querido asistir á unas bodas en aquella casa, cuando á otras bodas vino á este mundo; porque el Verbo divino, es el Esposo y la carne humana es la esposa y entrambos son uno sólo el Hijo de Dios y el Hijo del hombre; y el vientre virginal de María santísima es el tálamo de donde procedió, como el Esposo de su tálamo al decir de la Escritura.” [2] De suerte que por dos razones quiso Cristo nuestro Redentor asistir á las bodas: lo primero para santificar el matrimonio con su presencia, ya que varios herejes habian de vituperarlo; lo segundo, para demostrar que el matrimonio significa el gran misterio de la Encarnación, y como dice san Pablo, la unión de Cristo con la Iglesia. Y además, queria hacer su primer milagro en aquel convite nupcial para denotar que en la Iglesia, en el banquete nupcial de las almas, hace el milagro mucho más admirable de la Eucaristía.

[1] Tract. VIII. in Joan.

[2] Psalm. XVIII. 6.

Refiere pues el santo evangelio, que llegó á faltar el vino en el convite, tal vez porque la presencia del Señor y su santísima Madre habian atraído muchos más comensales de los que se esperaban, ó tal vez porque desde el principio no se preparó la cantidad suficiente; lo cierto és que la piadosísima Virgen María, notando que el vino faltaba, y compadecida de la vergüenza que esto debía atraer á los esposos, con gran confianza en el poder de su divino Hijo y en la dulzura y generosidad de su corazón, sin pedirle nada propiamente, se contenta con una simple insinuación, y le dice: “No tienen vino.” Nuestro Señor le responde al parecer con cierta aspereza: ¿qué, á mí y á tí, mujer? como si dijera: ¿qué tenemos que ver con cosas materiales y temporales? Pero la santísima Virgen no desmayó ni perdió la confianza, y conociendo la condescendencia de su divino Hijo, y que aunque todavía nó llegaba su hora, como él lo dijo, se habia de dignar anticiparla en atención á sus ruegos, se dirige á los criados que serviau á la mesa y les dice: “Haced lo que él os mande.” ¿Mas, cómo sabía que el Señor iba á mandar alguna cosa? Aquí debemos

notar, amados hermanos míos, cuán grande es el poder de la santísima Virgen, y cuánto es su valimiento para con Jesucristo, pues aun oyendo de su boca palabras como de repulsa, conserva entera su confianza, y conoce que el Señor accederá á su deseo y socorrerá aquella necesidad. Y aun parece que adivina el milagro que va á verificarse, pues ordena á los criados que obedezcan cuanto el Señor va á mandarles. Y el divino Maestro se digna obrar su primera maravilla á la sola insinuación de María su Madre, y apresura la hora que aun no llega, dando así un público testimonio de respeto y obediencia filial. Y en la palabra de la santísima Virgen: "haced lo que Jesús os mande," tenemos todos los cristianos una breve pero provechosísima enseñanza; [1] porque, hacer lo que Cristo manda, es amarnos los unos á los otros como él nos ha amado, es guardar los mandamientos de la divina ley, es vivir conforme á las máximas del evangelio; hacer lo que Jesucristo nos mande, es recibir su cuerpo sagrado en el santísimo Sacramen-

[1] Virgo brevissime omnia praedicabilia uno verbo praedicavit. Alb. Magn.

to, es dejar el mundo, aborrecer el pecado, resistir las tentaciones, y entregarnos en cuerpo y alma al divino servicio.

Había allí puestas, sigue diciendo el evangelio, seis hidrias ó grandes vasijas que servían para ciertas purificaciones ó lavatorios que hacían los judíos, y á cada una de las cuales cabían dos ó tres cántaros; y Jesús dice á los criados: "llenad esas hidrias, de agua." Y los criados obedecieron trayendo el agua del interior de la casa y derramándola en aquellas grandes vasijas hasta llenarlas del todo. Es de notar, que aunque había en la mesa muchos vasos que podían contener el licor, y en los cuales podía haber hecho el milagro, nó quiso sino hacerlo en aquellas enormes vasijas, con una sola de las cuales habría para proveer todo lo que faltaba en el convite; pero el Señor quiso obrar con más magnificencia: quiso que los ministros que habían traído el agua fuesen testigos de lo que iba á obrarse; quiso manifestarse pródigo y generoso, pues como dice la Iglesia acostumbra «exceder los méritos y aun los deseos de los que le piden.» Díceles pues, el Señor; «sacad ahora y llevad al maestresala.» Y esto pasó sin

demora ninguna, pues acabando de llenarse las vasijas, hace que saquen de ellas y la lleven al que presidía ó dirigía en el convite, á fin de que éste que aun no había comido ni bebido, juzgase de la virtud y excelente sabor del vino milagroso, y así no pudiese haber duda del milagro. [1] Y el maestra sala, habiéndole gustado sin saber todavía su procedencia, reprendió al esposo por haber dejado aquel rico licor para lo último, debiendo haberse servido por su excelente calidad al principio. ¡Gran de milagro, hermanos míos! con sola su voluntad y en un sólo instante, cambia nuestro Señor el agua en vino, y en un vino rico y delicioso; porque es Dios que todo lo puede; y aunque pudo criar el vino de la nada y llenar con él las tinajas vacías, no quiso hacer una nueva creación sino una conversión, convirtiendo la sustancia del agua en la sustancia del vino. Y esto era porque quería el Señor prefigurar con esa maravilla obrada en aquella casa de bodas la inmensa maravilla, el continuo milagro, el estupendo misterio que en la casa de la santa Iglesia, en las

(1) Ita. Thom.

bodas de Dios con el alma, había de operar continuamente, convirtiendo la sustancia del pan en su cuerpo y la sustancia del vino en su sangre en el dulcísimo sacramento de la Eucaristía. La casa llena de convidados, es la Iglesia llena de los fieles; la mesa del convite es la mesa de la comunión; los ministros que intervienen trayendo el agua, son los sacerdotes que intervienen ofreciendo las especies del Sacrificio; Jesucristo que opera el cambio milagroso, es el mismo que en persona de su sacerdote, es el que realiza en el Altar la maravilla de la transustanciación; y finalmente, los convidados que gustan el vino milagroso, son los fieles cristianos que se acercan á la sagrada mesa á recibir el pan celestial. Y nó digáis que en Caná fué el vino, y acá es pan; pues la fé nos dice que bajo la especie de pan, con el Cuerpo de Cristo, se contiene también toda su sangre figurada por el vino de aquellas bodas. (1)

Termina el santo evangelio diciendo, que este fué el primer milagro que hizo Jesucristo, con el cual manifestó su gloria

(1) Vinum quod optimum judicatur, sanguis est dominicae passionis. Aug. serm. 41 de Temp.

y creyeron en él sus discípulos; y nó debemos olvidar que lo hizo á instancia de su santísima Madre, para enseñarnos á recurrir á ella en todas nuestras necesidades. Y también pensemos lo que dice San Agustín: que Dios está obrando todos los dias la misma maravilla, cambiando el agua de las lluvias que humedece la tierra, en el jugo de la viña de donde sale el vino; y lo mismo en otras frutas y semillas. Demos gracias por ello al Señor que nos da los frutos de la tierra "para que más fácilmente busquemos las cosas eternas que nos lleven al cielo." (1) Así sea.

[1] Ut facillius coelestia capiamus. Eccles.



Domingo tercero despues de Epifania

Continuación del santo evangelio
según San Mateo.

Y como descendiese Jesús del monte le siguieron muchas gentes: y vino un leproso y lo adoraba diciendo: Señor, si queréis podéis limpiarme. Y estendiendo Jesús la mano le tocó diciendo: quiero, Sé limpio. Y luego su lepra fué limpiada. Y le dijo Jesús, mira que no lo digas á nadie: mas vé, muéstrate al sacerdote y ofrece la ofrenda que mandó Moisés en testimonio á ellos. Y habiendo entrado en Cafarnaun se llegó á él un Centurión rogándole y diciendo: Señor, mi siervo paralítico está postrado en casa, y es reciamente atormentado. Y le dijo Jesús: yo iré y le sanaré. Y respondiendo el Centurión dijo: Señor, no soy digno de que entres en casa; mas mán-

y creyeron en él sus discípulos; y nó debemos olvidar que lo hizo á instancia de su santísima Madre, para enseñarnos á recurrir á ella en todas nuestras necesidades. Y también pensemos lo que dice San Agustín: que Dios está obrando todos los dias la misma maravilla, cambiando el agua de las lluvias que humedece la tierra, en el jugo de la viña de donde sale el vino; y lo mismo en otras frutas y semillas. Demos gracias por ello al Señor que nos da los frutos de la tierra "para que más fácilmente busquemos las cosas eternas que nos lleven al cielo." (1) Así sea.

[1] Ut facillius coelestia capiamus. Eccles.



Domingo tercero despues de Epifania

Continuación del santo evangelio
según San Mateo.

Y como descendiese Jesús del monte le siguieron muchas gentes: y vino un leproso y lo adoraba diciendo: Señor, si queréis podéis limpiarme. Y estendiendo Jesús la mano le tocó diciendo: quiero, Sé limpio. Y luego su lepra fué limpiada. Y le dijo Jesús, mira que no lo digas á nadie: mas vé, muéstrate al sacerdote y ofrece la ofrenda que mandó Moisés en testimonio á ellos. Y habiendo entrado en Cafarnaun se llegó á él un Centurión rogándole y diciendo: Señor, mi siervo paralítico está postrado en casa, y es reciamente atormentado. Y le dijo Jesús: yo iré y le sanaré. Y respondiendo el Centurión dijo: Señor, no soy digno de que entres en casa; mas mán-

dalo con tu palabra y será sano mi siervo. Pues también yo soy hombre sujeto á otro, que tengo soldados á mis órdenes y digo á éste: vé, y va; y al otro: ven, y viene; y á mi siervo: haz esto, y lo hace. Cuando esto oyó Jesús, se maravilló y dijo á los que le seguían: verdaderamente os digo, que no he hallado fé tan grande en Israel. Y os digo que vendrán muchos de Oriente y Occidente y se asentarán con Abraham é Isaac y Jacob en el reino de los cielos: Mas los hijos del reino serán echados en las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de dientes. Y dijo Jesús al Centurión: vé, y como creiste, así te sea hecho. Y fué sano el siervo en aquella hora. [Math. VIII. 1. . . 13.]

1.

De dos milagros nos habla ahora el evangelio, amados hermanos míos; uno fué, la curación de un leproso, y el otro la sanidad de un paralítico. Comienza diciendo que al bajar el Señor, de una montaña, seguido de las turbas llegó un leproso; y dicen los doctores (1) que al bajar el Ver-

(1) Gloss.

bo eterno de la altura de la gloria, halló al género humano cubierto con la lepra del pecado, restituyéndole la salud y siendo seguido por las turbas, es decir, por los pueblos de todo el mundo. El pobre leproso, adoraba al Salvador, postrándose delante de él, como dice San Ambrosio, y diciéndole: "Señor, si quereis, podeis limpiarme." Y esta oración del enfermo, dice San Juan Crisóstomo, que fué como el precio que ofrecía al Proto-médico celestial por su receta, pues en su petición mostraba vivísima fé, pues mostraba el creer que el Señor podía hacer tan gran milagro con solo quererlo, confesando en esto su omnipotencia, pues que á ella pertenece el obrar con sólo el querer. Y al decir, "si queréis," pide bajo condición, manifestando en eso acatar la sabiduría divina, dejando al Señor la elección de curarle ó no curarle; confesando de este modo que Jesucristo sabía mejor que el mismo enfermo lo que le convenía. Y aquí es muy de fiar, hermanos míos, que entre todas las enfermedades corporales que el hombre padece, ninguna representa tan al vivo el pecado como la lepra, (1) pues ésta se di-

(1) Hugo Cardin.

funde por todo el cuerpo, y así el pecado se difunde por todo el hombre, pues perjudica juntamente al alma y al cuerpo; la lepra es harto contagiosa inficionando á los demás, y así el pecado es contagioso por el escándalo y el mal ejemplo: el leproso exhala un aliento empodrecido, y así el pecador, es feamente hediondo delante de Dios; el leproso padece una sed insaciable, y el pecador nunca se sacia en el pecado; el leproso no podía entrar en la ciudad, lo que le estaba prohibido; y el pecador, si no es curado, no entrará en la ciudad de la gloria. Y sólo Dios puede sanar al pecador, como en figura de ello sanó á este leproso, pues como dice nuestro evangelio: "Extendiendo Jesús la mano, le tocó diciendo: quiero, sé limpio; y al instante su lepra fué limpiada." Bien pudiera nuestro Señor curarle sin tocarle, y aun sin hablarle ni aun mirarle, como lo hizo después con el siervo del Centurión; y aun el leproso no dijo, si me tocáis ó si me habláis, sino sólo: "si queréis, podéis limpiarme;" pero lo cierto es, que Cristo mostró su voluntad con sus palabras, y le tocó con su mano sacrosanta. ¿Porqué pues, quiso nuestro divino Salvador tocar á un

enfermo tan asqueroso? Precisamente, dice San Ambrosio, lo hizo para enseñarnos que á nadie debemos despreciar por cualquiera enfermedad ó llaga que Dios le haya mandado. Y se dice expresamente que le tocó extendiendo su mano, para significar que habria de curarnos de la lepra del pecado extendiendo sus manos en el árbol de la Cruz denotando también que abriendo el Señor su mano llena á todo ser, animado, de bendiciones, como dice David. (1)

Como había pues dicho el leproso, "si quieres" así el Señor pronuncia: "Quiero." Y como el enfermo había dicho podeis limpiarme, así dijo el Señor, "sé limpio," conformándose de este modo con la voluntad del paciente. Y con esto, se nos muestra el poder y la eficacia de la oración, pues estando llena de fé viva y acompañada de la humildad, consigue cuanto al Señor le pide. Y de esta curación debemos también aprender á ejercitar las obras de misericordia con los enfermos, sin temer el contagio de sus males, pues dice el Nacianceno, que los que asisten por amor de Dios á los

(1) Psalm. CXLIV. 16.

enfermos, por dón especial del Señor no se les pegan sus enfermedades.

Después de haberlo curado, Jesús le dice: "mira que á nadie lo digas, mas vé, y muéstrate al sacerdote y ofrece el don que mandó Moisés en testimonio." Estaba mandado en efecto en la ley, que el leproso que hubiese sanado, llevando un don, se presentara ante el sacerdote para que juzgase si en verdad había sanado y diese de ello testimonio. Jesucristo mandó al leproso callar la maravilla, ya para enseñarnos á ocultar nuestras buenas obras, [1] para huír la vanidad, ya para que seamos desinteresados no sólo del dinero sino aun de las alabanzas, (2) y ya también para evitar testigos parciales á nuestro favor como favorecidos por nosotros. [3]

Y es muy de notar, que manda el Señor al leproso presentarse al sacerdote, porque esto quiere decir que aunque alguno por la contrición fuese curado de la lepra del pecado, siempre está obligado á presentarse al sacerdote para hacer la confesión de él. Y santo Tomás dice, que el

(1) Cajet.
(2) Ambros.
(3) Ambros.

leproso fué mandado para ser instruido por los sacerdotes porque á ellos compete el encargo de catequizar á los rudos é instruir á los ignorantes. (1) Y el mismo angélico doctor observa, que significándose en la curación de este leproso la espiritual curación de la lepra del alma, esta se consigue como aquella, de tres modos, lo primero, presentándonos al sacerdote para confesar íntegramente nuestros pecados; lo segundo, ofreciendo satisfacción por ellos, pues dijo Cristo, *ofrece tu don*; y finalmente, obedeciendo todos los mandamientos de la ley, pues se dice: como *mandó Moisés*.

2.

Mas dejando ya á este feliz leproso, véamos el otro milagro que nos refiere el evangelio. Acercóse pues, al Señor un Centurión, (que venía á ser un gefe de cien soldados,) ya sea por sí, ya sea por medio de unos ancianos de los judíos, como dice San Lucas, (2) explicándose de esta suerte: "Señor, mi siervo paralítico, está pos-

(1) Thom. in Math.
(2) Luc. VII. 3

trado en casa y es reciamente atormentado:" en cuyas palabras advierten los santos doctores (1) las virtudes de este hombre, pues no es como muchos amos que luego que enferman sus criados los mandan al hospital ó á sus casas, "no haciendo diferencia entre ellos y los perros," dice San Antonio de Padua, sino echando á unos como á otros, al punto de su casa. El Centurión conserva al suyo dentro de su mismo techo, al lado de su familia, en lo cual muestra la caridad y la misericordia y el aprecio de la humana naturaleza; muestra también la humildad y la modestia en no hablar por sí mismo, y la esperanza y la fé que el mismo Señor alabó. Dícele pues nuestro divino Salvador; "yo vendré y lo sanaré." ¡Admirable condescendencia y misericordia! quiere el Señor hacer más, que lo que se le pide. Ese enfermo era un pobre, puesto que era siervo, y Cristo que no quiso ir á casa del Régulo, que era rico, se dignó ir á la casa de este siervo pobre, para enseñarnos que no hemos de hacer acepción de personas, [2]

[1] Albert. Magn. et al.

[2] Bonavent.

pues como dice la Escritura: [1] "Al pequeño y al grande él mismo los hizo, y de todos igualmente cuida." Y santo Tomás añade, que el Salvador quiso estar presente por que la presencia de Cristo es causa de salud. (2)

A tan benignas palabras de Cristo, respondió el centurión: "Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa; mas mándalo con tu palabra y será sano mi siervo." Estas palabras de tanta humildad y de tanta fé, la Iglesia las ha tomado de boca del piadoso centurión, para decir las tres veces por el sacerdote antes de dar la sagrada comunión, diciendo sólo *sanará mi alma*, en vez de *sanará mi siervo*. Y explicó más, este hombre diciendo, que él mandaba ir ó venir á alguno de sus soldados ó hacer algo á sus criados, y puntualmente le obedecian, dando en esto á entender la Providencia de Cristo que usa de varias causas para diversos efectos, y es servido y obedecido por todas las criaturas. [3] Las enfermedades corporales, son, dice un doctor, [4] como soldados de

(1) Sap. VI. 8.

(2) Quia praesentia Christi est causa salutis.

[3] Tolet.

[4] Theophylact.

Cristo y vengadores de su honra, y el Señor puede mandarlas ir y venir y purificar á sus siervos.

Oyéndolo Jesús se maravilló y dijo: "En verdad, no he encontrado tanta fé en Israel." ¿Más, cómo puede Cristo, siendo Dios, maravillarse de nada? Es, dice San Agustín, [1] para enseñarnos lo que á nosotros nos debe maravillar; y un sabio Cardenal explica, (2) que el Señor se maravilló "de que aquel hombre haya podido reconocer debajo del velo de la carne la excelencia de la divina Majestad." Nó admiró Cristo en el centurión, ni su posición, ni su cargo, ni sus riquezas, ni ninguna otra pompa ó grandeza humana, sino sólo su virtud y su fé, enseñándonos que esto es digno de admiración, y que no debemos admirar las vanidades del siglo. Finalmente, Jesús dice, que muchos vendrán con Abraham, Isaac y Jacob al reino de los cielos, mientras los hijos del reino irán á llorar y crujir los dientes en las tinieblas. Y dijo al centurión: "vé, y como

[1] Quod mirabatur; nobis mirandum esse significat.
Aug.

[2] Hugo hic.

creíste te sea hecho. Y sanó el siervo en aquella hora." En el mismo instante sanó completamente el paralítico enfermo, y así se digne Dios, hermanos míos, sanar de la parálisis á nuestra alma para que pueda andar y caminar hasta el cielo. Amén.



Domingo cuarto despues de Epifanía

Continuación del santo evangelio
según San Mateo.

Subiendo Jesús á una navecilla, le siguieron sus discípulos: y sobrevino luego un gran alboroto en la mar, de modo que las hondas cubrían la navecilla; mas El dormía. Y se llegaron á él sus discípulos y le despertaron diciendo: Señor, sálvanos, que perecemos. Y Jesús les dijo: ¿Qué temeis, hombres de poca fé? Y levantándose al punto mandó á los vientos y á la mar y se siguió una gran bonanza. Y los hombres se maravillaron y decían: ¿Quien es este, que los vientos y la mar le obedecen? [Mat. VIII. 23, 27.]

Tres cosas vemos en este evangelio, amados hermanos míos: A Jesucristo que

duerme en una navecilla, la tempestad que se levanta y el poder del Señor que la aplaca; pero todo esto está lleno de misterios. Varios santos y doctores (1) han pensado que esta navecilla de madera, significa el madero santo de la cruz; y por eso dice, nó que entró, ni pasó, sino que *subió* á la navecilla porque subió al arbol de la cruz. Y durmió dentro de aquella como durmió en la cruz el sueño de la muerte; y se hizo un grande alboroto cuando la tierra tembló, y el sol se oscureció y se rasgó el velo del templo. Despertó el Señor en su resurrección, y tranquilizó la tormenta cuando dejó la paz á sus apóstoles. De aquí és, que en las tribulaciones y tormentas de la vida hemos de procurar estar al lado de Jesucristo junto á su Cruz, como los apóstoles estaban á su lado en la barquilla para no perecer en las borrascas.

También la navecilla figura á la Virgen María, la cual dice un doctor, (2) fué pequeña por su humildad; á esta navecilla entró Jesucristo allá en Nazaret, cuando ella dijo: "hé aquí la esclava del Señor;" allí durmió Jesús por nueve meses,

(1) S. Antonio de Padua. S. Anselmo.

(2) Hugo Cardin.

y despertado al nacer, hízose una gran tranquilidad, pues se predicó y extendió la paz por todo el orbe. Pero mas propiamente la navecilla de que habla el evangelio, figura y representa á la santa Iglesia la cual "navega con el timón de la fé, atravesando en feliz viage el proceloso mar de este siglo, llevando por Patrón al Señor, por remeros á los ángeles, por pasajeros á los santos y santas llevando en medio levantado el árbol de la cruz del cual penden como velas, las doctrinas del evangelio y empujada por el favorable viento del Espiritu Santo es conducida al puerto del paraíso y á la seguridad del eterno descanso." (1) Y así como el que entra á las aguas sin la nave, se sumerge, así, fuera de la Iglesia nadie se salva; y así como la nave por donde toca á las aguas no admite división ni hendidura, así la Iglesia no admite división ni discrepancia ni aun en un sólo artículo de la fé; y así como la nave es gobernada por un sólo patrón, así la Iglesia tiene un sólo Pastor supremo que la gobierna; lo mismo que la nave es conmovida por los vientos y las tempestades,

(1) Auct. Imperf. Homil XXIII.

así la Iglesia es perseguida por los enemigos visibles é invisibles. Y como una nave, la Iglesia tiene por mástil la fé, por áncora, la esperanza, por cuerdas y cables la caridad, por antena, la cruz, por timón, la prudencia, y por velas los santos deseos, y por vapor que la haga avanzar con más rapidez, el celo de la gloria de Dios y de la salud de las almas. ¡Cuántas gracias debemos dar á Dios, hermanos míos, por hallarnos, como los apóstoles, con Jesús en esta nave, pues en ella, es decir, en la Iglesia católica podemos ser salvos aunque pecadores, por la penitencia, pero fuera de ella, por más que digan, no hay esperanza de salvación! Gracias y muchas, debemos dar á Dios por el beneficio que nos ha hecho, de nacer en el seno de la verdadera Iglesia. Desgraciados los que salen de ella dejándose seducir por los sectarios que vienen á comprar las almas con dineros!

Hé aquí pues, dice el evangelio, que sobrevino un grande alboroto en la mar; de suerte que las olas cubrían la navecilla; mas el Señor dormía. ¿Qué tempestad fué esta? de donde provino? porqué surgió tan de improviso? Santo Tomás responde que esta tormenta no fué causada por la in-

temperie del aire, sino por la divina ordenación que conturba lo profundo del mar, y con esto se significaba el peligro que había de sobrevenir en el tiempo de la Pasión, y para que supiesen sus discípulos vivir y vencer en medio de los peligros.

[1] La navecilla en medio de tan recia tempestad, significa, dice el Crisólogo, (2) el huracán de los gentiles, el torbellino de los judíos, la lluvia de los perseguidores, las nieblas de los demonios; desencadenado todo en el mundo contra la Iglesia de Jesucristo. Más entretanto, en la navecilla el Señor dormía, como durante las persecuciones de la Iglesia, parece dormir y no atender; mas al mismo tiempo que dormía, no teniendo ligada la razón durante el sueño como nosotros, él mismo suscitaba y movía la tempestad dentro de las aguas. Dormía para exitar la fé de los apóstoles;

[3] dormía para significar con su sueño la paciencia y longanimidad con que aguarda á los pecadores, (4) dormía en la popa de la nave, como advierte San Marcos (5)

(1) Thom. in Math.

(2) Chrysol. Serm. XXII.

(3) Luc. Brug.

(4) Paul. a Palatis.

(5) Marsc. IV. 38.

para indicar como había de dormir el sueño de la muerte sobre la cruz; dormía para despertar la fé de los apóstoles; dormía en medio de la tormenta para significar al justo que conforme en todo con la divina voluntad duerme quieto y tranquilo en medio de las persecuciones y trabajos. Y en nosotros duerme Jesús y su fé cuando estamos negligentes y perezosos, [1] y de allí la tempestad que tantas veces nos sumerge.

2.

Y se acercaron á él sus discípulos y le despertaron diciendo: "Señor, sálvanos que perecemos." Es de saber que muchas veces el Señor dilata el remedio y la ayuda en las tempestades y trabajos hasta dejar que parezca ya todo perdido como se vé en la casta Susana libertada de sus perseguidores, en Daniel, ileso en el lago de los leones, en la ciudad de Betulia determinada ya á entregarse al enemigo, en Job, reducido á la última miseria; y en otros pasajes de la santa Escritura, y esto hace, para probar la fé de sus siervos, pa-

[1] Gloss.

ra que su ayuda sea más oportuna y para hacer resplandecer mas, su poder y su misericordia; por lo cual nunca debemos desesperar, hermanos míos, sean cuales fueren las penas que nos rodeen, ni aun en las mismas culpas, pues aunque parezca que el señor duerme y no nos oye, siempre está viendo nuestras necesidades, y si dilata el remediarlas es para exitar nuestra confianza y esforzar nuestras oraciones. Y así como los apóstoles no acudieron en ese trance á los remeros, ni al que gobernaba la nave, sino sólo al divino Maestro, así nosotros debemos acudir á Dios, y nó como muchos que en sus trabajos recurren á prácticas supersticiosas, ó ponen toda su esperanza en las criaturas, ó se exasperan quejándose de la Providencia y aun vomitando blasfemias contra el Señor.

Los apóstoles pensaron que el Señor dormía como nosotros, sin saber lo que pasa ni poder hacer nada; y en esto tuvieron poca fé, porque debían creer que la divinidad nunca duerme; y por eso merecieron ser reprendidos por Cristo que les dijo: "hombres de poca fé," pues si tuvieran mucha, no estarían tan temerosos estando

al lado del Señor aunque durmiese; pero lo cierto és, que el peligro en que se hallaban los hizo acudir á Jesucristo; y por eso nos manda el Señor muchas veces las tribulaciones, para que si estamos alejados de Dios, nos alleguemos á su Majestad pidiéndole el remedio. Muy hermosamente había dicho David: "Señor, tú dominas la furia del mar y tú mitigas el alboroto de sus olas: las aguas te miraron, oh Dios, miráronte y temblaron. Furioso ruido hacían las aguas; mas las nubes hicieron oír su voz y tus saetas pasaron (1) Y esto pasó puntualmente en esta ocasión pues el Señor dominó la furia del mar, aplacó la tempestad; y á la voz de las nubes que fueron los apóstolos, pasaron las saetas de sus temores. Y lo mismo pasa con nosotros: si en las tempestades de la vida y en las oleadas de las pasiones despertamos al Señor, nó con un ruido insolente, dice el Crisólogo, sino con la voz de los cánticos espirituales, no hay duda que cesará la tempestad y pasarán las saetas de su indignación.

Jesucristo, después de echarles en cara á los discípulos dulcemente su poca fé, le-

(1) Psalm. LXXXVIII. 10 et Psalm. LXXVI. 18.

vantándose mandó á los vientos y á la mar, y se siguió una gran bonanza. Con sólo su querer ó con sólo una palabra pudo hacerlo; pero quiso levantarse, para manifestar con este hecho, la prontitud y solicitud que tiene para ayudarnos cuando con nuestras pécas le invocamos. Y mandó á los vientos y al mar, “fuertemente, y como amenazando, dice un doctor; (1) como suele hacerse con aquellos cuya audacia queremos reprimir.” Y en esto manifestó que refrenando á los mares con una simple voz, era el Dios mismo que había dicho en un principio: “Júntense las aguas en un sólo lugar y aparezca la tierra.” (2) Con unas cuantas palabras el mar le obedece, porque reconoce la voz del que le había formado.

“Y sucedió una grande bonanza.” Neta Santo Tomás, [3] que después de las tempestades, dura el mar dos días para calmarse, y por eso fué muy grande el milagro que hizo el Señor con tranquilizarlo al instante. Y así, Cristo resucitado, dice el Crisólogo, manda al mar de este

(1) Telet. juxta Marc. III. 19.

(2) Genes. I. 9.

(3) Thom. in Math.

mundo, tranquiliza el orbe, mitiga los reyes, sociega las olas, aquieta los pueblos, hace cristianos á los romanos, y á los perseguidores, ejecutores de su fé.

Admiráronse los hombres diciendo: “¿Quién es este, que los vientos y el mar le obedecen?” . . . Pidámosle nosotros, hermanos míos, que calme los vientos de nuestras pasiones, para que tranquilizada la mar de nuestro corazón, en la nave de una buena conciencia, lleguemos al puerto dichoso de la gloria. Amén.

vantándose mandó á los vientos y á la mar, y se siguió una gran bonanza. Con sólo su querer ó con sólo una palabra pudo hacerlo; pero quiso levantarse, para manifestar con este hecho, la prontitud y solicitud que tiene para ayudarnos cuando con nuestras pécas le invocamos. Y mandó á los vientos y al mar, “fuertemente, y como amenazando, dice un doctor; (1) como suele hacerse con aquellos cuya audacia queremos reprimir.” Y en esto manifestó que refrenando á los mares con una simple voz, era el Dios mismo que había dicho en un principio: “Júntense las aguas en un sólo lugar y aparezca la tierra.” (2) Con unas cuantas palabras el mar le obedece, porque reconoce la voz del que le había formado.

“Y sucedió una grande bonanza.” Neta Santo Tomás, [3] que después de las tempestades, dura el mar dos días para calmarse, y por eso fué muy grande el milagro que hizo el Señor con tranquilizarlo al instante. Y así, Cristo resucitado, dice el Crisólogo, manda al mar de este

(1) Telet. juxta Marc. III. 19.

(2) Genes. I. 9.

(3) Thom. in Math.

mundo, tranquiliza el orbe, mitiga los reyes, sociega las olas, aquieta los pueblos, hace cristianos á los romanos, y á los perseguidores, ejecutores de su fé.

Admiráronse los hombres diciendo: “¿Quién es este, que los vientos y el mar le obedecen?” . . . Pidámosle nosotros, hermanos míos, que calme los vientos de nuestras pasiones, para que tranquilizada la mar de nuestro corazón, en la nave de una buena conciencia, lleguemos al puerto dichoso de la gloria. Amén.



Domingo quinto después de Epifanía

Continuación del santo evangelio
según San Mateo.

Semejante es el reino de los cielos, á un hombre que sembró buena semilla en un campo, y mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sobreesembró zizaña en medio del trigo y se fué. Y después que creció la yerba é hizo fruto, apareció también entónces la zizaña. Y llegando los siervos del padre de familia le dijeron: ¿Señor, por ventura no sembraste buena semilla en tu campo? ¿Pues de donde tiene zizaña? Y les dijo: hombre enemigo ha hecho esto. Y le dijeron los siervos: ¿Quieres que vamos, y la cojamos? Nó, les respondió; no sea que cogiendo la zizaña arranquéis con ella también el trigo. Dejad crecer lo uno y lo otro hasta la siega, y en

el tiempo de la siega, diré á los segadores: coged primeramente la zizaña y atadla en manojos para quemarla; mas el trigo recogedlo en mi granero. [Math. XIII. 24. 30]

I.

Nos habla aquí el sagrado evangelio, hermanos míos, de un buen sembrador, y de otro malo; uno que siembra de día, y otro que sobreesiembra de noche; uno que siembra buen grano, y otro que siembra mala yerba; uno, que siembra y se queda, otro que siembra y se esconde; uno que hace nacer trigo para el granero, otro que hace crecer yerba para el fuego. Estad atentos, é iremos viendo los misterios encerrados en esta parábola.

Las parábolas son una narración de algún hecho, escena, ó historia, que tiene por objeto figurar verdades y enseñanzas, que propuestas de ese modo quedan mejor en la memoria, y ayudan más á la inteligencia. En esta parábola nos dice, pues, el Salvador que el reino de los cielos, es semejante á un hombre que siembra en su campo buena semilla. El hombre sembrador, es el mismo

Jesucristo Nuestro Señor, verdadero Dios y hombre, que en el campo de la humana naturaleza que es campo suyo, pues él la crió, sembró buena semilla; pues como dice el Crisólogo, (1) al principio de las cosas sembró puros bienes, ni pudo ser autor de mal ninguno, pues como dice la Escritura, vió Dios cuanto había hecho y era muy bueno. [2] San Buenaventura piensa que cuando Dios hizo al hombre á su imagen y semejanza, al inspirarle espíritu de vida, sembró buena semilla en su campo; y finalmente otros doctores creen que se habla de Jesucristo, que en el campo de su Iglesia sembró la excelente semilla de la predicación evangélica, y por eso en otra ocasión explicó que "la semilla es la palabra de Dios." [3] Y por aquí vemos, que todo lo que hace su Magestad es bueno, y que hacemos muy mal cuando culpamos á nuestro Señor de algunos males, pues son castigo que nosotros nos buscamos con nuestras culpas; antes, todo lo bueno que hay en nosotros, no sólo las obras, sino aun los propósitos, el simple querer, y aun

(1) Chrysol. serm. 96.

(2) Genes. I. 31.

[3] Luc. VIII. 17.

los pensamientos, como dice el Apóstol, (1) nó son propiamente nuestros, sino que reconocen á Dios por su principio. Y lo mismo se ha de decir de los bienes temporales, pues por eso la Iglesia le pide en sus Letanías que se digne dar y conservar los frutos de la tierra, y por medio año, le suplica en la santa Misa, que se digne mandar las lluvias "para que ayudados cuanto basta con las cosas temporales, nos sea mas fácil abarcar las celestiales. (2)

Mas si el Señor siembra en su campo la buena semilla, mientras duermen los obreros viene el enemigo, y sobresiembra en medio del trigo la zizafia; es decir, que durmiendo Adán y Eva, esto és, menospreciando el precepto divino en el paraíso, el enemigo sobresiembra la semilla de todos los vicios y pecados; y cuando Dios sembró la naturaleza humana limpia y pura, el demonio sobresiembra los errores y la concupiscencia; y si en su Iglesia el Señor sembró la doctrina de la fé, el enemigo sobresiembra los cismas y herejías. Y en nosotros, advierte San Buenaventura, sembró la Santísima Trinidad, mandando

[1] 2. Cor. III. 5.

(2) Orat. ad petend. pluv.

el Padre al Hijo, y el Padre y el Hijo, al Espíritu Santo; y sembraron también los ángeles y juntamente los apóstoles y los mártires, y los confesores y las vírgenes; pero el demonio enemigo con los ángeles sus secuaces, sobresembró en el campo de la Iglesia la semilla de todos los vicios y de todos los errores. También cada una de las almas, es un campo del Señor en el cual se ha dignado sembrar la semilla de las virtudes, en especial las de la fé, esperanza y caridad; y en ellas consiste la fertilidad y hermosura del campo, porque son el decoro y el fruto del alma; más cuando la concupiscencia, excitada por el demonio, produce el pecado, este viene á ser la zizaña que deforma el campo y lo esteriliza y lo afea.

2.

¿Mas cuáles son los hombres que duermen? Estos son los Pastores y superiores de las almas (1) que aflojan y descuidan en la solicitud conque debian gobernarlas; mas también significa la pereza y el sueño de nosotros mismos, pues divertidos los hombres en las cosas del siglo y olvi-

(1) Bernard. Lib. II. de Considerat.

dados de los intereses del alma, duermen el sueño de la pereza, y dan lugar al enemigo para que venga á sembrar la semilla de vicios y pasiones. Y por eso la Iglesia nos excita á no dejarnos llevar del sueño, sino á estar en vela, diciéndonos cada día estas palabras de San Pedro: " Sed sobrios y estad en vela, porque vuestro enemigo el diablo, como león rugiente da vueltas buscando á quien devorar. » [1]

Y el demonio, dice San Pascasio, se agrada mucho de vuestra pereza y negligencia, y por eso no llega durante el día, cuando el cristiano está despierto para la guarda de los mandamientos, sino cuando está entregado al sueño de la indolencia y del olvido; y también, dice San Buenaventura, ese dormir denota la ociosidad, que como dice la Escritura "enseñó toda malicia," y es la raíz de todas las yerbas venenosas y dañinas. (2)

Vinieron pues los siervos, y dijeron al amo: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? pues ¿de donde tiene zizaña? Voz llena de admiración, dice (3) un santo,

[1] Petr. 1. Ep. V. 8.

(2) Eccles. XXXIII. 29.

(3) Paschas. lib. VII. in Math.

voz llena de estupor y de espanto; porque ¿quién puede comprender que la humana naturaleza, criada en un estado tan hermoso y excelente, haya degenerado de una manera tan torpe y oprobiosa? Cosa es pues digna de que los mismos ángeles del cielo lo pregunten llenos de admiración, cómo habiendo Dios sembrado en nosotros tan especiales dones de gracias y de auxilios para alcanzar nuestra salvación, hayan podido nacer y crecer en nosotros la zizaña, y tantas yerbas infernales. Mas el amo respondió: “el hombre enemigo ha hecho esto;” y el Crisólogo le dice: [1] “oh perverso enemigo, que huyes de la luz, vigilaste y trabajaste, pero no pudiste esconderte, pues si los siervos durmieron de la vista del Señor no te escapaste.” ¿Mas tú Señor, dice San Juan Crisóstomo; (2) ¿por qué si viste al enemigo lo dejaste? Y se responde el mismo santo: porque conviene que en el campo del Señor haya zizaña, para que aparezcan los que son probados. Y así el Señor no prohíbe al enemigo para que se muestre la fuerza de la omnipotencia divina y la profundidad de la sabi-

[1] Chrysol. Serm. 97.

[2] Chrisost. Homil. 96.

duría de Dios, que más resplandece en reparar lo perdido, que en conservar lo que está entero; porque mejor reputó, de los males hacer bienes, que el no permitir ningunos males. Más ¿quiénes son los siervos que dijeron: Señor, quieres que vamos y recojamos la zizaña? Estos son los santos ángeles, siempre prontos y preparados á obedecer la voz de Dios; y aunque son en el cielo príncipes soberanos, no obstante se llaman siervos, porque como dice el Apóstol, (1) “son enviados en servidumbre por los que cogen la herencia de salvación;” y por esto nos prestan servicio, porque compadecen nuestra suerte viendo los peligros y trabajos de nuestra vida, viéndonos puestos entre el cielo y el infierno; ó para reinar ó para arder perpetuamente. Y por eso se ofrecen á arrancar la zizaña. Mas el Señor les dice: “No, no sea que al recoger la zizaña, arranquéis también el trigo;” la paciencia del Señor no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva; (2) no quiere que se quiten los malos de enmedio de los buenos como se encuentran en el mundo, y esto por tres razones que os rue-

(1) Hebr. I. 14.

[2] Ezech. XXXIII. 11.

go, hermanos míos, atendaís debidamente. La primera, porque de la zizaña puede nacer y nace muchas veces un buen grano; quiero decir, que de padres malos y perversos suelen nacer buenos hijos, honestos y piadosos; y así al recoger á esos padres, sería perder esos hijos, cogiendo la zizaña llegaría á perderse el trigo. La segunda razón porque permite Dios á los malos sin llevarlos, es, porque esta misma zizaña, cosa admirable! nó pocas veces se convierte en trigo, porque los malos se convierten con la gracia; pues aun de los hereges dice san Gerónimo, (1) que puede suceder que el mismo que el día de hoy está imbuido en perversas doctrinas, el día de mañana vuelva en sí y venga á trocarse en defensor de la verdad. Y si Dios no usara de paciencia con la zizaña, dice el Crisólogo, (2) no tendría la Iglesia á San Mateo, de publicano hecho evangelista, ni contaría al gran Pablo, de perseguidor trocado en apóstol de Jesucristo.

La tercera razón de sufrir Dios á los malos, dice San Agustín, es, porque sirven mucho para ejercitar á los buenos; pues si

(1) Hieron. in Math.

(2) Chrysol. Ibid.

nó hubiese estos hombres perseguidores y perversos, nó ejercitarían los justos la humildad, la caridad y la paciencia, y de este modo, dice el Crisóstomo, el no arrancar la zizaña, redundaría en beneficio del trigo, pues combatiendo con ella es mas gloriosa su victoria. Por eso el Señor no quiso arrancarla, antes dijo: "Dejad que ambos crezcan hasta la siega, es decir, que los malos estén mezclados con los buenos hasta el día del juicio. Y entonces dirá á los segadores, que son los ángeles: recoged la zizaña, que son los réprobos, y atadla en manojos para quemarla;" á los rapaces, con los rapaces; á los adúlteros, con los adúlteros; á los ebriosos, con los ebriosos," dice San Agustín. [1] Y en cuanto al trigo, que son los escogidos, juntadlo en mi granero, que es el cielo. ¿Y adonde iremos nosotros, mis hermanos? ¿Seremos atados en algún manajo, ó llevados al celestial granero? Pidamos al Señor, que de mala zizaña nos convierta en buen trigo, para no ser quemados en el infierno; sino reunidos con los escogidos en la gloria. Amén.

(1) Aug. Serm. 38 de Div.



Domingo sexto despues de Epifanía

**Continuación del santo evangelio
según San Mateo.**

Otra parábola propuso el Señor diciendo: Semejante es el reino de los cielos á un grano de mostaza que tomó un hombre y lo sembró en su campo: Este en verdad es la menor de todas las semillas; pero despues que crece es mayor que todas las legumbres y se hace árbol de modo que las aves del cielo vienen á anidar en sus ramas. Les dijo otra parábola: Semejante es el reino de los cielos, á la levadura que toma una mujer y la esconde en tres medidas de harina, hasta que todo queda fermentado. Todas estas cosas habló Jesús al pueblo por parábolas, y no le hablaba sin parábolas: Para que se cumpliese lo que había dicho el profeta, que dice: Abriré en pará-

bolas mi boca, rebozaré cosas escondidas desde el nacimiento del mundo. [Math. XIII. 31 . . . 35.]

I.

Dos parábolas propone aquí el Señor, amados hermanos míos: ambas breves pero muy significativas. Una, del grano de mostaza, y otra de un puñado de levadura.

Semejante es, dice, el reino de los cielos á un grano de mostaza, que tomándolo el hombre lo sembró en su campo. Por reino de los cielos se entiende aquí la Iglesia militante, que en sus principios se miraba pequeña y de apariencia despreciable como fundada sobre doce pobres pescadores, sin nombre, sin ciencia, sin riquezas; hechos como decía San Pablo, (1) "la barradura de todos;" y estos levantaron la bandera de la cruz, suplicio vergonzoso de malhechores. De aquí es, que los primeros cristianos eran vistos por el pueblo romano con el último desprecio y hasta con execración. Era pues la Iglesia primitiva, pequeña, y de ninguna valía como un grano de mostaza; que es la mas pequeña

[1] Omnium peripsema. 1. Cor. IV. 13.

entre las semillas, sigue diciendo el evangelio; mas cuando ha crecido es mayor que todas las legumbres, y se convierte en un árbol, y vienen las aves del cielo y moran en sus ramas. La Iglesia, pequeña en sus principios y despreciada, pronto creció en infinita muchedumbre cuando por toda la tierra se dejó oír el sonido de la predicación de los apóstoles y las almas escogidas, las aves del cielo vinieron á ella á habitarla y morar en ella para siempre. Este grande árbol de la Iglesia, fué regado con la sangre de los apóstoles; ellos son los que plantaron la Iglesia con su sangre y en seguida como un copioso rio siguió fecundándola la sangre de los mártires, y con ella ha hechado tan profundas raíces, que todos los vientos de las persecuciones que no han cesado de sacudirlo y en nuestros dias tal vez con más furor no han podido ni podrán arrancarlo, pues Jesucristo anunció que "las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia." (1) Y es de notar, dice San Ambrosio, (2) que el grano de mostaza quebrantado y molido ostenta su fuerza y su acrimonia, y así las

[1] Math. XVI. 16.

[2] Lib. V. in cap. 23 Luc.

persecuciones, quebrantando y como desmenuzando á las almas, hacen ver la fuerza de la fé que llega hasta hacer dar la vida por conservarla. Como la mostaza, mientras más se quebranta, más exhala su olor penetrante, así la verdad de nuestra santa religion, cuanto más se desprecia y se controvierte por sus perseguidores los hereges, tanto más justifica su firmeza y se dá á conocer al universo. El grano de mostaza, dice Alberto Magno; [1] mucho se dilata cuando se quebranta, es agudo y penetrativo; disuelve y purifica, y todas estas cualidades convienen á la palabra de la fé que disuelve las manchas, purifica las culpas, y se dilata de lo temporal á lo eterno, de las penas á los gozos, como está escrito: que "la palabra de Dios es viva y eficaz y mas penetrante que espada de dos filos." (2)

Este grano, hecho ya árbol extiende sus ramas, en las cuales vienen á descansar las aves del cielo, y estas ramas son los predicadores dispersos en el mundo, en cuyas consoladoras palabras como que res-

(1) Alb. Magn. in Math.

(2) Hebr. IV. 12.

piran los fieles de las tristes fatigas de esta vida. [1]

Otra cosa hermanos míos, bien sabida es del grano de mostaza, que masticada entre los dientes derrama un sabor tan acre y tan picante que penetra al cerebro y hace llorar á los ojos; y esto aplican los doctores á la doctrina de la fé, pues cuando masticamos y desmenuzamos con la consideración una de sus verdades, por ejemplo lo horroroso y terrible de las penas del infierno, la virtud de la fé se aviva en el corazón, y de allí vienen á los ojos las lágrimas de compunción y de arrepentimiento.

Y aun hay más, dice San Agustín, (2) pues principalmente en la época del invierno, si se hace uso del grano de mostaza para comerle, bien condimentado, es delicado manjar y repele los frios, compone los humores y acaloriza lo interior de las entrañas, pues este grano contiene en sí gran calor; por lo cual denota la virtud de la caridad que combate la tibieza y alienta el corazón activándolo para las buenas obras. y ¿quién nó sabe, añadiremos con el

(1) Gloss. hic.

(2) Aug. Serm. 21. de Sanct.

santo doctor, que el grano de mostaza bien quebrantado y adherido á la piel, aunque la calienta y la quema, resuelve y deshace los malos humores y es una medicina muy recetada de los médicos en las calenturas y en las fiebres? Así también la santa fé, pero no sólo profesada en globo, sino desmenuzada con la atenta consideración, aunque punce y aflija al alma con lo terrible de sus verdades, pero resuelve los malos humores de las pasiones; y si quema á la carne con las penitencias corporales, pero combate con éxito la calentura de los malos deseos y la fiebre ardorosa de la concupiscencia.

Añadamos también con algunos santos y doctores, (1) que el mismo Jesucristo nuestro divino Salvador, es el grano de mostaza, que sepultado y como plantado en el huerto, resucitó como grande árbol; "grano fué cuando murió, dice San Gregorio Papa, y árbol cuando resucitó; grano en la humildad de la carne, árbol en la potencia de su majestad." Cuando *se anonadó á sí mismo*, como se explica el Apóstol, [2] entónces fué grano al parecer pe-

(1) Gregor. in Caten. Hieron. et Ambros.

[2] Philip. II. 7.

queño y despreciable; mas cuando Dios *lo exaltó y le dió nombre sobre todo nombre*, [1] entónces se hizo un árbol grande y majestuoso; cuando se dice de él que "no tenía decoro ni hermosura," [2] que parecía "gusano y no hombre," en eladero de la cruz [3] entónces era un granito de mostaza que apenas se percibe; más, cuando se le vió subir á las alturas y cuando se sentó á la diestra de su Padre, entónces es un árbol frondoso en cuyo ramaje se abrigan los ángeles y los hombres.

Finalmente, también puede significar el grano de mostaza, al alma del justo donde está el reino de Dios y que es el lugar de sus delicias. El grano de mostaza es molido y quebrantado cuando por la contrición, penitencias y trabajos, se ve el alma atribulada y oprimida. Y entonces la fé ostenta su virtud, y la paciencia, sufre el ardor de las tribulaciones, como sufre el enfermo el ardor del sinapismo, y la caridad enciende su fuego, y se deseca el humor de las pasiones, y la tribulación sana

(1) *Ibid.* v. 9.

(2) *Isai.* LIII. 2.

(3) *Psalm.* XXI. 7.

al alma y le dá salud como el grano de mostaza alivia las fiebres y vuelve al enfermo la sanidad. Y las aves del cielo se guarecen en las ramas del árbol, porque los buenos deseos y los santos pensamientos, moran en el alma crecida y robustecida con las penas y trabajos. No nos quejemos pues en las adversidades de esta vida; recordemos que como la mostaza, punzan para curar, y arden para devolver la salud.

2.

Más vengamos á la otra parábola del evangelio: "Semejante es el reino de los cielos á la levadura que una mujer escondió en tres medidas de harina." En estas comparaciones, dice el Crisólogo, [1] Cristo nuestro buen Maestro y Señor nos dá varias comparaciones de su reino, nó tomándolas de lo oculto ni de cosas celestiales, sino de cosas de nuestro uso diario que traemos entre manos, para que todos lo comprendan y á todos aproveche. Esta parábola, pues, de la levadura, se toma de lo que hace una mujer cuando vá á

[1] *Chrysol. Serm.* 99.

fabricar su pan, así como en la del grano de cebada es un hombre el que lo siembra, para que entendamos que los dos sexos, el hombre y la mujer tienen parte en el reino de Dios.

Ahora, si Jesucristo, se llama trigo, "él también puede llamarse fermento, dice San Ambrosio, (1) puesto que el fermento ó levadura suele hacerse del trigo; y bien se compara á la levadura, pues apareciendo como hombre, pequeño por su humildad y deshechado y despreciado, tenía en sí tal virtud de sabiduría, que cuando comenzó á extenderse por todo el orbe, (como la levadura en toda la masa,) al punto atrajo á su substancia á todo el género humano, para infundir en todos el oleo del Espíritu Santo, haciendo él, Cristo, á todos, cristianos." La levadura significa también la predicación del evangelio; porque así como una poca de levadura atrae á sí y da sabor á una gran masa de harina, convirtiéndola en otra especie distinta de la que tenía, así la palabra de la fé aunque pequeña en cantidad, escondida en el corazón de muchos hombres, los une á todos en el cuerpo de la Iglesia, y los cambia en

(1) Ambr. Serm. V.

otra especie de conversaci6n, los vivifica para las obras de virtud y los hace subir á las alturas. (1)

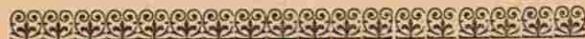
Mas ¿porqué se dice que la mujer esconde la levadura en tres medidas de harina? El seráfico doctor explica que esto corresponde á los tres modos de amar á Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas; San Pascasio (2) lo entiende del espíritu, del alma y del cuerpo, que juntos en uno por la fé, ya no discrepan; mas todo el hombre entero se hace como una nueva masa en el Señor; y otros finalmente explican, que la fé escondida en la mente del hombre como la harina en tres medidas, viene á ser el creer en las tres Personas. Padre, Hijo y Espíritu Santo; y que el formar la levadura una sola masa, es la fé en la Unidad de Dios que aunque trino en Personas es uno en esencia. (3) Y también podríamos entenderlo de nuestras tres potencias, memoria, entendimiento y voluntad vivificadas por la fé y hechas las tres uno en el divino servicio.

[1] Ita. Euthym.

[2] Pasch. Lib. V. in Math.

(3) Ita. Gloss.

Añade el evangelio: "hasta que todo quedó fermentado;" y esto quiere decir, que la fé será predicada en todo el universo; que todo hombre está llamado al conocimiento de la verdad, y que por toda la duración de los siglos la mujer de la parábola, que es la Iglesia católica, seguirá vivificando á las almas con la santa levadura de la fé. Y pues el Señor seguía hablando en parábolas, como dice nuestro evangelio, aprovechémonos de ellas, ya sufriendo los trabajos, como indica el ardor de la mostaza, ya dejando vivificar nuestra naturaleza con la santa levadura de la fé; y la paciencia y la fé, y la fé y la paciencia, serán como las dos llaves que nos abran el reino de los cielos. Amen.



DOMINGO DE SEPTUAGESIMA.

Continuación del santo evangelio según San Mateo.

Semejante es el reino de los cielos á un hombre padre de familias, que salió muy de mañana á ajustar trabajadores para su viña. Y habiendo concertado con los trabajadores darles un denario por día, los envió á su viña. Y saliendo cerca de la hora de tercia, vió otros en la plaza que estaban ociosos. Y les dijo: Id también vosotros á mi viña, y os daré lo que fuere justo. Y ellos fueron. Volvió á salir cerca de la hora de sexta y de nona, é hizo lo mismo. Y salió cerca de la hora de vísperas, y halló otros, que se estaban allí, y les dijo: ¿Qué haceis aquí todo el día ociosos? Y ellos le respondieron: Porque ninguno nos ha llamado á jornal. Dices: Id

Añade el evangelio: "hasta que todo quedó fermentado;" y esto quiere decir, que la fé será predicada en todo el universo; que todo hombre está llamado al conocimiento de la verdad, y que por toda la duración de los siglos la mujer de la parábola, que es la Iglesia católica, seguirá vivificando á las almas con la santa levadura de la fé. Y pues el Señor seguía hablando en parábolas, como dice nuestro evangelio, aprovechémonos de ellas, ya sufriendo los trabajos, como indica el ardor de la mostaza, ya dejando vivificar nuestra naturaleza con la santa levadura de la fé; y la paciencia y la fé, y la fé y la paciencia, serán como las dos llaves que nos abran el reino de los cielos. Amen.



DOMINGO DE SEPTUAGESIMA.

Continuación del santo evangelio según San Mateo.

Semejante es el reino de los cielos á un hombre padre de familias, que salió muy de mañana á ajustar trabajadores para su viña. Y habiendo concertado con los trabajadores darles un denario por día, los envió á su viña. Y saliendo cerca de la hora de tercia, vió otros en la plaza que estaban ociosos. Y les dijo: Id también vosotros á mi viña, y os daré lo que fuere justo. Y ellos fueron. Volvió á salir cerca de la hora de sexta y de nona, é hizo lo mismo. Y salió cerca de la hora de vísperas, y halló otros, que se estaban allí, y les dijo: ¿Qué haceis aquí todo el día ociosos? Y ellos le respondieron: Porque ninguno nos ha llamado á jornal. Dices: Id

también vosotros á mi viña. Y al venir la noche, dijo el dueño de la viña á su mayordomo: Llama los trabajadores, y págalos su jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros. Cuando vinieron los que habian ido cerca de la hora de visperas, recibió cada uno su denario. Y cuando llegaron los primeros, creyeron que les darian más; pero no recibió sino un denario cada uno. Y tomándole murmuraban contra el padre de familias, diciendo: Estos postreros sólo una hora han trabajado, y los has hecho iguales á nosotros, que hemos llevado el peso del día, y del calor. Mas él respondió á uno de ellos, y le dijo: Amigo: no te hago agravio: ¿no te concertaste conmigo por un denario? Toma lo que es tuyo, y véte: pues yo quiero dar á este postrero tanto como á tí. ¿Nó me es lícito hacer lo que quiero? Acaso tu ojo es malo, porque yo soy bueno? Así serán los postreros, primeros; y los primeros postreros. Porque muchos son los llamados, más pocos los escogidos. (Math XX. 1. . . 16)

Este padre de familias de que habla aquí el evangelio, amados hermanos míos,

es nuestro mismo Criador, que tiene una viña, y esta es la Iglesia universal, desde Abel hasta el último de los escogidos; y todos los santos que ha enido ten su seno son otros tantos racimos ó pámpanos que ha producido. Este salió á buscar obreros para su viña: salió, no cambiando de lugar, sino operando algo nuevo y derramando su gracia; (1) y salió muy demañana, para significar que cuando nosotros estamos más olvidados de nuestra salvación soñolentos y ociosos, el Señor nos convida muy temprano á dejar la pereza y levantarnos y entregarnos al trabajo. Y San Gregorio, distribuyendo las varias horas de que habla la parábola: entre las varias edades de nuestra vida, dice: que la madrugada viene á ser la puericia ó la niñez, porque desde esta edad comienza el Señor á ilustrarnos con su gracia y á convidarnos á trabajar en la grande obra de nuestra salvación; y dichoso el que obedece al Señor y se le consagra desde los primeros años de su vida.

Sale el padre de familias á contratar trabajadores; á nadie fuerza, á nadie lleva

(1) Exire Dei est operari ad extra Cajetem.

por violencia: llama y convida y cierra contrato con los obreros, ofreciéndoles un denario por día. Los trabajadores somos nosotros, que nacemos para el trabajo, como el ave para volar; como se dice en Job, [1] porque "cuando el cuerpo trabaja mas duro, el alma vuela mas alto," explica San Gregorio. [2]

Por la viña podemos entender muy bien nuestra propia alma, pues Dios dice por el profeta Jeremías: "Yo te he plantado á tí, mi viña escogida;" (3) la tierra donde está plantada es nuestro cuerpo terreno; las plantas de las vides, son nuestras potencias, dones y virtudes; el vino generoso que de allí se saca es el amor de Dios y del prójimo, la cerca que la rodea, es la custodia de los ángeles; y los obreros que conduce para cultivarla, son los predicadores, los confesores, los libros sagrados y espirituales. Y á estas vides, poda muchas veces el Salvador celestial con el hierro de las tribulaciones y adversidades; las endereza, atándolas al palo de su cruz por la meditación de su Pasión dolorosa; las cava y hace fo-

[1] Job. V. 7.

[2] Gregor. ibi.

[3] Jerem. II. 21.

sas por la memoria de nuestros novísimos; y las defiende de las fieras infernales con la protección de los santos y en especial de la santísima Virgen. Y como se digna regarla con su preciosísima Sangre, bien puede preguntar con un profeta: "¿Qué cosa debí yo hacer por mi viña que no la haya hecho?" [1] Como si dijera, advierte San Agustín: ¿qué no te ha dado alma mía, el Señor que es tu Esposo? Echa una ojeada por este vasto universo, y mira si hay una sola cosa en él que no sea para tu servicio; ó ya para auxiliarte en tus necesidades, ó ya para recrearte en honestas diversiones." Y pues á todos nos atiende, ninguno hay en esta viña que esté exento del trabajo, ya sea niño ó anciano, hombre ó mujer, sano ó lisiado: cada uno debe aplicarse con cuidado al cultivo de su propia viña, ya limpiándola de vicios, ya arrancando las espinas de los pecados; ya regándola y beneficiándola con los sacramentos; porque si deja el trabajo y se entrega á la ociosidad, lejos de recibir ningún salario, la apartará el padre de familias de su lado y la mandará echar á las tinieblas exteriores.

(1) Isai. V. 4.

Hecho el trato con los operarios por un denario cada día, mandólos luego á su viña, dice el evangelio. Como Dios es nuestro Señor y Criador; y nosotros con todo rigor somos sus siervos y esclavos, bien podría su Majestad, con el derecho del amo sobre su esclavo, hacer uso libremente de nuestros servicios sin poder nosotros pretender otra cosa que el pan y el agua para nuestro sustento, y no tendríamos derecho á ninguna recompensa; pero la liberalidad y bondad de nuestro Señor se dignó entrar en pactos con nosotros; y así al mandarnos observar su divina ley, nos promete por premio su divina bienaventuranza. Y esto significa el denario divino; pues como explica hermosamente Santo Tomás. (1) aquella moneda equivalía á diez sueldos y llevaba impresa la imagen del rey; lo que indica que por la guarda de los diez mandamientos, llegaremos á tener impresa la imagen del Rey eterno, pues está escrito que "cuando apareciere, seremos semejantes á él." [2]

[1] Thom. in Math.

(2) Joan. III. 2.

y si la gloria se llama denario de un día, es porque debemos ganarla cada día, y porque esta nuestra vida es delante de Dios como un sólo día, y la misma gloria se llama "el día de la eternidad." (1)

Y el padre de familia salió como á la hora de tercia y vió á otros estar en la plaza ociosos y les dijo: Id también vosotros á mi viña y os daré lo que es justo; más ellos fueron. Y de nuevo salió cerca de la hora de sexta y de la de nona, é hizo lo mismo. Nota Santo Tomás, [2] que con los primeros pactó el Señor darles el cielo por su trabajo por que comenzaron á servirle desde sus tiernos años y trabajaron toda su vida en el cultivo de su viña; mas con estos otros que empezaron á la hora de tercia y sexta, esto es, á las nueve de la mañana y al medio día, sólo por su misericordia debe premiarlos; pues estos no tienen tanta seguridad de su eterna salud como los primeros.

Más ¿porqué se dice que los encontró en la plaza y que estaban ociosos? La plaza es el mundo con su ruido, negocios y diversiones, y convidarlos de la plaza á su vi-

(1) 2 Petr. III. 18.

(2) Thom. in Math.

ña, es sacarlos del mundo á la vida cristiana. Y hallólos ociosos, por que ocioso es, el que no trabaja en la guarda de los mandamientos y en el cuidado de su propia alma. Ociosos son los que no operan en la obra de Dios, ociosos los que no cultivan la viña de su alma, aunque estén muy ocupados en las cosas temporales. ¿A cuántos de nosotros, hermanos míos, nos hallará el Señor ociosos cuando venga á juzgarnos, y ya no sea tiempo de cultivar la viña, ni de trabajar por nuestra salvación? Esta constancia del Señor en llamarnos á diversas horas del día, nos indica, dice San Fulgencio, que todas las edades son apropósito para la penitencia: que en cualquiera época de nuestra vida podemos convertirnos al Señor, y que por eso precisamente nos llama en varias edades, porque ninguna reputa inepta é incapaz de entregarse á su servicio.

Así el llamar operarios á la hora de tercera, significa invitarnos en su servicio en la juventud; el llamarlos á la hora de sexta es convidarnos en la edad madura; y el solicitarlos cerca de la hora undécima, es todavía tener la dignación de atraernos á su servicio, en la última edad de la vida, esto

es en la vejez. Y el preguutarles, porqué están todo el día ociosos, és porque el padre de familias se admira de que el hombre, creado solamente para servirle, haya pasado la juventud y la edad madura, y á veces hasta el resto de la vida sin hacer nada por su salvación, y pasando tantos años en el ocio y la pereza. Peligrosísima cosa es persistir ocioso en los pecados hasta lo último de la vida; pues los que piensan hacer penitencia al fin de ella, muchísimas veces se engañan y mueren en la impenitencia final, pues el ser llamados al fin de la vida, es don muy especial que Dios no concede á los que están determinados á perseverar en el vicio hasta la muerte.

Mas como fuese ya tarde, el dueño de la viña dijo al mayordomo: llama á los trabajadores y dales su salario, empezando desde los últimos hasta el primero. El hacerse tarde, es llegar al fin del mundo, ó el fin de cada uno por la muerte, y el Señor no retarda la recompensa, sino que acabado el trabajo, la distribuye. Y el mandar empezar por los últimos, es para hacer ostentación de su inestimable misericordia, recompensando por delante á los últimos; y porque más gustosamente aten-

demos, dice San Crisóstomo, (1) á los que favorecemos gratuitamente y por sólo honor nuestro, que á los que les debemos de justicia.

“Como viniesen pues los llamados cerca de la hora undécima, recibió cada uno su denario, y cuando llegaron los primeros, creyeron que les darían más: pero no recibió más que un denario cada uno: y murmuraban.» Esto es propio de la envidia, dice un doctor, (2) dolerse de que á otro se le dé, como si á uno se le quitara; pero en vano murmuraron, porque el Señor les hizo ver que nó les hacía ninguna injuria; y el dar á los primeros y á los últimos el mismo denario, significa la misma bienaventuranza para todos, si bien en la casa del Eterno Padre, hay muchas mansiones. (3) Termina el Señor diciendo: que muchos son llamados y pocos los escogidos; pidamos al Señor que con estos pocos podamos entrar al reino de los cielos. Amén.

[1] Chrysost. in Cat.

[2] Gloss.

[3] Omnibus datur vita aeterna, sed mansiones eorum multae sunt. August. 46 de Virginit. cap. 26.

DOMINGO DE SEXAGESIMA.

Continuación del santo evangelio según San Lucas.

Y como hubiere concurrido un gran número de pueblo, y acudiesen solícitos á él de las ciudades, les dijo por semejanza: Un hombre salió á sembrar su simiente: y al sembrarla una parte cayó junto al camino, y fué hollada, y la comieron las aves del cielo. Y otra cayó sobre piedra: y cuando fué nacida se secó, porque no tenía humedad. Y otra cayó entre espinas, y las espinas que nacieron con ella, la ahogaron. Y otra cayó en buena tierra: y nació, y dió fruto á ciento por uno. Dicho esto, comenzó á decir en alta voz: Quien tiene orejas de oír, oiga. Sus discípulos le preguntaban, qué parábola era esta. El les dijo: A vosotros es dado saber el misterio del

reino de Dios, mas á los otros por parábolas: para que viendo no vean, y oyendo no entiendan. Es pues esta parábola: La simiente, es la palabra de Dios. Y los que junto al camino, son aquellos que la oyen: mas luego viene el diablo, y quita la palabra del corazón de ellos porque no se salvan creyendo. Mas los que sobre la piedra: son los que reciben con gozo la palabra, cuando la oyeron; y estos no tienen raíces: porque á tiempo creen, y en el tiempo de la tentación vuelven atrás. Y la que cayó entre espinas: estos son los que la oyeron, pero después en lo sucesivo quedan ahogados de los afanes, y de las riquezas, y deleites de esta vida, y no llevan fruto. Mas la que cayó en buena tierra: estos son, los que oyendo la palabra con corazón bueno, y muy sano la retienen, y llevan fruto en paciencia. (Luc. VIII. 4 . . . 16)

Con esta parábola, hermanos míos, Jesucristo pretende declararnos el fin por el cual había venido al mundo, que era á predicar y enseñar la doctrina de la fé. Salió pues á sembrar su semilla, esto és su pala-

bra, cuando salió del cielo y descendió á la tierra por nuestra salud, pues desde que nació comenzó á predicarnos, antes con su ejemplo que con sus palabras; porque así como la semilla al sembrarla se esparce con la mano, así la doctrina y la enseñanza se siembran con las obras. Y se dice que siembra su *semilla*, porque ni los apóstoles, ni los predicadores nunca predicán otra cosa sino la palabra de Dios, ni siembran la semilla de sus propias opiniones, sino sólo la semilla de Cristo que es el santo evangelio. Dice pues la parábola, que la semilla cayó en tres clases de tierras malas, y en una buena. Las malas lo eran, porque una quedaba á orillas del camino, la otra era pedregosa en el fondo, y la otra estaba cubierta de espinas; y en cuánto á la última parte, era un terreno que carecía de estos inconvenientes; sobre lo cual observa San Crisóstomo, (1) que aunque tres partes de la semilla se perdieron y una sola se aprovechó, nó por eso Jesucristo deja de cultivar su campo.

Y así, maravillosa es la caridad de Cristo, que tanto estima á las almas, que se

(1) Chrysost. Homil. de terrae motu.

sujeta á innumerables trabajos y fatigas por salvar unas cuantas, y aun una sóla, como si las hubiese ganado á todas. Y el mandar la semilla de su palabra á las malas tierras, es decir, á los ingratos pecadores que no la han de aprovechar, prueba, como dice San Agustín, (1) la divinidad de Jesucristo, que igualmente auxilia á los buenos y á los malos con el sol del evangelio y la lluvia de su doctrina, así como en el mundo material "hace salir su sol sobre los buenos y los malos; y llueve sobre los justos y los injustos." (2)

Mas véamos, hermanos míos, qué significan estas tres clases de malas tierras. Primeramente, dice la parábola, que una parte de la semilla cayó á orillas del camino, y que fué pisoteada, quiere decir, que "gran parte de la predicación de Jesucristo descende á los corazones de hombres mundanos que prefieren lo carnal á lo espiritual, los cuales están á orillas del camino, porque viven en las vías espaciosas del ocio y de las culpas, ni se apartan nunca de las sendas anchas de la perdición." (3)

[1] Aug. Lib. I. contr. gentes.

[2] Math. V. 45.

[3] Dion. Corthus. in Luc.

2.

En cuanto á la semilla que cayó sobre piedra, es la dureza de aquellos ánimos protervos, corazones duros é indómitos de los que dice un profeta: "endurecieron sus rostros más que la piedra, y no quisieron volver." [1] Estas almas soberbias no se dejan penetrar por el arado de la fé, por lo que la semilla, falta de profundidad prontamente perece. La que cayó entre las espigas, esto és, dice San Buenaventura, (2) entre los cuidados mundanales, los corazones ambiciosos y vanos, á quienes afectan y punzan y atormentan los superfluos cuidados, los desordenados temores y mortales tristezas, y todo se sofoca por aspirar inmoderadamente á las riquezas mundanales. Mas por fin, otra parte de la semilla cayó en buena tierra, y nació y produjo fruto centuplicado.

Y esto, dicen los doctores, [3] debe llenarnos de temor y temblor, pues que de cuatro partes del mismo campo, sembradas por el celestial Labrador en la propia persona de su Verbo divino, las tres se

(1) Jerem. V. 3.

[2] Bonav. in Luc.

[3] Didac. Stell. ex Thesphilaet.

perdieron y una sola produce fruto; por lo cual puede deducirse esta terrible conclusión: "pocos serán los que se salvan." ¿Y esto, porqué? porque aunque la semilla es la misma, y siempre excelente, pero la piedra es la carne, dura y rebelde; el mundo, son las espinas que punzan con sus cuidados; las aves que devoran la semilla del camino, son los demonios, pájaros velosísimos que arrancan de la mente del hombre la semilla de la doctrina; y así el demonio, el mundo y la carne, estos tres terribles enemigos del alma, de los que no sabemos defendernos, son los que hacen perecer las tres cuartas partes de la buena semilla esparcida por la predicación.

Al decir la parábola, Jesucristo clamaba: "El que tenga oídos para oír, que oiga;" clamaba, dice San Buenaventura, [1] para llamar la atención de sus oyentes, y tres veces nombra el oír, añade un piadoso Cardenal, (2) porque se necesitan tres maneras de oído: [3] el oído de la naturaleza para percibir las palabras; el oído de la inteligencia para discernir su sentido;

(1) Bonavent. in Luc.

(2) Hugo hie.

(3) Bonav. in Luc.

y el oído de la voluntad para obedecerlas y ponerlas en práctica; porque unos, [como aquí entre vosotros hermanos míos,] no oyen lo que se predica, porque no atienden; otros oyen, pero sin cuidado, y no entienden lo que se les dice; otros finalmente, oyen y entienden, pero nada ponen por obra. Y á todos dice el Señor que tengan oídos para escuchar, que oigan entendiendo y escuchen practicando. Los apóstoles le preguntaron qué significaba esta parábola, y Cristo les respondió, que á ellos les era dado el conocer los misterios del reino de Dios, pero que á los demás se les enseñaba en parábolas, para que viendo no vieses, y oyendo no entendiesen, esto es, porque muchos, y quizá la mayor parte, ven y oyen sin querer entender, y esto por culpa suya, y no del maestro que les enseña. Y en seguida comenzó á explicarles el sentido de la parábola, diciendo: "La semilla es la palabra de Dios." Y nosotros diremos las semejanzas entre una y otra. No basta sembrar la semilla, si no se cultiva la tierra, ni basta oír la palabra si no se abre el corazón; no podemos vivir sin los granos y semillas, ni las almas vivir pueden sin la palabra de Dios; la tierra

sin sembrarse, solo dá abrojos y espinas, y el corazón sin la palabra, sólo vicios y pecados; la semilla nó fructifica luego, sino pasado tiempo, ni la palabra, si nó es rumiada y meditada largamente; los frutos de la semilla se guardan en el granero, y las virtudes que produce la palabra, se premian en el cielo.

La semilla que se siembra junto al camino, explica el Señor, son los que oyen, mas después viene el diablo y quita la palabra de sus corazones; es decir, que aunque hayan escuchado devotamente la predicación, nó se las quita el demonio del oído, pero después haciendo que la olviden, entre el ruido del mundo, divierte al hombre con las pompas del siglo y arrebatada de su corazón la palabra, que salida de él, no produce ningún fruto.

“La que cayó sobre piedra, significa los que oyen, y con gozo reciben la palabra de Dios, y estos no tienen raíces, porque á tiempo creen, y en tiempo de tentación se retiran.” Estos, dice San Buenaventura, [1] en parte son dignos de alabanza, porque oyen la palabra de Dios con gozo, y

[1] San Bonav. in Luc.

con avidéz la reciben, lo cual es de muy buen augurio; pero en parte son muy reprehensibles, porque nó guardan y fomentan la palabra, nó riegan ni hacen caso de la semilla, y por eso nó echa raíces en el alma, esto és, nó tienen firmeza ni consistencia: en tiempo creen, oyen de buena gana, y aun comienzan á practicar; mas la planta sin raíces perece al soplo del viento, y en el tiempo de tentación se alejan de las prácticas piadosas, se separan de los templos, se retiran de los sacramentos. ¡Semilla perdida!

“La que cayó entre espinas, son los que oyen, mas movidos por los cuidados, riquezas y delicias de la vida se sofocan y no producen fruto.” “¿Quién podría creer jamás, dice San Gregorio Papa, (1) que las riquezas se significan por las espinas, cuando estas punzan y las otras deleitan? Mas verdad és que son espinas, pues con sus cuidados punzan al alma, y cuando la arrastran al pecado, la hieren hasta sangrarla.” Las riquezas, y las delicias que van juntas con ellas, se comparan á las espinas, por tres cosas, dice San Buenaventura: primero, porque nó dan fruto alguno;

[1] Homil 15 in Evang.

segundo, porque impiden el fruto de otras plantas; tercero, porque si hay alguno lo despedaza y desgarrá. Y también dice el Crisóstomo: "no hay que admirarse si á las delicias llamó el Señor espinas, porque al cuerpo y al alma acarrearán acerbísimos dolores."

"La semilla que cayó en buena tierra, son, los que con bueno y excelente corazón oyen y retienen la palabra y dan fruto en la paciencia." El buen corazón, es el que "en devoción empapado, con lágrimas humedecido, con la gracia regado, con el arado de la disciplina abierto, con la confesión purificado, con el propósito fortalecido, con los buenos desecs preparado," (1) sembrado produce mucho fruto, con la paciencia en los trabajos, la paciencia en las tentaciones, la paciencia en las pruebas, la paciencia en la vida y en la muerte. Pidamos, hermanos, al Señor esta paciencia, para que en buena tierra recibamos la semilla, y de ella tengamos algún día copiosos frutos de vida eterna. Amen.

(1) Ita Albert. Magn.

DOMINGO DE QUINCAGESIMA.

**Continuación del santo evangelio
según San Lucas.**

Tomó Jesús aparte á los doce, y les dijo: Mirad, vamos á Jerusalem, y serán cumplidas todas las cosas que escribieron los Profetas del Hijo del hombre. Porque será entregado á los gentiles, y será escarnecido, y azotado y escupido. Y después que le azotaren, le quitarán la vida y resucitará al tercero día. Mas ellos no entendieron nada de esto, y esta palabra les era escondida, y no entendían lo que les decía. Y aconteció, que acercándose á Jericó, estaba un ciego sentado cerca del camino, pidiendo limosna. Y cuando oyó el tropel de la gente que pasaba, preguntó qué era aquello. Y le dijeron, que pasaba Jesús Nazareno. Y dijo á voces: Jesús hijo de Da-

segundo, porque impiden el fruto de otras plantas; tercero, porque si hay alguno lo despedaza y desgarran. Y también dice el Crisóstomo: "no hay que admirarse si á las delicias llamó el Señor espinas, porque al cuerpo y al alma acarrearán acerbísimos dolores."

"La semilla que cayó en buena tierra, son, los que con bueno y excelente corazón oyen y retienen la palabra y dan fruto en la paciencia." El buen corazón, es el que "en devoción empapado, con lágrimas humedecido, con la gracia regado, con el arado de la disciplina abierto, con la confesión purificado, con el propósito fortalecido, con los buenos desecos preparado," (1) sembrado produce mucho fruto, con la paciencia en los trabajos, la paciencia en las tentaciones, la paciencia en las pruebas, la paciencia en la vida y en la muerte. Pidamos, hermanos, al Señor esta paciencia, para que en buena tierra recibamos la semilla, y de ella tengamos algún día copiosos frutos de vida eterna. Amen.

(1) Ita Albert. Magn.

DOMINGO DE QUINCAGESIMA.

**Continuación del santo evangelio
según San Lucas.**

Tomó Jesús aparte á los doce, y les dijo: Mirad, vamos á Jerusalem, y serán cumplidas todas las cosas que escribieron los Profetas del Hijo del hombre. Porque será entregado á los gentiles, y será escarnecido, y azotado y escupido. Y después que le azotaren, le quitarán la vida y resucitará al tercero día. Mas ellos no entendieron nada de esto, y esta palabra les era escondida, y no entendían lo que les decía. Y aconteció, que acercándose á Jericó, estaba un ciego sentado cerca del camino, pidiendo limosna. Y cuando oyó el tropel de la gente que pasaba, preguntó qué era aquello. Y le dijeron, que pasaba Jesús Nazareno. Y dijo á voces: Jesús hijo de Da-

vid, ten misericordia de mí. Y los que iban delante le reñian, para que callase. Mas él gritaba mucho más: Hijo de David, ten misericordia de mí. Y Jesús parándose, mandó que se le trajesen. Y cuando estuvo cerca, le preguntó, diciendo: ¿Quieres que te haga? Y él respondió: Señor, que vea. Y Jesús le dijo: Vé, tu fé te ha hecho salvo. Y luego vió, y le seguía glorificando á Dios. Y cuando vió esto todo el pueblo, dió loor á Dios. (Luc. XVIII. 31 . . . 43.)

Vemos en este Evangelio, amados hermanos míos, que Jesucristo quiso anunciarles su Pasión á sus discípulos para prevenirlos, avisándoles que había de resucitar á fin de que viéndole morir no dudasen ni se escandalizasen de su muerte. Y así les anuncia cuatro circunstancias de lo que debía padecer antes de morir, esto és, que sería entregado á los gentiles, que sería burlado, y azotado, y escupido, cosas todas no sólo de grande dolor, sino de grande ignominia y vergüenza; y así pasó puntualmente: fué entregado á Poncio Pilato y sus soldados que eran gentiles; fué espan-

tosamente azotado en el pretorio, fué burlado como rey de farsa y asquerosamente escupido en las casas de los Pontífices. Y aun ahora, el que consiente á las tentaciones, lo entrega al demonio; el pecado de impureza lo azota; la hipocresía, lo burla y escarnece; y la embriaguez y las malas palabras lo escupen. Tenedlo presente, hermanos míos, para no hacerle padecer á Nuestro Señor tales tormentos, renovando las afrentas de su pasión.

Dice el Evangelio que nada entendieron de esto los discípulos, y que esta palabra les estaba escondida, (1) porque la palabra de las tribulaciones y trabajos, de las penas y amarguras, nó las comprende la humana naturaleza que sólo quisiera contentamiento y deleites, y gozo continuo y vida sin muerte; mas Jesucristo nos enseña á pensar en los trabajos y á esperarlos sin resistencia, y á tolerarlos con entera conformidad.

Después de esto refiere el santo Evangelio, que acercándose el Señor á la ciudad de Jericó, un ciego estaba pidiendo li-

[1] Per hec significatur, quod homines carnales, aspera nolunt audire, sed ad delectabilia sunt intenti. Lyran. hic.

mosna á orillas del camino. Este ciego, dice el Evangelista San Marcos, que se llamaba Bartimeo, [1] y significaba, dice San Buenaventura, al género humano, ciego, porque le faltaba la luz de la sabiduría y yacía sepultado en las sombras de la ignorancia, y al mismo tiempo mendigo porque le faltaba la gracia y la justicia; y de la misma manera cada uno de nosotros, cuando no mira las cosas de Dios y las verdades de la fé, está ciego y mendingando cuando está privado del pan de los sacramentos y de la vestidura de la gracia. Mas el ciego Bartimeo, estaba sentado cerca del camino; y como Jesucristo dijo: "yo soy el camino," (2) quiere decir, que el que está cercano á Jesucristo está próximo á ser curado, y con su luz, alumbrará su ceguedad y lo hará caminar en su seguimiento.

Cuando oyó el ciego el ruido de la multitud que iba pasando, preguntó qué sería ello. Esta turba que pasa nos designa al mundo con sus pompas, sus riquezas y vanidades porque la figura de este mundo, como dice el Apóstol, (3) también vá pasando,

[1] Marc. X. 45.

[2] Joan. XVI. 6.

[3] ad Cor. VII. 31.

y no hace mas que pasar; pues todo lo temporal no tiene base ni subsistencia, y sólo lo eterno es estable y no pasará jamás; por lo cual nó debemos abrazarnos y engréirnos con los bienes temporales que con la muerte hemos de dejar sino ocuparnos en atesorar tesoros para el cielo como el Salvador nos amonesta, donde ni el ladrón los roba ni la polilla los consume. (1)

Contéstanle al ciego, que es Jesús Nazareno el que pasa, y entonces comenzó á gritar diciendo: Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí. Pudiera esperar copiosa limosna de tanta gente que pasaba, pues era gente piadosa, propensa á socorrer á los pobres; pero nó piensa en esto ni pide limosna, ni se dirige á los que pasaban; sino que sabiendo por pública voz y fama las maravillas de Cristo, sólo á El se dirige, y á gritos le habla confesando que es el Mesías, que todos sabian había de ser hijo de David, é implorando su compasión; y aunque los que iban por delante lo regañaban para que no aturdiere con sus gritos, él, sin hacer caso, gritaba con más fuerza repitiendo sus mismas palabras:

[1] Math. VI. 20.

Jesús Hijo de David, ten misericordia de mí. Y este ciego, admirablemente nos enseña, hermanos míos, cómo deben ser nuestras oraciones; porque lo primero, nó expresa en su súplica cosa particular, sino sólo pide compasión, diciéndole al Señor, ten misericordia de mí. Y así debemos pedir al Salvador, que nos compadezca, que mire nuestra miseria, apiadándose de nuestras necesidades, y que ejerceite con nosotros su misericordia remediándolas, ó dándonos paciencia y fortaleza para sufrirlas. Lo segundo, alega este ciego el título de Hijo de David, pues David fué un rey muy misericordioso y compasivo, y el recordarlo era como comprometer al Señor á que usase con él de misericordia; y así debemos alegarle al Señor semejantes títulos para que nos oiga, como nuestra madre la Iglesia le dice en sus oraciones: Oh Dios, cuya misericordia no tiene número; oh Padre de misericordias y Dios de todo consuelo; oh Dios, de quien es propio compadecerse siempre y perdonar, etc.

Lo tercero, este ciego pedía, nó á media voz, sino clamando con todas sus fuerzas; y así la oración no debe ser tibia, floja, ni remisa, sino que debe ser con clamor gran-

de del corazón, para poder decir con la Iglesia: "que mi clamor llegue á tí," y con el Salmo: "cuando yo clamé el Señor me escuchó." [1] Lo cuarto, fastidiadas las gentes con los gritos del ciego le reprendían por que callase, tal vez alegando que molestaba al Señor con tales voces; pero él, nó sólo no dejaba de clamar, sino que, como dice el evangelio, gritaba mucho más. Así cuando las distracciones, los negocios y aun los mismos demonios, nos inciteu á dejar la oración, y aun nos parezca que con tantas instancias como que molestamos al Señor, no hay que hacer caso de esas tentaciones, ni por nada de esto hemos de dejar de pedir, antes ello nos debe servir de estímulo para clamar más y más al Señor, solicitando su misericordia. Así la oración del ciego nos declara las cualidades que debe tener la nuestra: su objeto, pedir misericordia; la confianza, pidiendo al Hijo de David; el fervor, clamando á grandes voces; y la perseverancia, no omitiéndola por las instancias del enemigo.

Deteniéndose Jesucristo, mandó llevar al ciego á su presencia; y cuando ya esta-

(1) Px. CXIX. 1.

ba cerca le preguntó: ¿Qué quieres que haga contigo? No se ofendió el Señor, como otros pensaban, de los clamores del pobre, antes deleitose con ellos, dice un doctor.

[1] Feliz violencia, continúa San Ambrosio, que no se castiga con indignación, antes se recompensa con misericordia, pues á quien más violento es para pedirle al Señor, él lo mirará como más devoto; pues él mismo nos enseñó diciendo: "Pedid y se os dará, buscad y encontrareis; tocad y os abrirán." (2)

El Señor se pasó, para mostrar que nos espera, pues el pasar, cosa es de la humanidad; mas el estar en pié lo es de la divinidad. Y así Dios al pasar oyó las voces del ciego, pero parándose lo iluminó, pues por su humanidad oye la voz de nuestra miseria; y por el poder de su divinidad nos infunde la luz de la gracia. Así lo explica San Gregorio Papa. Y advertid, hermanos míos, que muy bien pudo el Señor sin pararse ni interrumpir su camino, socorrer

(1) Ambros. in Luc.

(2) Luc. XI. 9.

al ciego, pero quiso detenerse haciendo parar con él á toda la multitud que lo acompañaba, para demostrarnos su piedad y su benignidad y enseñarnos cómo debemos pararnos á oír al pobre y atender á sus súplicas.

El ciego se acercó con ayuda de algunos, quizá de los discípulos; y así deben los fieles acercarse al Señor ayudados de los sacerdotes para poder ser curados y alumbrados. A la pregunta de Jesucristo, respondió el mendigo: "Señor, que yo vea," y con esto nos revela este ciego otra cualidad de la oración, y és, que no debemos pedir lo menos, sino lo más, como él no pidió vestidos ni monedas, y que debemos pedir el remedio de nuestra mayor necesidad; como él pidió el remedio de sus ojos que era su mayor miseria. Y Jesús le dijo: "Vé, tu fé te hizo salvo." Considera, dice un doctor, que cuando pedimos con confianza y cosa ordenada, no pedimos una y se nos dá otra; sino que el Señor nos dá la misma que pedimos; como aquí el ciego pidió la vista, y se le dió la vista; por lo cual debemos entender que cuando una cosa, pedimos y otra recibimos, señal es que no pedimos con confianza, ó pedimos lo que nó nos convenía. Y el Señor atri-

buyó el milagro á la fé de Bartimeo, porque los beneficios, dice el angélico Doctor, como que se venden por la moneda de la fé. Y el ciego vió, y se puso á seguir al Señor glorificándole; y todo el pueblo que lo vió, le tributaba alabanzas. Acerquémonos á Jesucristo amados hermanos míos, él curará nuestra ceguedad, y le seguiremos caminando tras de sus huellas, y le glorificaremos por sus beneficios, y todo el pueblo de nuestras facultades y potencias le alabará, ahora y eternamente. Amén.



DOMINGO PRIMERO DE GUARESMA.

Continuación del santo evangelio según San Mateo.

Entonces Jesús fué llevado al desierto por el espíritu, para ser tentado del diablo: y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre, y llegándose á él el tentador, le dijo: Si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se hagan panes. El cual le respondió y dijo: Escrito está, nó de solo pan vive el hombre, más de toda palabra que sale de la boca de Dios. Entonces le tomó el diablo y le llevó á la santa ciudad y le puso sobre la almena del templo y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo, porque escrito está: Que mandó á sus ángeles acerca de tí, y te tomarán en las manos porque no tropieces en piedra con tu pié. Jesús le dijo:

También está escrito, no tentarás al Señor tu Dios. De nuevo le subió el diablo á un monte muy alto y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si cayendo me adorares. Entonces le dijo Jesús: Vete Satanás, porque escrito está, á el Señor solo servirás y á él solo adorarás. Entonces le dejó el diablo: y hé aquí los ángeles llegaron y le servían. (Math. IV. I. II.)

I.

No cabe duda, amados hermanos míos, que fué el Espíritu Santo quien condujo al desierto á nuestro Señor Jesucristo para que fuese tentado por el diablo nó llevado por fuerza, sino con voluntad de entrar en el combate; y esto fué en el desierto, porque gusta más de tentar Satanás á los que mira sólos y separados de sus semejantes. Y no hay que admirar, dice San Gregorio Papa el que nuestro adorable Redentor se haya dejado tentar por el demonio; aunque á primera vista causa espanto el pensarlo y se resisten á escucharlo los oídos; mas, si pensamos que el Señor fué entregado en su Pasión en manos de los demonios, no hay que extrañar, que

quien vino á sufrir la muerte dada por ellos, haya permitido ser tentado por los mismos; pues quiso el Señor, como nuestro Maestro, enseñarnos á vencer las tentaciones, y como dice el angélico doctor, así como con su muerte venció nuestra muerte, así con su tentación, nos dió el superar á todas nuestras tentaciones.

En aquel desierto, ayunó pues, el Señor cuarenta días y cuarenta noches, y después tuvo hambre. Ayunó para oponerse con la abstinencia de manjares á nuestro padre Adán, que sucumbió con el deleite de la manzana; [1] ayunó para mostrarnos que el ayuno es grande armadura contra las tentaciones; ayunó, para darnos el ejemplo de ayunar, enseñándonos con las obras y no sólo con palabras; (2) ayunó, dice el Crisólogo, para que véamos que la cuaresma del ayuno, no es de invención humana, sino de autoridad divina; y ayunó en el desierto y nó en las ciudades, para enseñarnos á hacer las obras de penitencia en secreto, y nó con hipocresía delante de los hombres. [3] Y ayunó por cuarenta días,

[1] Ita Theoret.

(2) Ita Abulens.

(3) Ita Paul de Palat

por que este es el número de la aflicción y penitencia, y porque así habían ayunado Moisés y Elías en figura del Señor. [1] Y el evangelio advierte que cuarenta días y cuarenta noches, para indicarnos, dice San Anselmo, que debemos ayunar de las cosas ilícitas, no sólo en los días de la prosperidad, sino también en las noches de la adversidad, aunque no hay duda que la Iglesia nos pone hoy este evangelio, para animarnos con el ejemplo de Jesucristo al ayuno de cuaresma. Y el Señor tuvo hambre, y observándolo el tentador, vino y le dijo: Si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se hagan panes. No acababa de creer el demonio que descendiese el Señor hasta tal grado de humildad, y de pobreza y de sufrimiento; y por eso, como con duda le dice: si tú eres Hijo de Dios. Los milagros lo exitaban á creerlo, pero el hambre, humana flaqueza, lo llevaba á dudarlo. Y al decirle que convirtiera las piedras en panes, en parte lo tentaba por la gula, y en parte por la vanagloria y ostentación de sí mismo; y aunque podría el Señor comer del pan hecho por milagro; sin embargo,

(1) Ita Lyrau.

como en ninguna cosa se debe obedecer al demonio, nó quiso hacer un portento inútil. Y es de notar que observando el hambre de Cristo, lo tentó con manjares, porque á cada cual tienta el demonio conforme á su genio, inclinación ó propensión, espiando las ocasiones y circunstancias favorables para su astucia.

Jesucristo lo rechazó de una manera, que ni le diese á conocer su divinidad que convenía tuviese oculta, cuanto para enseñarnos que nada debemos hacer por sugestión del maligno, pues obedecerlo, seria un pecado. Y es de notar, que el tentador empieza por poco y nó pide desde el principio grandes cosas, para mejor engañarnos, pareciendo que sólo nos pide cosas justas y racionales.

Nótese también la astucia serpentina del demonio, pues parece que, como movido á piedad le dice á Cristo: " Señor, mucho habéis padecido, largos días y noches habeis ayunado, habeis hecho copiosa penitencia; preciso es concederos algún descanso para no desfallecer." (1) De este modo, dice el Nazianzeno, (2) el demonio sue-

[1] Hugo.

[2] Greg. Naz. Orat. 28

le adular bajo la especie de benignidad y compasión; tal es su modo de pelear, y con esta apariencia á muchos engaña y desbarata.

Más el Señor le respondió, que nó de solo pan vive el hombre; como si dijera, que no sólo debemos cuidar de la vida temporal que se alimenta con el pan material, sino de la del alma que vive con el pan espiritual que es la palabra de Dios, y quiso vencerlo más con la humildad que con su poder, citando la sagrada Escritura, para enseñarnos, dice San Gregorio Papa, [1] cuando seamos perseguidos, “á hacer uso de la doctrina y no echar mano de la venganza.”

Rechazado el demonio, nó perdió la esperanza y antes sigue tentando al Salvador. Tomóle pues, llevándole á la ciudad de Jerusalén, y le puso sobre la almena del templo; donde es de admirar, tanto la audacia de Satanás como la humildad del Redentor. Y pues, en la altura del templo le tienta, claro es que no hay lugar sagrado para el demonio, y que en todas partes ejercita su malignidad contra nosotros. Po-

[1] Greg. Homi XVI. in Ev.

ne en aquella altura á Jesucristo, para que el pueblo lo viese y el Señor se exitase á la vanagloria, y con esto demuestra cuánto le agrada tentar á los que están puestos en alto, como á los amos, padres y jefes de familia, para que su ejemplo sea mas dañoso á los otros y la caída tanto más peligrosa cuanto es de mayor altura. Colocado pues en ese punto elevado, dijo el demonio; Si eres Hijo de Dios échate, abajo: porque escrito está, que mandará á sus ángeles para tí y en sus manos te tomará para que no tropieze en la piedra tu pié.

Quiere de este modo probar Satanás, si al que no pudo vencer por la gula, podrá derribarlo por la vanagloria, pues así como él cayó por la soberbia, así procura, dice San Buenaventura, hacer que todos se echen abajo. Mas ¿por qué, si de vanagloria queria tentar al Salvador, no le sugirió mejor diciendo: Si eres Hijo de Dios, sube á los cielos? Es, responde, un Cardenal, (1) porque el demonio tiene al hombre tal aborrecimiento, que nó quiere verlo elevado, y por eso ni aun en tentación le su-

[1] Hugo.

giere el subir. Y el Crisóstomo (1) añade: que del demonio es arrojar al hombre para que caiga, y caído, destrozarle y matarle; pero sólo á Dios pertenece levantar al caído. Del demonio es el precipitar, mas de Dios, el salvar. Quiso pues el tentador, dirigiendo á Jesucristo esas palabras, que en lo alto de los aires se dejase ver de toda Jerusalén como á modo de los funámbulos que divierten á la gente con sus suertes; cosa, como se vé, indignísima del Hijo de Dios. Mas el demonio quiere apoyar su tentación en la sagrada Escritura, citando un verso de David que dice: [2] "Mandaré á sus ángeles de tí, y en sus manos te tomarán para que no tropieze tu pié contra la piedra." Esto se dijo de los siervos de Cristo, á quienes auxilian sus ángeles custodios, mas no convenia á Jesucristo, que es custodio de los ángeles y de los hombres; pero por aquí vemos cómo el diablo se transfigura en ángel de luz, citando las sagradas Escrituras con las cuales ha engañado á tantos herejes, como lo advierte Santo Tomás. Y el demonio suprimió una palabra del texto que dice:

(1) Chrysot. in Glos.

[2] Psalm. XC. 11.

que los ángeles "fueron mandados para cuidar al hombre en todos sus caminos:" mas del pináculo al suelo ningún camino había, dice San Bernardo, sino un gran precipicio; y Dios nó mandó á los ángeles para cuidarnos en los precipicios voluntarios. Mas el demonio, gran falsario, cita la voz de la verdad para derribarnos en la maldad, y esta es todavía una de sus astucias, el representar al hombre la divina misericordia para impelerlo á arrojarse en el precipicio del pecado.

Jesucristo le respondió: "También está escrito: no tentarás al Señor tu Dios," donde hemos de saber, que el tentar al Señor, es querer hacer experiencia de su poder sin haber para ello necesidad; y esto es pecado; porque cuando el hombre puede salir de un peligro ó librarse de cualquier mal, sólo haciendo uso de los medios naturales, nó debe recurrir á los milagros.

Otra vez tomó al Señor el diablo, hasta un monte muy elevado, y mostróle todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, lo cual puede haber sido, ya expresándole la gloria temporal del mundo, como dice el doctor angélico, ya pintándole en el aire opulentísimas ciudades, hermosos edificios,

magníficas concurrencias, diversiones delectables y todas las pompas mundanas que el Evangelio llama gloria de los reinos. Allí le manifestaría los grandes palacios de los reyes, sus riquezas, su servidumbre, sus ejércitos, sus triunfos, legaciones y obsequios; y por estas apariencias quiso atraerle al amor de lo terreno y á la ambición del dominio; pero en vano, pues cuando añadió: "todas estas cosas te daré, si cayendo me adorares," el Señor le respondió: "Véte, Satanás, pues escrito está, al Señor tu Dios adorarás y á él sólo servirás;" y de este modo nos enseña que debemos rechazar al demonio acordándonos siempre del mandamiento de amar y servir á Dios, contra el cual van todas las tentaciones. Entónces, dice el santo evangelio, dejóle el diablo, y los ángeles se acercaron y le servian. Como en otro tiempo los vencedores eran recibidos con grandes obsequios, así dice Santo Tomás, vienen ahora los ángeles á obsequiar y ministrar á su Rey que acaba de triunfar, y también cuando el hombre vence al demonio, merece, dice el mismo santo, el servicio de los ángeles. Aprendamos pues, hermanos míos, del ejemplo de Jesús nuestro Capi-

tán, á pelear valerosamente contra el demonio, para que regocijando á nuestros ángeles custodios, merezcamos un día la corona de la victoria en el cielo. Amen.



DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA.

Continuación del santo evangelio según San Mateo.

Y después de seis días toma Jesús consigo á Pedro y á Santiago, y á Juan su hermano, y los lleva aparte á un monte alto: Y se transfiguró delante de ellos y resplandeció su rostro como el sol: y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve. Y hé aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él. Y tomando Pedro la palabra dijo á Jesús: Señor, bueno es que nos estemos aquí; si quieres hagamos aquí tres tiendas, una para tí, otra para Moisés y otra para Elías. El estaba aún hablando, cuando vino una nube luminosa que los cubrió. Y hé aquí una voz de la nube, diciendo: Este es mi hijo el amado en quien yo me he complacido: á él escuchadle. Y

cuando lo oyeron los discípulos cayeron sobre sus rostros, y tuvieron grande miedo. Mas Jesús se acercó, y los tocó: y les dijo: Levantaos, y no temais. Y alzando ellos sus ojos, á nadie vieron, sino sólo á Jesús. Y al bajar ellos del monte, les mandó Jesús diciendo: No digais á nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos. [Math. XVII. 1....9.]

Este es, hermanos míos, el Evangelio de la transfiguración, que quiere decir, cambiar de figura. Comienza el Evangelista diciendo: que llevó consigo el Señor á solos tres apóstoles, San Pedro, Santiago y san Juan. Al primero, por haber confesado tan claramente la divinidad de Jesucristo; á Santiago que había de derramar su sangre primero que los otros apóstoles, y á San Juan que era el discípulo amado; y estos tres discípulos que habían de ser testigos de las agonías del Señor en el Huerto, conveniente era que lo fuesen ántes de su gloria, para que la vista de los sufrimientos no los escandalizase. Subidos pues, los tres con Jesucristo, á un monte muy elevado, se transfiguró delante de ellos. ¿Mas porqué no escoge el Señor para esto, el templo sino un monte? para que entenda-

mos dicen los santos (1) que la gloria se encuentra, no en la bajeza del siglo, sino en las alturas del reino; que los que quieren contemplarla, no han de andar arrastrando abajo de los deleites, sino subir á la altura de los deseos celestiales; y que la soledad y el retiro que se encuentran en las montañas, son más aptos para encontrar al Señor y gozar de su gloria, que el ruido de las ciudades y la compañía de la multitud. Y se transfiguró delante de ellos. Cristo, verdadero hombre y en quien solo se miraban las humanas apariencias, para avivar la fé y alentar la esperanza de los fieles, quiso manifestarse entonces á los discípulos, como un Dios de infinita majestad, mostrándoles que la gloria de la resurrección no sólo habia de ser de las almas, sino que también habia de abarcar á los cuerpos, (2) para que así se animasen á seguir al Señor en su acerbísima Pasión. Mas ¿cómo fué esta admirable transfiguración? Y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se pararon blancos como la nieve. "Esto es, como explica el angélico Maestro, que de la claridad interior

[1] Gloss. interlin.

(2) Lyran.

del alma de Jesucristo que gozaba de Dios y lo estaba viendo continuamente, brotó afuera en el cuerpo, una maravillosa refulgencia. Y pues una sólo alma bienaventurada, por el esplendor de su cuerpo glorioso, derrama mayor luz sobre el universo que todo el sol que nos alumbra, podemos pensar cual sería el esplendor, cuál la inmensa claridad, cuál el torrente de luz que derramaría en la montaña el cuerpo de Jesucristo! Su rostro se compara con el sol porque no conocemos cosa mas luminosa, y San Gerónimo dice, que como apareció entonces á los apóstoles así, ha de aparecer cuando venga á juzgarnos. Sus vestidos se mostraron blancos como la nieve, porque cuando es muy fuerte la luz todo lo hace aparecer blanco, y así la claridad que salía del cuerpo del Salvador, traspasando sus vestidos, los hacía aparecer de una blancura deslumbrante. Y estos vestidos pueden significar las almas de los bienaventurados, que oscuras y desconocidas en la tierra, al subir con Cristo á la montaña de la gloria, aparecerán candidas y radiantes de luz eterna.

Mas hé aquí que aparecieron Moisés y Elías hablando con el Señor. Los Após-

toles pertenecian al nuevo Testamento, y Moisés y Elías, al antiguo, y reunidos en la montaña delante de Jesucristo, significaban que todos los hombres, así antes como después de su venida, á él miraban, y sólo por él podian salvarse. (1) Y es de saber que Elías, no muere aún, y ha de venir á predicar y morir cercano al día del juicio; y así, Elías vivo, y Moisés muerto, aparecen en el monte, para mostrar que Jesucristo tiene poder sobre la vida y la muerte, y es el que ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos, como nota el Crisóstomo. Además, Moisés orando con los brazos en cruz, y Elías extendiéndose sobre el niño difunto, ambos prefiguraban de algún modo la crucifixión del Señor, y por eso fueron llamados á hablar de ella. Y si este Evangelio sólo dice que hablaban con Jesucristo, otro evangelista declara (2) que, "decian el exceso que había de obrar en Jerusalén." Hablaban de la Pasión del Señor, dice el Cartusiano, dando gracias por tan grande beneficio y orando al mismo tiempo por la salud del mundo.

(1) Dionis. Carthusian.

[2] Luc. IX. 31.

Mas ¿cómo tales coloquios podian ser oportunos ante tanta gloria, dice San Agustín? ¿Cómo se habian de mezclar tantos dolores entre aquellos celestes gozos? Y el mismo santo responde: que ninguna materia podia ser más agradable de conversación á nuestro adorable Salvador, que el tratar de la salud y redención del mundo. Y si la muerte del Señor se llama exceso, cuando para todos los hombres la muerte es el mayor defecto, [1] és, tanto, porque excedió inmensamente el precio al pago de la deuda, cuanto porque con su muerte excedió á la misma muerte y al sepulcro, hasta subir á los cielos. Y el Señor fué excesivo en su obediencia, excesivo en su padecer, excesivo en el amor que nos tiene, y excesivo, si puede así decirse, en la gloria que disfruta en el cielo. Mas nosotros, hermanos míos, no sólo no somos excesivos en amarle, sino que llevamos al exceso nuestras ofensas, al exceso nuestras ingratitudes, y al exceso nuestra mala correspondencia; por lo cual debemos hablar de estos nuestros excesos con los sacerdotes de la nueva ley, confe-

[1] Ita, Salmeron.

sando nuestros pecados para que nós sean perdonados.

“Respondiendo San Pedro dijo á Jesús: Señor: bueno es que estemos aquí, hagamos aquí tres tabernáculos, uno para tí, uno para Moises y uno para Elías.” Viendo aquella gloria, dice santo Tomás, hallábase en tal disposición que no quería separarse ni un punto de allí; pues tal es el deleite de la luz eterna, añade San Agustín, que aunque no se pudiese gozar mas que por un solo día, por sólo eso deberían despreciarse innumerables años de esta vida llenos de delicias y de riquezas; y por esto le parecía bueno á San Pedro quedarse allí formando tres tiendas de campaña, aunque había allí seis personas, pensando que él y los otros dos discípulos podrían estar en el tabernáculo de su Maestro. (1)

San Lucas al referir estas palabras del príncipe de los Apóstoles, advierte que “nó sabía lo que decía,” porque, en efecto, dice San Antonio de Padua, que las tiendas se cambian y se mudan, y al Señor le con-

(1) Ita. Ita. Dionis. Carthus.

viene una habitación firme y perpetua; no sabía lo que decía, porque, quería hacer tiendas donde no se necesitaban, pues como dice San Bernardo, segurísima habitación es el paraíso; no sabía lo que decía, insinúa San Hilario, porque para entrar en la gloria, era preciso que Cristo con su muerte nos abriera las puertas; no sabía lo que decía, predica San León Papa, [1] porque en las tentaciones de esta vida primero hemos de pedir la paciencia, que la gloria; no sabía lo que decía, concluye San Agustín, porque con morar allí, habría impedido todo lo que faltaba, los sacramentos, la Eucaristía y la misma redención. En cuanto á nosotros, hacemos en nuestra alma tres tabernáculos si consagramos al Padre nuestro poder, al Hijo, nuestro entender y al Espíritu Santo nuestro querer, dice un piadoso Cordenal. [2]

Aun estaba Pedro hablando, dice el Evangelio, cuando una nube luciente los cubrió, y de la nube salió una voz diciendo: “este es mi Hijo amado en quien bien me hé complacido, á él escuchad.” Esta

[1] Serm. de Transfigur.

(2) Hugo hic.

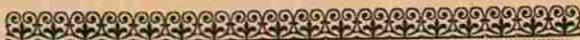
nube, dicen los doctores, (1) fué para refrigerar á los Apóstoles con su sombra templándoles aquella luz vivísima; y esta nube representaba al Eterno Padre, pues desde ella habló dando testimonio en favor de Jesucristo, declarándolo su Hijo dilectísimo, y mandando que á él escuchasen, para insinuar que nos había sido dado como doctor do todas las naciones. "A él escuchad, dice el Angélico; nó á Moisés, nó á Elias ni á ningun otro." Escuchadle, es decir, atended á su doctrina, nó sólo con los oídos del cuerpo, sino también con los oídos del corazón. Escuchadle; esto és, creedle, obedecedle y practicad cuanto os mandare; escuchad á Jesucristo que es la primera verdad, que no puede engañarse ni engañarnos. Así nosotros, hermanos míos, debemos escuchar sus máximas para seguir las, escuchar sus mandamientos para obedecerlos, escuchar sus consejos para santificarnos, escuchar sus promesas para alentarnos, y escuchar también sus amenazas para obrar con amor y temblor nuestra salvación.

"Oyendo esta vez los discípulos cayeron

(1) Cajetan. Carthus.

sobre su cara y temieron grandemente;" porque la flaqueza de nuestra naturaleza es tal, que ante la voz de Dios se espanta, y no puede ver con sus ojos, ni escuchar con sus oídos la presencia de tan gran majestad, sin caer derribada por la tierra. Mas Jesucristo se acercó, y tocándolos les dijo: "Levantaos, y no queráis temer." Bondadoso el Señor, desciende de aquella gloria á confortar á sus discípulos con la voz y aun con el tacto, porque pierdan el miedo y no piensen tratarse allí de un espectro.

"Y bajando de la montaña, les mandó Jesús diciendo: á ninguno digais la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos." ¿Mas por qué quiso ocultarla? Lo primero, para enseñarnos á evitar la vanagloria; lo segundo, á tener secreta la propia perfección; lo tercero, para que tanta grandeza no pareciera increíble; lo cuarto, para evitar la envidia de los discípulos que no fueron llamados. Evitemos nosotros hermanos míos, esta indigna pasión, para que un día merezcamos subir con Jesucristo á la montaña de la gloria. Amén.



DOMINGO TERCERO DE CUARESMA.

**Continuación del santo evangelio
según San Lucas.**

Estaba Jesús lanzando un demonio, y este era mudo. Y cuando hubo lanzado al demonio, habló el mudo y se maravillaron las gentes. Mas algunos de ellos dijeron: En virtud de Belzebú príncipe de los demonios, lanza los demonios. Y otros por probarle, le pedían señal del cielo. Él, cuando vió los pensamientos de ellos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo, será asolado, caerá casa sobre casa. Pues si Satanás está también dividido contra sí mismo ¿cómo estará en pie su reino? por qué decís, que yo lanzo los demonios por virtud de Belzebú? Pues si yo por virtud de Belzebú lanzo los demonios, ¿vuestrós hijos por quien los lanzan? Por esto serán

ellos jueces de vosotros. Mas si en el dedo de Dios lanzo los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado á vosotros.

Cuando el fuerte armado guarda su atrio, en paz están todas las cosas que posee. Mas si sobreviniendo otro mas fuerte que él, le venciere, le quitará todas sus armas, en que fiaba, y repartirá sus despojos. El que no es conmigo, contra mí es: y el que no coge conmigo espárce. Cuando el espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por lugares secos buscando reposo, y cuando no lo halla dice: Me volveré á mi casa, de donde salí. Y cuando vuelve la halla barrida, y alhajada. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus, peores que él, y entran dentro y y moran allí. Y lo postrero de aquel hombre es peor que lo primero. Y aconteció, que diciendo él, esto, una mujer de enmedio del pueblo levantó la voz y dijo: Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste. Y él dijo: Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan. (Luc, XI. 14. 27.)

I.

Cuéntanos ahora amados hermanos míos, el Evangelio, la curación de un hombre

poseído del demonio, cuyo demonio era mudo, es decir que con su maléfica acción, le producía al hombre aquel defecto. Porque es de saber que en aquel tiempo el demonio entraba en el cuerpo de algunos desgraciados á quienes despedazaba y maltrataba de mil maneras horrorosas, rompiendo las cadenas con que los ataba, y arrojándolos en el fuego; á unos dejaba sordos, á otros mudos, y á otros los hacia arrojar ahullidos espantosos. De estos pues, curó muchos nuestro adorable Redentor, para mostrar que venia á triunfar del demonio y del infierno. De uno de estos poseídos nos habla ahora el Evangelio, al cual tenía el demonio, mudo. Y aunque ahora nó se ven ya estos posesos en el cuerpo, pero es mucho peor la posesión que toma el demonio de las almas, y mayores los estragos que hace por dentro, que los que antes se miraban por fuera en los posesos. El demonio, es el pecado, pues es el primero que lo cometió en el cielo y lo introdujo en la tierra, y el demonio, torna al hombre mudo, cuando le impide, dice santo Tomás, la confesión de la fé, lo mismo que la confesión de sus pecados. El demonio se nos muestra por el Señor co-

mo un lobo, una de cuyas propiedades es, dice San Agustín, el coger por la garganta á las ovejas; y así el maligno, aprieta la garganta á los suyos, para que ni puedan clamar pidiendo auxilio, ni descubrir sus pecados, ni pedir un buen consejo.

El Señor, pues, arrojó al demonio de este hombre, y habló el mudo, y admiráronse las turbas: quitada la causa, desapareció el efecto, y lo mismo sucede en el pecador: tocado por la gracia, luego habla, porque hace al punto la confesión de sus pecados; habla, porque dirige al cielo sus oraciones; habla para pedir buen consejo á los superiores; habla para dirigir palabras de edificación á sus hermanos; y las turbas de los ángeles se admiran al ver la abundancia de bienes que operan las gracias del Altísimo. Y aunque el Evangelio nó nos diga las palabras que este mudo pronunció, pero se cree que fueron alabanzas al Señor y acciones de gracias por el beneficio recibido; y á este modo, después de hacer la confesión de nuestros pecados, debemos permanecer algún tiempo en el templo, con Jesucristo, y delante de los ángeles, para darle gracias al Señor por la curación de nuestra alma, cuyo cos-

tosísimo remedio es su preciosa sangre. Y los ángeles nos acompañarán uniendo sus alabanzas á las nuestras.

Este milagro atrajo las blasfemias de los fariseos que se atrevieron á decir que el Señor, por obra de Belzebú arrojaba los demonios. Horrenda cosa es la envidia, dice San Crisóstomo, pues convierte en mal hasta los beneficios que recibe. Así estos envidiosos fariseos, el bien de la salud que sólo puede venir de Dios, de quien descienden todos los bienes, lo atribuían al poder de los demonios; mas Jesucristo les respondió que ningún poder tira contra sí mismo, porque sería arruinar su obra, pues todo reino dividido contra sí mismo perece.

En cuya respuesta debemos admirar la paciencia y mansedumbre del Señor que ante tan grave injuria responde con tanta discreción y mesura. “Mas si yo, en Belzebú arrojé los demonios, vuestros hijos en quién los arrojan? como si dijera, negais enteramente el beneficio, pues si de todos los que os curan decís lo que de mí, renunciáis á la misericordia de Dios.” “Mas si en el dedo de Dios arrojé

los demonios, señal és que ha llegado á vosotros el reino de Dios.” El dedo de Dios, se llama el Espíritu Santo, y echar los demonios en el dedo de Dios es perdonar los pecados por obra del Espíritu Santo. Y con esto llega el reino de Dios que es la gracia del Señor en esta vida y después la eterna gloria, pues arrojada la tiranía del pecado comienza luego la gracia á reinar en los corazones.

2

En seguida pone Jesucristo una especie de parábola diciendo: “Cuando el fuerte armado guarda su atrio, en paz están todas las cosas que posee. Mas si sobreviniendo otro más fuerte que él, le venciere, le quitará todas sus armas en que fiaba y repartirá sus despojos.” Con esto quiso decir nuestro Salvador que mientras el demonio como fuerte armado guardaba como suyo el reino del mundo, poseía como atrio suyo al género humano, que sin resistencia ni oposición le seguía, y entraba y salía en él como un hombre en el atrio de su casa; y así también se hace fuerte en el alma del hombre, la defiende como cosa y reino suyo, y llega como á tranqui-

lizarla y ponerla en paz en sus vicios; mas llega el Señor al mundo, y llega también al alma, y como más fuerte, infinitamente más fuerte que el demonio, vence á este, y le quita todas las armas en que tenía su confianza: estas armas son la delectación, el consentimiento, la costumbre, la reincidencia y todos los demás elementos que sirven al pecado. Y añade el Evangelio que "distribuye sus despojos," esto es, las almas de los pobres pecadores, que cautivas de Satanás, son conquistadas por Jesucristo y las reparte entregándolas á la Santa Madre Iglesia para que las guarde y las defienda. De suerte, hermanos míos, que para la vuelta de un pecador á la gracia, como que se traba una grande batalla: el demonio con sus huestes guarda aquella alma y la defiende como plaza suya, decidido á nunca abandonarla; pero Jesucristo, el vencedor eterno, no se desdenea de entrar en el combate: pelea con su gracia, con sus iluminaciones, con sus inspiraciones; ataca las murallas con la predicación y los castigos; con la espada de su cruz se adelanta contra el enemigo; y por fin, si el hombre se ayuda con su buena voluntad, la plaza queda tomada, el demo-

nio vencido, dispersas sus armas, y el pecador libertado; y en vez de la roja bandera de Babilonia que ondeaba sobre su cabeza, se vé después tremolar la cándida bandera de la Jerusalén celeste! ¡Gloriosísima victoria, hermanos míos, que como el Señor nos ha revelado llena de alegría hasta á los mismos ángeles del cielo! [1]

¿Más, quién creyera que esta alma así libertada volviera por sí misma á meterse en las garras de su tirano, vencido? Pues escuchad lo que sigue diciendo Jesucristo: "Cuando el espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por lugares secos, buscando reposo, y nó hallándole dice: me volveré á mi casa de donde salí. Y al volver la halla barrida y adornada; y va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrados allí habitan; y lo postrero de aquel hombre es peor que lo primero."

Quiere decir, que el demonio no cesa en sus combates, que busca descanso en los lugares secos, que son las almas castas, y (2) allí nó lo encuentra, porque es espíritu inmundo que no se lleva con la pureza. Entónces dice: me volveré á mi casa de

(1) Luc. XV. 7.

(2) Ita. Bonavent.

donde salí; palabras, dice San Beda, más dignas de hacer temblar, que de quererlas explicar, porque quizá el pecado que creíamos abolido, vuelva á levantarse á oprimirnos. Volveré á mi casa, dice el maligno; pues si el hombre es casa de Dios, por la creación, hácese casa del diablo por su perversión, y se sujeta así á un vilísimo tirano entregándole el imperio de su alma. De temer es pues, hermanos míos, y mucho, la recaída en el pecado, pues el demonio sólo se retira para volver con más fuerza, semejante á esos bravos carneros que se retiran hacia atrás para asestar con la cabeza un golpe formidable. Y esto quiere significar el Señor cuando habla de la vuelta del espíritu inmundo que halla la casa barrida por la confesión pasada, adornada con el santo bautismo; y tomando siete espíritus peores que él, que son los siete vicios capitales, entran de nuevo en el alma y habitan en ella haciendo mas asiento y quedándose dentro aun por largos años. De suerte que lo último de esos pecadores viene á ser peor que lo primero, porque como dice el Crisóstomo, el pecar después del perdón, ser herido después de la cura y mancharse

después de la gracia, es agravar la culpa, empeorar la herida y dificultar la enmienda, pues en las enfermedades del alma como en las del cuerpo, la recaída viene á ser más grave que la primera enfermedad.

Termina el Evangelio con un hermoso pasaje: "Levantando la voz una mujer de la turba dijo: bienaventurado el vientre que te llevó y el seno que te alimentó. Los santos alaban la generosidad de esta mujer que nos enseña á levantar la voz cuando se alaba á Jesús y á María, pues en medio de los calumniadores y enemigos del Señor, no temió levantar la voz para encomiarle; y nos enseña también el modo de alabar á Jesús en María y á María en Jesucristo, pues alaba al Señor beatificando el vientre de su Madre y su purísimo seno con que le alimentó. Nada más grato al Señor que las alabanzas de su Inmaculada Madre. Alabémosla también nosotros, hermanos míos, para poder lograr algún día la dicha de alabar con ella al Señor en la gloria por todos los siglos. Amen."





DOMINGO CUARTO DE CUARESMA.

**Continuación del santo evangelio
según San Juan.**

Después de esto pasó Jesús á la otra parte de la mar de Galilea, que es de Tiberiades. Y le seguía una grande multitud de gente porque veían los milagros que hacía sobre los enfermos. Subió pues, Jesús á un monte: y se sentó allí con sus discípulos. Y estaba cerca la Pascua, día de la fiesta de los Judios. Y habiendo alzado Jesús los ojos, y viendo que venia á él una tan gran multitud. dijo á Felipe: ¿De dónde compraremos pan, para que coman estos? Esto decía por probarle: porque él sabía lo que había de hacer. Felipe le respondió: Doscientos denarios de pan no les bastan, para que cada uno tome un poco. Uno de sus discípulos, Andrés her-

mano de Simón Pedro le dijo: Aquí hay un muchacho, que tiene cinco panes de cebada, y dos peces: ¿mas qué es esto para tanta gente? Y dijo Jesús: Haced sentar la gente. En aquel lugar había mucho heno. Y se sentaron á comer, como en número de cinco mil hombres. Tomó pues Jesús los panes: y habiendo dado gracias, los repartió entre los que estaban sentados: y así mismo de los peces, cuanto querian. Y cuando se hubieron saciado, dijo á sus discípulos: recoged los pedazos, que han sobrado, que no se pierdan. Y así recogieron, y llenaron doce canastos de pedazos de los cinco panes de cebada, que sobraron á los que habían comido. Aquellos hombres, cuando vieron el milagro que había hecho Jesús, decian: Este es verdaderamente el Profeta, que ha de venir al mundo. Y Jesús cuando entendió, que habían de venir para arrebatarle, y hacerlo Rey, huyó otra vez al monte él solo. [Joan. VI. 1 . . 15.]

Vemos en este Evangelio, amados hermanos míos, cómo una gran turba rodeaba á nuestro Señor, siguiéndolo al otro lado

del lago de Tiberiades, pues atraía á la gente, la multitud de milagros que miraban. Y otro evangelista advierte que salían andando á pie de todas las ciudades y llegaban antes que los discípulos, [1] de suerte que dejaban sus comodidades sin pensar en los horrores del desierto ni temer su esterilidad, como debemos dejar los cristianos, dice San Jerónimo, las habitaciones de nuestras malas costumbres marchando con fervor en seguimiento de Cristo que sana todas las enfermedades del alma.

“Subió pues Jesús á una montaña y allí se sentaba con sus discípulos.” Y escogió la montaña, alejándose de las ciudades, ya para enseñarnos á huir la vanidad en nuestras obras, ya para insinuarnos que debemos subir á lo alto en la oración, dejando abajo al mundo para acercarnos á Dios, y por eso le acompañaban los discípulos en persona de todos los fieles. Y estaba cercano el día de la festividad de la Pascua de los judíos, lo cual nota el evangelista, porque iba á obrar el Señor un milagro figurativo de la Pascua de los cris-

(1) Marc. VI. 33.

tianos. “Y como levantáse los ojos Jesús y mirase que una gran multitud viene hacia él, dijo á Felipe; ¿de donde compraremos panes para que coman estos? Por los otros evangelistas sabemos que el Señor se llenó de compasión al ver aquella muchedumbre: (1) que eran como ovejas que no tenían pastor: (2) que los recibió gustoso y cortesmente les salió al encuentro: que comenzó á enseñarles muchas cosas: (3) que les habló del reino de Dios: (4) que sanó á los enfermos que lo necesitaban: (5) por fin, que ya era tarde y se inclinaba el día, (6) Después de todo esto, perteneciente al alma, pensó el Señor también en el socorro del cuerpo, y para llamar la atención hacia la obra que iba á practicar, dijo á San Felipe, uno de los apóstoles, que de donde podrian proveerse de pan para alimentar á las turbas; por donde se vé, cuán poderoso y solícito se muestra el Señor para proporcionar aun

[1] Math. IX. 36.

[2] Id. *Ibid.*

[3] Marc. VI. 34.

[4] Luc. IX. 11.

[5] Math. XIV. 14.

[6] Marc. VI. 35.

las cosas del cuerpo á los que le siguen. Y hace la pregunta, nó porque nada ignore, pues como Dios todo lo sabe. Y se advierte que Jesús levantó los ojos para ver á las turbas, porque "sus ojos son ventanas de salud y puertas patentes de misericordia por donde pasan la gracia y la verdad." Y aunque las turbas hambrientas ni piden de comer, ni se quejan, pero el Señor está pronto para socorrerlas, cumpliéndose así lo que dice un salmo: [1] "Nó padecen escasés los que le temen." Todo lo cual nos debe hacer muy confiados, hermanos míos, en la divina misericordia, y muy firmes en su santo servicio, pues nada falta ni en lo espiritual ni en lo temporal á los que le temen.

El Apóstol San Felipe respondió: doscientos denarios de pan no bastarian para que cada uno comiese un poco; por donde se ve cuan grande era aquella muchedumbre, pues con tan fuerte gasto apenas alcanzaban ligerísima comida. San Andrés, otro apóstol, hermano de San Pedro, dijo: aquí hay un niño que tiene cinco panes de cebada, pero esto es como nada para

(1) Psalm. XXXIII. 10.

tantos. Estos panes pertenecian á los mismos apóstoles, como consta por San Mateo (1) y San Lucas; [2] pero voluntariamente los ofrecian para que el Señor dispusiera de ellos á su voluntad. Muy sobrios eran los discípulos que tan poco prevenian para ellos, y esto poco, de pan de mala clase cual es la harina de cebada; mas por aquí se mira, dice el angélico Maestro, (3) que los apóstoles de tal manera estaban regalados con la suavidad de las palabras de Cristo, que más caso hacian de nutrirse con ellas, que de procurarse el corporal sustento. San Antonio de Padua, dice, [4] que los cinco panes significaban, el primero, el dolor del bien perdido; el segundo, el pudor del mal cometido; el tercero, el horror del juicio temido; el cuarto, el temor del suplicio merecido; el quinto, el ardor del arrepentimiento concebido. Y que los dos peces que acompañaban á los panes, eran, el propósito de mejorar de vida y la esperanza del perdón.

(1) Math. XVI. 17.

[2] Luc. IX. 13.

[3] Thom. in Math.

(4) Ser. in h. Dominic.

Dijo pues Jesucristo: "haced sentar á la gente. Mas había mucho heno en aquel lugar, y se sentaron á comer como en número de cinco mil hombres." Los apóstoles obedecieron al instante este precepto, y la gente se dejó dócilmente colocar por ellos, sin saber de qué se trataba, y aun sin pensar que era para comer, pues no veían de ello ningunos preparativos; y así debe ser la sencilla obediencia. Y el heno sobre el cual se sentaron, dice San Beda, que por él se entendía la concupiscencia de la carne á la que debe conculcar y oprimir quien quiera saciarse de espirituales alimentos, pues "toda carne es heno y toda su gloria como la flor del heno;" (1) y así, quebrantar esta flor, es castigar su cuerpo y reducirlo á servidumbre, domando los brios de la carne quien anhele gustar la dulzura del pan vivo. Y eran como cinco mil en número, por ser cinco los sentidos del cuerpo de que saben usar bien los que siguen al Señor.

Tomó pues Jesús los panes, y como hubiese dado gracias lo distribuyó á los que estaban sentados; de la misma manera de

(1) Isaí. XL. 6.

los peces cuanto querían. ¿Mas, porqué en vez de multiplicar los panes, no los creó el Señor de nuevo, sacándolos de la nada, lo que hubiera sido mayor milagro?

Lo primero, porque la creación nó se mira, y aunque mayor portento, sería menos notable; [1] lo segundo, porque con la multiplicación queria figurar la multiplicación del Pan de Vida en el altar. Tomó pues el pan en las manos, para que con su contacto obrase en él la virtud de su divinidad; y de este modo los panes dice un santo, (2) como que iban dando á luz á otros panes, nó formados del grano de las espigas del trigo, sino fructificados de la mano del Señor. Y así como estos panes, mientras estuvieron en las manos del Señor, crecieron y se multiplicaron, lo que no hubiera sido permaneciendo en manos del niño que los portaba; así las obras que hacemos, en nuestras manos bien poco valen, mas si las ponemos en las manos de Cristo, su divina virtud las multiplicará, pues como dice San Pablo: "nó el que siembra ó el que planta, mas Dios es el que

(1) Ita. Liran.

(2) Basil. Seleuc.

da el incremento.» [1] En seguida el Señor da gracias, para enseñarnos á no tomar nuestro sustento sin recurrir á la acción de gracias, pues si nuestra comida toma principio de la oración y á su fin acaba en oración, dice San Juan Crisóstomo, [2] que nunca llegará á faltarnos, sino que como fuente copiosa brotará para nosotros todos los bienes.

Distribuyó Jesús los panes á los que estaban sentados. El Evangelista San Lucas, nos explica, que el Señor lo distribuyó á los apóstoles para que estos los sirviesen á las turbas; en figura de que ellos habian de ser los repartidores de las gracias del cielo, y los que habian de distribuir el pan de la predicación y de los sacramentos, enseñándonos el Señor al mismo tiempo, cuántos beneficios nos hace por manos de sus santos. Jesucristo ponía pues, en manos de sus apóstoles algunos fragmentos de los panes, y al caminar con ellos y al repartirlos iban creciendo de suerte, que no podían ya con ellos, y seguían creciendo en las manos de los co-

(1) 1. Cor. III. 7.

(2) Homil. LXXII. ad popul.

mensales para que de este modo fuesen todos testigos de la maravilla. Y lo que sucedía con los panes pasaba igualmente con los peces, de los cuales pedían cuanto querían, es decir lo que necesitaban ó apetecían para acompañar sus panes. Por esta distribución de unos cuantos panes y peces preparados para los apóstoles, se nos ha querido enseñar, que aun el que tenga poco, no está excusado de hacer limosna y por esto, como explica San Ambrosio, se dice en la Escritura: "Parte tu pan para el hambriento;" (1) no dice, dáselo todo, cuando no se tiene tal vez mas que uno, sino, *pártelo*, esto es, aunque tal sea tu pobreza que no cuentes mas que con un sólo pan, no obstante, pártelo, y dale al pobre; "y á los pobres sin abrigo, mételos en tu casa," [2] esto es, si no tienes ni un trozo de pan que darles, dales en que duerman en un rincón de tu casa.

Cuando quedaron satisfechos, dijo el Señor á sus discípulos: recoged los pedazos que sobraron para que no se pierdan. Aquella inmensa multitud, quedó

(1) Isaf. LVIII. 7.

[2] Id. Ibid.

harta y satisfecha, porque la divina virtud, dice Alberto Magno, siempre crece y sobreabunda; y no sólo bastaron los panes y los peces para saciar cinco mil hombres, sino que sobraron fragmentos en tal abundancia, que recogieron los apóstoles y llenaron doce cestos del resto de los panes, lo cual fué para que más resaltase el milagro y no se ereyese que aquella comida había sido fantástica, puesto que quedaban los restos recogiendo de las manos de todos. [1] Y al decir el Señor que no se perdiesen, nos enseña, que ni el Pan del cielo, ni el de la tierra deben desperdiciarse, guardando el del cielo todo para nosotros, y el resto del de la tierra para los pobres. Este milagro, fué hermosísima figura del de la Eucaristía: el campo, es la Iglesia; el heno, las previas instrucciones; los hombres sentados, los fieles en la santa Mesa; los panes multiplicados, el Cuerpo del Señor; el pan en las manos en acción de gracias, la consagración hecha por el sacerdote; los apóstoles recibiendo los panes y distribuyéndolos, son los sacerdotes distribuyendo la comunión á los

[1] Ita. Theophilaet. hic.

fieles; y los restos recogidos, son las Hostias sobrantes guardadas en el sagrario. Por esto la Iglesia nos pone este Evangelio cerca de la comunión de la Pascua. Preparémonos, cristianos á recibirla con las más santas disposiciones, y principalmente con una buena confesión de nuestros pecados. Amén.



DOMINGO DE PASION.

**Continuación del santo evangelio
según San Juan.**

¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? ¿Si os digo verdad, porqué no me creéis? El que es de Dios, oye las palabras de Dios. Por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios. Los judíos respondieron y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros, que tú eres Samaritano, y que tienes demonio? Jesús respondió: Yo no tengo demonio: mas honro á mi Padre, y vosotros me habeis deshonrado. Y yo no busco mi gloria: hay quien la busque, y juzgue. En verdad, en verdad os digo: Que el que guardare mi palabra, no verá muerte para siempre. Los judíos le dijeron: Ahora conocemos que tienes demonio. A-

braham murió, y los Profetas: y tú dices: El que guardare mi palabra, no gustará muerte para siempre. ¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió y los Profetas, que también murieron? ¿Quién te haces á tí mismo? Jesús les respondió: Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria nada es: mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios. Y no le conocéis: mas yo le conozco: Y si dijere, que no le conozco, seré mentiroso como vosotros. Mas le conozco y guardo su palabra. Abraham vuestro padre deseó con ansia ver mi día: le vió, y se gozó. Y los judíos le dijeron: ¿Aun no tienes cincuenta años, y has visto á Habraham? Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo, que antes que Abraham fuese, yo soy. Tomaron entonces piedras para tirárselas: mas Jesús se escondió, y salió del templo. (Joan. VIII. 46. . . 59.)

1.

En el Evangelio que acabais de oír amados hermanos míos, comienza nuestro Señor Jesucristo haciendo manifestación de su inocencia preguntando quién podrá ar-

güirle de pecado, así como en otro tiempo Moisés se justificó delante del pueblo (1) y lo mismo aquel gran Profeta Samuel. (2) Claro es, que siendo el Santo de los santos, nó tenía nuestro divino Salvador que justificarse; pero para enseñarnos que el que predica ó enseña debe testificar su buena conducta ante el pueblo que le escucha. Por eso sigue diciendo el Señor: "Si yo os digo la verdad, por qué no me creéis? Como si dijese: siendo íntegra é intachable mi conducta y no enseñándoos mas que la pura verdad: ¿Qué razón hay para que no me creais? El que es de Dios, oye las palabras de Dios, por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios." Palabras muy dignas de atención, hermanos míos, pues aquí nos dá una máxima el Salvador repetida por afirmación y negación. Por afirmación nos dice, que el que és de Dios, oye las palabras de Dios; y por negación lo confirma diciendo: vosotros no las oís, porque no sois de Dios. Quiere decir que es una señal de ser de Dios, de militar bajo su bandera, de pertenecer á su

(1) Núm. XVI. 15.

(2) 1. Reg. XII. 3.

servicio, el oír la palabra de Dios; pero es bien claro que no se trata solo de oír la con los oídos exteriores, de oír la por fuerza ó de mala gana; sino por el contrario: "Oye la palabra de Dios, aquel que la ama y con devoción la recibe, por lo cual debemos escucharla con grande atención, con íntima afección, y con humilde reverencia como cartas que Dios nos manda desde el cielo. (1) Y el que de este modo oye la palabra de Dios, es el que á Dios pertenece, y de este habla el divino Salvador. Y para confirmar la misma verdad por el sentido opuesto, añade, dirigiéndose á los judíos: "por eso vosotros no la oís porque no sois de Dios." Terrible sentencia que manifiesta la proterbia de los judíos, rebeldes siempre á las palabras del Señor, la que ojalá no comprendiese á tantos malos cristianos que desprecian la palabra de Dios, que casi nunca la escuchan, y que cuando la escuchan no quieren docilitar sus corazones para recibirla y aprovecharla,

A estas máximas de Jesucristo, respondieron los judíos: "¿No decimos bien nosotros, que tú eres samaritano y que tie-

(1) Dionis. Carthus.

nes demonio?" Temeraria presunción de estos insensatos, dice San Buenaventura, que al mismo tiempo que blasfemaban, aseguraban que decían bien. Y es de notar, hermanos míos, que de igual carácter son hoy los enemigos de Jesucristo: blasfeman de la religión, blasfeman de la fé, blasfeman de su divina Persona, y aseguran que dicen bien, que están en la verdad y que hablan en nombre de la ciencia; mas "llamándose sabios, volviéronse estultos," como dice San Pablo. [1] Nuestro Señor Jesucristo, con suma mansedumbre y benignidad respondió á aquellas atroces injurias: "Yo no tengo demonio, mas honro á mi Padre, y vosotros me habeis deshonrado á mí." Le habian llamado samaritano, esto es, hereje, de mala raza, de mala compañía; pero á esta injuria nada responde el Señor, y és dice Santo Tomás, porque como había llegado el tiempo en que había de haber un solo redil bajo de un solo Pastor uniéndose los gentiles con los judíos, no quiso el Señor negar que fuese samaritano, pues para los samaritanos venia como para todos, sin hacer caso del sentido in-

(1) Rom. I. 22.

jurioso que á esta palabra daban sus enemigos. Contentóse pues con responder, "yo no tengo demonio." Y en esto se defiende y se vindica, porque se trata de la honra de su Eterno Padre, y por honrarlo repele esa calumnia, enseñándonos de este modo que debemos perdonar y sufrir con mansedumbre las injurias que atañen sólo á nuestra propia persona; pero que debemos rechazar aquellas que son contra Dios y oscurecen su gloria. Por eso, dice un sabio Cardenal, [1] nó responde el Señor á la propia contumelia con que le llaman samaritano; sino á la injuria que hacen á Dios cuando le dicen, "tienes demonio," porque esto directamente tendía á arrancar la fé de los creyentes, obscurecía la verdad de su doctrina haciendo gran daño á todo el pueblo. Bien había podido replicarles, dice San Beda, que ellos eran quienes tenían al demonio, pues no podian blasfemar de ese modo sino con él adentro; mas no quiso decir esto, aunque tan verdadero, para no parecer que provocado volvía injuria por injuria, enseñándonos de esta suerte, que al recibir injurias callemos aun los verdaderos males del pró-

[1] Hugo Card.

jimo, para no cambiar los derechos de la justa corrección, en satisfacción de ira ó venganza.

Continúa diciendo nuestro divino Salvador: "Yo no busco mi gloria, hay quien la busque y juzgue." Jesucristo en cuanto hombre, dice el Cartusiano, nunca buscó la gloria del siglo, ni las honras mundanas, ni vanidad alguna; por lo cual muchísimo menos debemos nosotros, vilísimos pecadores, buscar nuestra propia gloria ni apetecer nuestra honra, ni querer presidir ni ser glorificados. El Señor, añade San Beda, reserva al juicio de su Padre aquellas contumelias, para insinuar-nos cuánta paciencia debemos tener en las injurias sin apetecer la venganza. "Hay quien busque y quien juzgue," añade nuestro divino Salvador, dejándonos con esto el ejemplo "para que sigamos sus pisadas pues cuando recibía maldiciones, él no maldecía, ni cuando padecía, lanzaba amenazas." (1)

"En verdad en verdad os digo, que el que

(1) 1. Petr. II. 23.

guardare mi palabra no verá la muerte para siempre." Vuelve el Señor, sin hacer aprecio de las injurias de sus enemigos, á continuar su predicación, recomendando la eficacia de su palabra, anunciando que no verá la muerte eterna el que la guardase. No dice simplemente, el que la oyese, sino, el que la hubiese guardado; primero por la fé y la continua meditación, dice Santo Tomás, y segundo por el ejercicio de las buenas obras; San Buenaventura, explica: guardando la palabra tanto en el corazón como en las obras; otro doctor explica, [1] recibiendo mis palabras con la fé, amándolas con el afecto y practicándolas con las manos.

"Dijeron los judíos, ahora conocemos que tienes demonio; Abraham murió, y los profetas, y tú dices: el que guardare mi palabra no gustará muerte para siempre. ¿Por ventura, eres tú mayor que nuestro padre Abraham que murió, y los profetas que también murieron? ¿Quién te haces á tí mismo?" Mirad hermanos míos, qué perversidad y qué mal corazón de los judíos, que de las palabras del Señor, y de sus benignísimas promesas no quieren sa-

[1] Salmeron.

car sino nuevas injurias, errores y blasfemias; el Señor promete que no morirá eternamente el que escuche sus palabras y estos hombres tergiversando sus palabras, fingen creer que habla de la muerte temporal, y por eso le arguyen que si Abraham y los profetas murieron siendo tan santos ¿cómo el Señor promete que no han de morir los que oigan su palabra? Poca atención bastaba para comprender que el Señor hablaba de la muerte eterna y nó de la muerte temporal; pero fingen entenderlo de otro modo y toman de aquí ocasión para acriminar sus palabras, hasta llegar al atrevimiento de decirle: “¿Tú á quien te haces á tí mismo?” y repitiendo su pasada blasfemia: “ahora conocemos que tienes demonio.” Jesucristo, con suma mansedumbre, les respondió diciendo: “Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria nada es: mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios: y si dijere que no le conozco, seré mentiroso como vosotros. Mas le conozco y guardo su palabra. “Abraham vuestro padre, deseó con ansia ver mi día: le vió y se gozó.” Jesucristo declara que es nada la gloria cuando es falsa y mentirosa, cuando no es cierto lo que se atribuye; y apela al testi-

monio de su Padre que se escuchó en el Jordán y en el Tabor. Les dice que no conocieron al Señor á quien proclaman su Dios, como si dijese: os jactais de que el Señor es vuestro Dios, pero no le conocéis, pues al que predica y trabaja por su gloria lo colmais de injurias y nó quereis recibirle. [1] Y esto mismo se aplica á nosotros, cristianos, que si decimos conocer á Dios y nó observamos sus mandamientos, somos mentirosos y la verdad no está en nuestros labios. “Abraham vuestro padre, continúa Cristo, deseó con ansia ver mi día, vióle y se gozó.” ¿Cómo se entienden estas palabras? Santo Tomás lo explica diciendo: dos son los días de Jesucristo; uno es el día de la eternidad del cual se dice: “Yo te he engendrado el día de hoy;” (2) otro es el día de su Encarnación, del cual decía el Salvador, “conviéneme operar mientras es de día.” (3) Abraham, pues, deseó ver uno y otro día, y los vió con los ojos de la fé. San Crisóstomo explica que el día que deseó ver Abraham era el de la Pasión del Señor, y que lo vió

(1) Hugo.

[2] Psalm. II. 7.

[3] Joan. IX. 4.

en la oblación de Isaac, y sacrificio del carnero, pues como Isaac llevaba la leña, así el Señor llevaba la cruz. Beda cree que vió al Señor cuando hospedó aquellos tres ángeles, figura de la Santísima Trinidad. Lo cierto es, que los judíos nó comprendiendo las palabras del Señor, como escandalizados le dijeron: ¿aun no tienes cincuenta años y ya viste á Abraham? Jesús les respondió: "En verdad en verdad os digo: que antes que Abraham fuese, yo soy." Gran confesión de su divinidad! pues como Dios, es antes de todos los siglos, los judíos toman piedras para lanzarlas sobre el Señor; mas Jesús se escondió y salió del templo; se escondió para reservarse á muerte más dolorosa, dice el doctor angélico, así como para darnos ejemplo de declinar la malicia de nuestros perseguidores. Pidamos al Señor hermanos míos, que nó se esconda de nosotros ni salga del templo de nuestra alma, lo cual significaría, lo que significó para los judíos, un eterno abandono. Deseemos ver el día de su eternidad, guardando fielmente sus palabras, para que libertados de la muerte eterna nos gocemos con él perpetuamente en la gloria. Amén.

DOMINGO DE RAMOS.

Continuación del santo evangelio según San Mateo.

Y cuando se acercaron á Jerusalem, y llegaron á Bethphage al monte del Olivar: envió entónces Jesús á dos discípulos. Diciéndoles: Id á esa aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallaréis una asna atada, y un pollino con ella: desatadla, y traédmelos: Y si alguno os dijere alguna cosa, respondedle que el Señor los ha menester: y luego los dejará. Y esto todo fué hecho, para que se cumpliese lo que había dicho el profeta, que dice: Decid á la hija de Sión: Hé aquí tu Rey viene manso para tí, sentado sobre una asna, y un pollino hijo de la que está debajo de yugo. Y fueron los discípulos, é hicieron

en la oblación de Isaac, y sacrificio del carnero, pues como Isaac llevaba la leña, así el Señor llevaba la cruz. Beda cree que vió al Señor cuando hospedó aquellos tres ángeles, figura de la Santísima Trinidad. Lo cierto és, que los judíos nó comprendiendo las palabras del Señor, como escandalizados le dijeron: ¿aun no tienes cincuenta años y ya viste á Abraham? Jesús les respondió: "En verdad en verdad os digo: que antes que Abraham fuese, yo soy." Gran confesión de su divinidad! pues como Dios, es antes de todos los siglos, los judíos toman piedras para lanzarlas sobre el Señor; mas Jesús se escondió y salió del templo; se escondió para reservarse á muerte más dolorosa, dice el doctor angélico, así como para darnos ejemplo de declinar la malicia de nuestros perseguidores. Pidamos al Señor hermanos míos, que nó se esconda de nosotros ni salga del templo de nuestra alma, lo cual significaría, lo que significó para los judíos, un eterno abandono. Deseemos ver el día de su eternidad, guardando fielmente sus palabras, para que libertados de la muerte eterna nos gocemos con él perpetuamente en la gloria. Amén.

DOMINGO DE RAMOS.

Continuación del santo evangelio según San Mateo.

Y cuando se acercaron á Jerusalem, y llegaron á Bethphage al monte del Olivar: envió entónces Jesús á dos discípulos. Diciéndoles: Id á esa aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallaréis una asna atada, y un pollino con ella: desatadla, y traédmelos: Y si alguno os dijere alguna cosa, respondedle que el Señor los ha menester: y luego los dejará. Y esto todo fué hecho, para que se cumpliese lo que había dicho el profeta, que dice: Decid á la hija de Sión: Hé aquí tu Rey viene manso para tí, sentado sobre una asna, y un pollino hijo de la que está debajo de yugo. Y fueron los discípulos, é hicieron

como les había mandado Jesús. Y trajeron la asna, y el pollino: y pusieron sobre ellos sus vestidos, y le hicieron sentar encima. Y una grande multitud de pueblo tendió también sus ropas por el camino: y otros cortaban ramas de los árboles, y las tendían por el camino. Y las gentes que iban delante, y las que iban detrás, gritaban diciendo: Hosana al Hijo de David: bendito, el que viene en el nombre del Señor. (Math. XXI. 1. . . 9.)

En este domingo, amados hermanos míos, mezcla la santa Iglesia el gozo con la tristeza, pues si en vez del evangelio, reza en la Misa la Pasión del Señor, pero antes bendice las ramas y palmas, y hace una procesión llevándolas en las manos en memoria de la entrada de Jesús á Jerusalén, en la cual como acabais de oír en el Evangelio, el Señor, sentado en una humilde montura, era aclamado por las turbas que tendían en el camino sus mantos para formar con ellos como una alfombra que tapizase los pasos del Señor. Y aunque este evangelio se canta en dicha pro-

cesión; pero en las Misas privadas se lee al fin, y así siempre pertenece al santo Sacrificio. Dice pues este evangelio, que el Señor se acercaba á Jerusalén, esto es, no sólo con los pasos exteriores, cuanto con los de su afecto y de su amor; y quiere entrar de una manera triunfante, para dar como una muestra de su reino, mostrándose como el Mesías esperado, para confirmar á los buenos en la fé y dejar á los malos sin excusa. Llegó á Betfage, ciudad sacerdotal situada en el monte Olivete, que significaba por el oleo, la Iglesia donde residen los sacramentos. Muy de admirar es, hermanos míos, lo que el Señor dice á sus discípulos. "Id á la aldea del frente, y hallareis atada una jumenta con su jumentillo, desatadla y traedmela, y si alguno, algo os dijese, respondedle que el Señor la necesita." ¿Cómo Jesucristo, mira cosas tan minuciosas? cómo sabe que está allí aquella jumenta, y que está atada, y que con ella está su jumentillo? Todo lo sabe porque es Dios á quien nada se oculta; mas en estos hechos minuciosos se ocultan grandes misterios. La aldea que está contra los discípulos es el alma pecadora, dice san Bernardo, (1)

(1) Serm. in nac Fer.

ó también el mundo contrario al Señor, como cree San Buenaventura; [1] la asna significa la sinagoga que había llevado el yugo de la ley, y el pollino suelto y libre indica al pueblo gentil á quien nadie había puesto todavía el freno de la corrección; (2) y los apóstoles mandados á desatar y traer al Señor esos animales, significan que ellos habían de desatar al pueblo de los pecados. El Señor quiso cabalgar sobre estos humildes animales para cumplir lo que estaba anunciado por el profeta Zacarias por estas palabras: (3) "Decid á la hija de Sion: Hé aquí que tu rey viene á tí manso, sentado sobre una jumenta y un pollino, hijo de la que lleva el yugo." Jesucristo viene como rey y entra como triunfador aclamado por las turbas, él es el Rey de los corazones que triunfa en ellos y los obtiene por derecho de conquista; pero es un rey que viene lleno de mansedumbre, y por eso no entra en carrozas ó en dromedarios ó en camellos, sino en unos humildes animales de los dos sexos, para insinuar que es maestro y dueño de nuestro

[1] In Luc.
[2] Sic. Beda.
[3] Zach. IX 9.

cuerpo y alma y que vino á salvar y á conquistar á uno y otro sexo en la batalla de su Pasión. Viene lleno de mansedumbre para solicitar nuestro amor, y nó resplandeciente de poder, para llenarnos de temor.

2.

Los discípulos partieron é hicieron lo que el Señor les había mandado: trajeron los dos animales, pusieronles encima sus vestidos, é hicieronle sentar sobre ellos. Y el Señor puso gran devoción y alegría en los ánimos de los habitantes de Jerusalén, pues que salió una gran turba á encontrarle, haciéndole varios obsequios de amor y gratitud pues tendían sus vestiduras por el camino, lo que no se lee que hayan hecho nunca con David y con Salomón, consintiendo aunque pobres en que se maltratasen sus vestidos con tal de servir al Señor adornando y ablandando su camino; señal, dicen los santos, de la mortificación de nuestros cuerpos en seguimiento del Salvador. [1]

Otros cortaban ramas de los árboles, y las tendían por el camino; san Juan añade,

(1) Per vestimenta corporae intelliguntur. Thom.

que muchos con palmas en las manos, le salieron al encuentro. Las palmas son indicio de triunfo y de victoria, porque los que siguen á Cristo deben procurar vencerse á sí mismos y triunfar de sus propias pasiones. Los ramos llenos de verdor son testimonios de piedad y aun de honor debido á Dios, pues estaba mandado en la fiesta de los Tabernáculos que se tomase "el primer día el fruto del árbol mas hermoso, y palmas ensanchadas," (1) por lo cual los judios al hacer esta ceremonia con Jesucristo, le reconocian como al Mesías y como al Dios verdadero; y en confirmación de ello las turbas que precedían y las que seguían al Señor, clamaban diciendo: "Hosana al Hijo de David, bendito el que viene en el nombre del Señor." Así nosotros, dice un doctor, (2) cuando hacemos una procesión recibimos á Cristo que viene á nosotros; con los niños le encontramos, si guardamos la inocencia; llevamos ramos de olivo, si hacemos obras de paz y de misericordia; portamos palmas, si reportamos victoria del demonio y de los vicios; traemos verdes ramas y flores, si estamos

[1] Levit. XXIII. 40.

[2] Durand.

adornados de virtudes; tendemos las vestiduras, si mortificamos la carne; cortamos ramos si imitamos los hechos de los santos.

Notemos aquí la inconstancia del mundo, pues el día de hoy Cristo es recibido como Rey, y dentro de cinco días será tratado como ladrón; hoy, es el gozo y el honor del pueblo, el viernes será el oprobio del mundo y la abyección de la plebe; hoy se le grita Hosana, y el viernes le gritarán: "crucifícalo, crucifícalo;" hoy le reciben con ramos de palmas, después le herirán con las palmas de las manos; hoy tienden ante él los vestidos agenos, después le desnudarán aun de los propios; aquí es aclamado Hijo de David, allá acusado como seductor y revoltoso; y así se le dice, justamente en un dístico antiguo: (1) "Hoy los frondosos ramos recibe mi Jesús; La turba te reserva el tronco de la cruz."

Aprendamos de aquí amados hermanos míos, á desprendernos de este mundo inconstante, que hoy nos alaba y mañana nos calumnia; hoy nos eleva y mañana nos humilla; hoy nos aplaude y mañana se alegra de nuestra muerte. Amemos á

[1] Frondentes hodie Christe accipe ramos Truncum qui superest clam tibi turba dabit.

Jesueristo, amigo constante que nunca nos abandona; recibamos hoy en procesión interior, como hacía santa Teresa, al divino Salvador, aclamándole como rey de nuestros corazones, y prometiéndole con su gracia, no arrojarle como los ingratos judíos, sino tenerle siempre dentro de nuestra alma diciendo como la Esposa de los Cantos: (1) Lo he tenido y no lo dejaré, hasta que entre con él á la casa de mi madre, la Iglesia triunfante á gozar del banquete de las nupcias eternas. Amén.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

[1] Cant. III.



INDICE.

Una palabra al lector.....	Pag. I.
Homilía sobre la predicación.....	„ V.

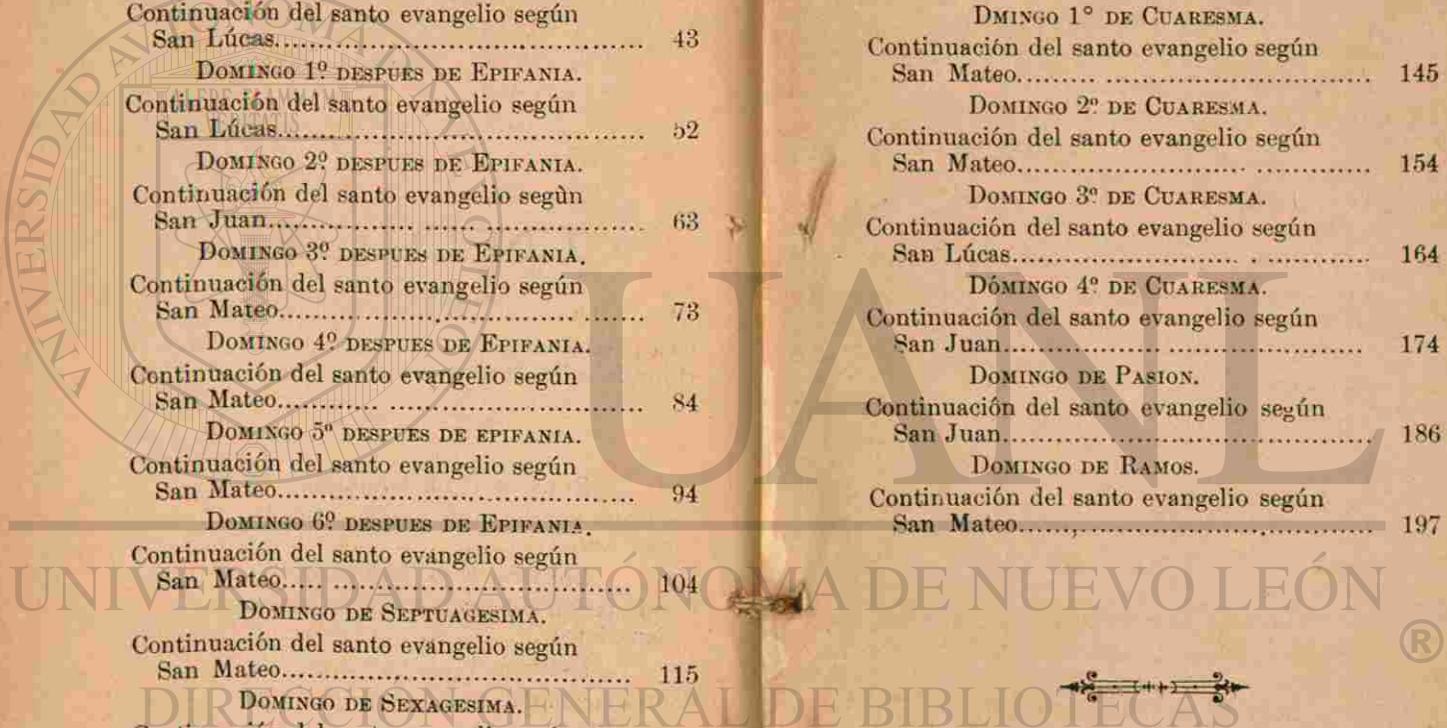


PAGS.

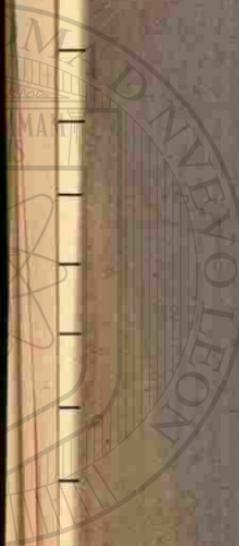
DOMINGO 1º DE ADVIENTO.	
Continuación del santo evangelio según San Lucas	3
DOMINGO 2º DE ADVIENTO.	
Continuación del santo evangelio según San Mateo	13
DOMINGO 3º DE ADVIENTO.	
Continuación del santo evangelio según San Juan	23
DOMINGO 4º DE ADVIENTO.	
Continuación del santo evangelio según San Lucas.....	32

DOMINGO INFRAOCTAVA DE NATIVIDAD.	
Continuación del santo evangelio según San Lucas.....	43
DOMINGO 1º DESPUES DE EPIFANIA.	
Continuación del santo evangelio según San Lucas.....	52
DOMINGO 2º DESPUES DE EPIFANIA.	
Continuación del santo evangelio según San Juan.....	63
DOMINGO 3º DESPUES DE EPIFANIA.	
Continuación del santo evangelio según San Mateo.....	73
DOMINGO 4º DESPUES DE EPIFANIA.	
Continuación del santo evangelio según San Mateo.....	84
DOMINGO 5º DESPUES DE EPIFANIA.	
Continuación del santo evangelio según San Mateo.....	94
DOMINGO 6º DESPUES DE EPIFANIA.	
Continuación del santo evangelio según San Mateo.....	104
DOMINGO DE SEPTUAGESIMA.	
Continuación del santo evangelio según San Mateo.....	115
DOMINGO DE SEXAGESIMA.	
Continuación del santo evangelio según San Lucas.....	125
DOMINGO DE QUINCUAGESIMA.	
Continuación del santo evangelio según	

San Lucas	135
DOMINGO 1º DE CUARESMA.	
Continuación del santo evangelio según San Mateo.....	145
DOMINGO 2º DE CUARESMA.	
Continuación del santo evangelio según San Mateo.....	154
DOMINGO 3º DE CUARESMA.	
Continuación del santo evangelio según San Lucas.....	164
DOMINGO 4º DE CUARESMA.	
Continuación del santo evangelio según San Juan.....	174
DOMINGO DE PASION.	
Continuación del santo evangelio según San Juan.....	186
DOMINGO DE RAMOS.	
Continuación del santo evangelio según San Mateo.....	197



CAPILI



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

002